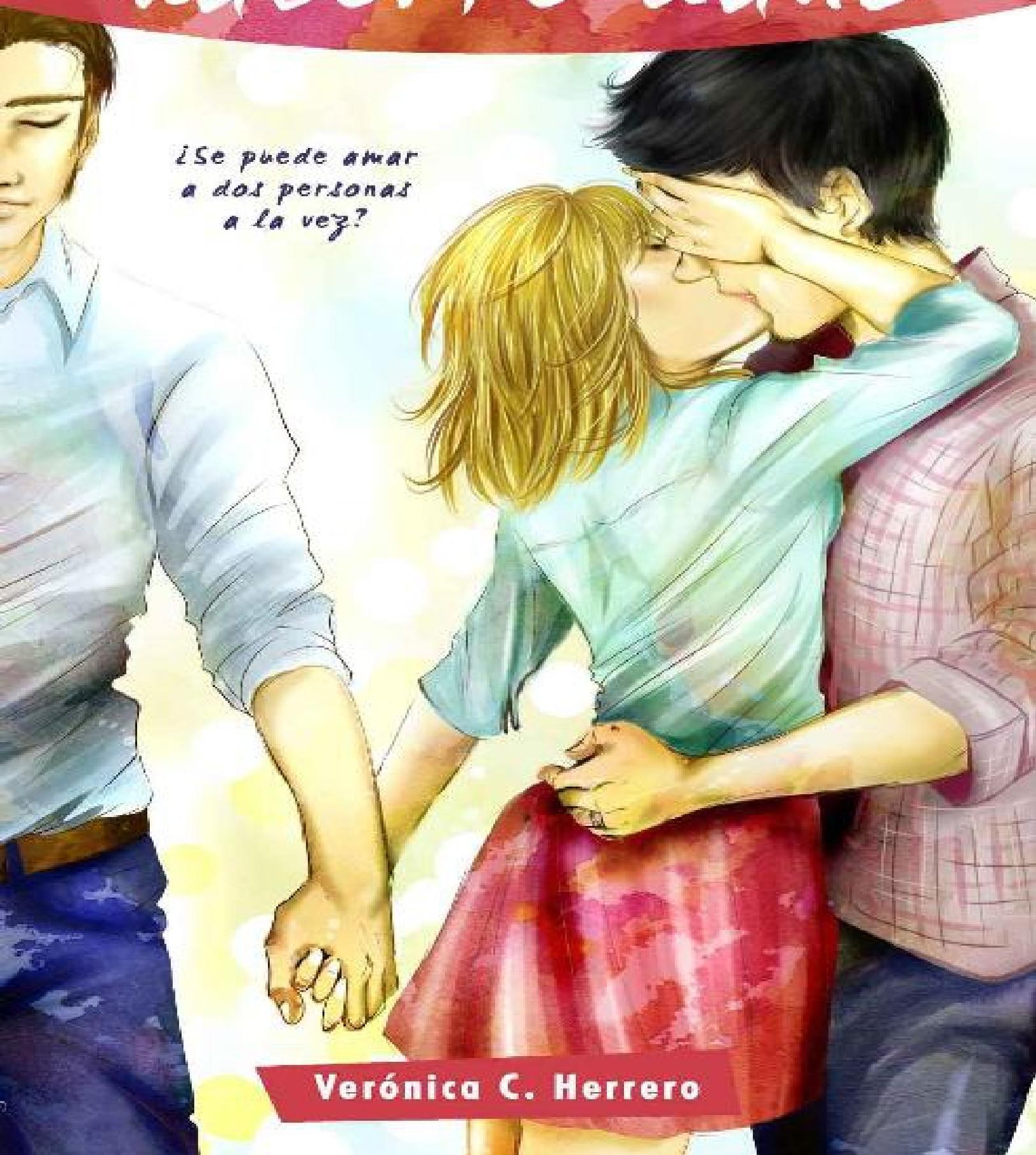


No quiero hacerte daño

¿Se puede amar a dos personas a la vez?

Verónica C. Herrero



No quiero hacerte daño

Verónica C. Herrero

A ti papá, que me cuidas y

guías desde el cielo.
Te quiero.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre y mis hermanos, simplemente por ser la mejor familia que podría haberme tocado. Por apoyarme y por estar siempre, en lo bueno y en lo malo.

A mi marido, por estar a mi lado y animarme a escribir. Y por supuesto a mis hijos, que me dais la vida y los motivos para seguir luchando cada día.

A Tania Castaño, por tu ayuda y tus consejos, por tu paciencia y por atender todas las dudas que me han surgido mientras escribía, que han sido muchas. Por formar parte ya de mis amistades y hacerme un hueco en entre las tuyas.

A Roser A. Ochoa y Yolanda García, que junto a Tania y el grupo Romantic Zone en Facebook, me han inspirado sin saberlo a empezar a escribir y publicar mi primera novela, pues espero no sea la única.

A Laura Bartolomé por su maravillosa portada. Has plasmado en ella todo lo que quería.

Índice

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo_1](#)

[Capítulo_2](#)

[Capítulo_3](#)

[Capítulo_4](#)

[Capítulo_5](#)

[Capítulo_6](#)

[Capítulo_7](#)

[Capítulo_8](#)

[Capítulo_9](#)

[Capítulo_10](#)

[Capítulo_11](#)

[Capítulo_12](#)

[Capítulo_13](#)

[Capítulo_14](#)

[Capítulo_15](#)

[Capítulo_16](#)

[Capítulo_17](#)

[Capítulo_18](#)

[Capítulo_19](#)

[Capítulo_20](#)

[Sobre_la_autora](#)

PRÓLOGO

En ocasiones lo mejor para un matrimonio no es seguir juntos a pesar de los problemas. En ocasiones no se pueden solucionar con diálogo. Ni se solucionan acudiendo a un terapeuta matrimonial. Y menos cuando una de las partes hace todo lo posible por arreglar esos problemas, pero el otro no colabora.

En ocasiones aparecen las dudas de si merece la pena seguir luchando por alguien que apenas te mira, te habla, te roza. Que apenas comparte ya contigo un mínimo de los intereses que antes tanto os unían. Yo quiero creer que sí, aunque comienzo a cansarme de ser la única que parece tener el interés suficiente en que nuestro matrimonio no caiga en una rutina mortal que nos lleve a separarnos.

Sé que no aguantaré mucho más tiempo. Que las constantes muestras de indiferencia de mi marido me llevarán a tomar la decisión que menos quiero tomar. Porque a pesar de todo, amo a Mario. Lo amo con todo mi corazón. Que nuestras vidas se separen no es algo que yo desee. Pero tampoco estoy dispuesta a remar sola en este barco al que hace ya diez años nos habíamos subido juntos. Y como juntos nos subimos, juntos debemos pelear por que no se hunda.

Cuando hace un par de años Mario tuvo una aventura, luchamos juntos por superar todos los obstáculos. Dios sabe que me costó no saltar por la borda y marcharme sin más. Pero con esfuerzo volvimos al punto de partida y conseguimos superar ese amargo capítulo en nuestras vidas. Sobre todo yo, que fui la que tuvo que lidiar con el miedo a que Mario volviera a engañarme. Volver a confiar en él se volvió un reto. Pero logré sobreponerme a ese temor y con el tiempo supe que lo había logrado.

¿Por qué no lucha de igual forma Mario ahora que le pido por activa y por pasiva que no deje que todo se vaya a la mierda? ¿Acaso no quiere hacerlo? ¿Quizás se ha cansado de mí y pero no quiere dar el paso de dejarme para no hacerme daño? Esas dudas se acumulan en mi cabeza y me provocan dolor...

Hasta que un giro en mi vida trastoca todo lo que siento y vuelve mi mundo patas arriba, haciendo que traicione mis propios principios.

Capítulo 1

Salgo de casa con la convicción de que debo acabar con mi matrimonio. Llevamos diez años juntos y esa chispa del principio se ha acabado. Ya no hay miradas cargadas de amor y deseo, ni caricias furtivas cuando pasamos cerca el uno del otro. Sé que mi marido me quiere, pero ya no estoy segura de si aún está enamorado de mí como antes.

Hace un par de años que sufrimos una crisis muy dura, cuando empecé a notar algo raro en él y acabé descubriendo que me estaba siendo infiel. Pasamos semanas separados, él juraba que no sabía por qué lo había hecho y que quería seguir conmigo, y yo estaba tan dolida que no sabía qué hacer. Finalmente decidí perdonarlo e intentar continuar como si nada hubiese ocurrido.

Tenía la certeza de que no había vuelto a serme infiel durante todo el tiempo que no convivimos y habían cambiado muchas cosas. Él estuvo muy pendiente de mí, intentando por todos los medios hacerme ver que me quería y que no volvería a pasar.

Pero después de un tiempo la relación volvió a caer en la rutina y casi sentía como si mi matrimonio no fuera más que pura costumbre, como si fuéramos verdaderos amigos conviviendo y durmiendo en la misma cama.

Necesito algo más, todavía soy joven y mi alma me pide emociones como las que se sienten cuando acabas de conocer a la persona que hace que tu cuerpo y tu mente vibren.

Paseo por la ciudad sin rumbo fijo. Hoy no tengo que trabajar y he salido temprano para no volverme loca en casa. A penas he podido dormir dándole vueltas a la cabeza, siento un vacío por dentro que no sé explicar del todo bien. Llego a una cafetería y decido entrar a desayunar, necesito llenar el estómago para pensar con más claridad. Me siento con mi café y unas tostadas junto a la ventana y miro a la calle. Observo a la gente pasar, algunos felices, otros con los semblantes serios o concentrados en las conversaciones que mantienen al teléfono.

Veo una librería al otro lado de la calle y no puedo evitar entrar cuando termino. Leer es una de mis aficiones preferidas. No hay nada que consiga sacarme de la mente los problemas mejor que la lectura, y hace tiempo que no me doy el gusto de comprar un libro. Mirando por las estanterías veo alguno que tengo pendiente de leer.

–Océanos de Oscuridad.... –Observo la portada y leo la sinopsis–. Vampiros... tiene buena pinta pero... no, dejaré los vampiros para otro momento... –Me digo mientras continúo observando las estanterías sin que nada me llame del todo la atención.

Al final me decido por uno titulado “La ayudante de Cupido”, ese que ha dejado de lanzar sus flechas en mi matrimonio hace ya bastante tiempo. Su portada capta mi atención y por la sinopsis parece muy divertida. Aunque parezco masoquista, estoy de bajón amoroso y me decanto por una novela romántica. No tengo remedio...

Cuando termino de pagar y salgo a la calle pienso que quizás me vendría bien que alguien me aconsejara sobre mi problema. Así que no dudo en llamar a mi mejor amiga Raquel. Saco el teléfono del bolso y marco. Raquel no tarda ni tres tonos en descolgar el teléfono.

–¡Hola Eva! ¿Qué pasa? ¿No trabajas hoy? Es raro que me llames a estas horas –dice mi amiga intuyendo que algo me pasa, pues hoy es martes y normalmente no hago llamadas personales en mi jornada de trabajo.

–No, hoy tengo el día libre. Necesitaba hablar contigo de algo... ¿estás en casa ahora? –pregunto con la esperanza de que no tenga nada que hacer en ese momento, la necesito.

–Claro, tengo un par de horas antes de marcharme a casa de mi madre. Ven, te espero y preparo café –dice animándome a ir a su casa.

–Estoy allí en veinte minutos, gracias Raquel. –Le agradezco que me haga un hueco. Sé de la importancia que tiene la visita que ha de hacer a su madre y que no puede llegar tarde.

–Vamos, no me des las gracias. Sabes que siempre tendré tiempo para ti. ¡Nos vemos ahora! –Y tras eso cuelga el teléfono.

Me encamino a su casa sin perder un segundo, no quiero quitarle tiempo a mi amiga, pues debe arreglar junto con su madre todo el papeleo que conllevaba poner en orden la herencia tras la muerte de su tía en el pueblo.

Cuando llego al portal toco al timbre y me abre la puerta sin preguntar quién es. Cuando Raquel ve mi cara de pena no duda un segundo en darme un abrazo, tan fuerte que casi me deja sin respiración.

–Oh ¡Eva! ¿Qué pasa cielo? ¿Ha ocurrido algo grave? –pregunta con preocupación al apartarse de mí.

–Sí... No... Bueno... es que... –No sé ni siquiera como catalogar mi problema. Puede que hasta se ría de mí por acudir a ella con una tontería.

–¡Vamos, vamos! Entra y dime que te pasa. –Me coge del brazo y me anima a entrar.

Nos dirigimos a la cocina, donde ya tiene preparado un humeante café que huele deliciosamente. Raquel vive sola en un estudio bastante acogedor, solo tiene una habitación con su cuarto de baño, un salón con muebles de lo más modernos y la cocina, que cuenta con bastante espacio de almacenaje y una isla central en la que podrían comer al menos seis personas cómodamente. Una vez sentadas en la isla me anima a que le cuente el motivo que me ha llevado a su casa.

–Venga, toma una taza de café y cuéntame cuál es tu problema. – La pone en mis manos esperando mi respuesta.

–Raquel no sé qué hacer... estoy pensando en pedir el divorcio a Mario – digo mientras bebo un sorbo y miro de reojo a mi amiga.

–¡¿Qué?! –exclama a punto de atragantarse con el café que acababa de llevarse a la boca. Se pasa una servilleta para limpiarse lo que se le ha

derramado y continúa—. ¿Por qué?

—Lo que oyes... ya no estoy segura de que siga enamorado de mí. A penas cruzamos cuatro palabras cuando estamos en casa, no tenemos conversaciones como antes, ni siquiera tenemos sexo como antes... —explico.

—Pero Eva, creo que eso les pasa a todas las parejas cuando llevan muchos años juntos. ¿Has intentado hablar con él del tema? —pregunta mientras estira sus manos sobre la isla y toca las mías con dulzura.

—La verdad es que no... Pero es que después de lo que pasó hace dos años esperaba que lo que volvió a surgir durante la reconciliación no llegara a apagarse. Parece que cuando ya ha tenido la seguridad de no perderme ha vuelto todo a esa rutina de antes. Ya no hay chispa entre nosotros... —Me lamento.

—¿Y por qué no intentas avivar tú misma esa chispa? Acércate a él, insinúate, ¡provócale! —Me dice haciendo gestos con las manos y riendo.

—¿Y si ya no le atraigo? Si realmente es lo que parece y ya no está enamorado de mí... —digo agachando la mirada a mis manos.

—No pierdes nada por probar. Además, ¿cómo no vas a atraerle? ¿Tú te has visto? —Señala mi cuerpo de arriba abajo—. Es imposible que cualquier hombre no se gire a mirarte por la calle. ¿Cómo no va a hacerlo tu marido?

Se queda observándome.

—No sé... es que apenas me mira... —Agacho la cabeza y apoyo la frente sobre la isla cubriéndome con los brazos.

—¡Ah no! ¡Ni hablar! No vas a derrumbarte, yo te ayudaré a dejar a ese soso que tienes por marido con la boca abierta cuando te vea al entrar por la puerta. —Me coge del brazo y me hace levantar de la silla llevándome a su dormitorio.

Me quedo mirando desconcertada mientras mi amiga da vueltas por la habitación, sacando del aseo estuches de maquillaje, cepillo y horquillas y

colocándolo todo sobre la cama. Vuelve a cogerme del brazo, me sienta al borde de esta y comienza a colocar todo lo que necesita a su alcance.

Debo estar horrible para que necesite tantas cosas para arreglarme. Sin embargo, ella está siempre perfecta, es una mujer preciosa, morena de piel, ojos y cabello, sonrisa enorme de perfectos y deslumbrantes dientes, delgada, pero atlética. Sus rasgos, evidentemente heredados de su padre, que es mejicano, le dan un toque especial que hacen que todos los hombres se giren a mirarla cuando se cruzan con ella, puedo dar fe de ello.

Comienza extendiendo por mi rostro una base de maquillaje, me aplica sombras oscuras de tonos marrones, usa un delineador negro, me pone algo de colorete y da color a mis labios con un labial de tono rojo. Me recoge el pelo con las horquillas y para terminar, observa mi ropa con detenimiento.

Llevo una blusa blanca y una falda negra hasta las rodillas que se ajusta a mis caderas, pero que por lo que parece, para ella que llegue a esa altura es llevar demasiada tela. Me hace levantar de la cama, me abre un par de botones de la blusa y me remanga la falda hasta que la hace subir a medio muslo. Cuando ha terminado, me coloca frente al espejo y se posiciona detrás de mí.

—Nena... si tu marido no ve lo que yo veo aquí y se tira encima de ti como un león... ¿es que no tiene sangre en las venas! —dice cruzándose de brazos y admirando el trabajo que ha hecho conmigo.

Me miro al espejo, soy una mujer con curvas, quizás no sean muchos los kilos que me sobran, pero yo me veo unos cuantos de más. No obstante, para no gustarme del todo mi cuerpo, tampoco considero que esté demasiado mal. Mi pelo es del color del trigo, un color que heredé de mi queridísima abuela materna, de origen Islandés, largo hasta los hombros y con hondas, que ahora está recogido en un moño descuidado, pero con las horquillas estratégicamente colocadas, de forma que ningún mechón se escape de su sitio. Mis ojos son más bien almendrados y de color verdoso, con lo que al maquillarme con esos tonos ha resaltado bastante mi mirada. Me veo guapa ante el espejo.

Nos despedimos en la puerta con un fuerte abrazo después de que Raquel termine de darme un par de consejos de seducción que a ella dice no fallarles

nunca. Le doy las gracias por haberme recibido aun teniendo que marcharse en pocas horas y, como siempre, le resta importancia sabiendo que yo haría lo mismo en su lugar.

Me pongo de nuevo de camino a casa un poco más animada, con la esperanza de poder arreglar las cosas con Mario y no tener que llegar al punto al que, sinceramente, no quiero llegar. A pesar de todo, amo a mi marido y no quiero divorciarme.

Capítulo 2

Entro en casa sabiendo que aún me quedan un par de horas antes de que Mario llegue del trabajo. Acostumbro a ponerme cómoda nada más llegar a casa, pero no quiero destrozar el trabajo de Raquel, así que me pongo un delantal para no acabar llena de manchas y empiezo a preparar la comida.

Vivo en constante dieta para cuidarme de no coger más kilos de los que ya pienso que me sobran, soy una persona con una facilidad pasmosa para ganar peso, así que preparo un plato ligero para mí y algo más contundente para mi marido, al que parece que le ha tocado la lotería en la genética, pues coma lo que coma no coge ni un solo kilo.

Pienso en él y en todo lo que me gustó cuando lo conocí y me enamoró. Rememoro el día que nos vimos por primera vez.

“A los veinte años Raquel me organizó una cita con un chico de la universidad. Estaba empeñada en que necesitaba tener un novio. Según ella, estaba un poco amargada y un chico en mi vida calmaría ese genio que me gastaba a veces. Así que habíamos quedado en el cine del centro comercial para ver una película, pero se acercaba la hora de la sesión y él no aparecía. Miraba a todas partes esperando verlo llegar y a cada minuto que pasaba me sentía más patética. Empecé a pensar en marcharme del cine, no quería parecer ridícula entrando sola en la sala. De pronto se acercó un chico que me había estado observando.

–Parece que tu amiga te ha dejado plantada. –Me había dicho al llegar a mi lado.

–Que va... es mucho más patético que eso... tenía una cita y no se ha presentado... –Confesé bajando la mirada con vergüenza.

–Vaya, que descortés por su parte, podría haberte enviado un mensaje de aviso. –Se lamentó al verme así.

–Sí, hubiese sido lo mínimo... la verdad es que me apetecía mucho ver

esta película –dije con pena al saber que tendría que marcharme sin verla.

–¿Qué película habías elegido? –Me preguntó

–Planet Terror. –sonreí al ver su expresión divertida.

–Jajaja, ¡vaya! eso no me lo esperaba. ¿Te gustan las películas de terror? –preguntó entre curioso y divertido. Esas películas no eran lo más habitual entre las mujeres y sabía que le sorprendería.

–Sí, la verdad es que sí, me gustan bastante. Pero bueno, qué más da, no pienso entrar a la sala yo sola... me moriría de vergüenza más que de miedo... –Señalé.

–¿Sabes? Había quedado en la bolera –dijo señalando el otro extremo del centro comercial–, pero sinceramente no me apetece nada jugar a los bolos ahora mismo. ¿Te apetece que te acompañe y así no pierdes la entrada? Puedo enviarles un mensaje a mis amigos y decirles que me ha surgido algo. –Se ofreció a entrar conmigo.

Me quedé mirándolo unos instantes. No lo conocía de nada, pero la verdad es que había sido muy amable en todo momento y me apeteció bastante que me acompañara.

–De acuerdo, te lo agradezco mucho... ehh...

–Mario, mi nombre es Mario. –Se presentó ante mi gesto de duda, pues ni siquiera me había dicho cómo se llamaba cuando decidió acercarse.

–Yo soy Eva, un placer conocerte. –Me presenté igualmente.”

Al oír la puerta de entrada abrirse salgo de mi ensimismamiento, me apresuro a terminar de recoger los utensilios que acabo de fregar y quitándome rápidamente el delantal voy a recibir a mi marido tal y como me ha aconsejado Raquel. Miro mi escote, abro un poco más la blusa dejando que mis pechos se vean bien entre la uve que forma la abertura y me aliso la falda. Me dirijo a la entrada y observo a mi marido mientras se quita la chaqueta y la coloca en el

perchero de la entrada.

Es un hombre muy atractivo, alto, de cabello oscuro y ojos azules, su rostro es cuadrado y en el mentón se le forma un hoyuelo que lo hace muy sexy. Es atlético sin hacerle falta el deporte, porque la verdad es que no es para nada deportista. Ni siquiera le gusta ver el fútbol por televisión, todo ese cuerpo es gracias a la bendita genética que, aparte de no dejar que coja un gramo, le proporciona un físico envidiable sin tener que hacer ejercicio.

–Hola cariño. –Le saludo con voz suave mientras me apoyo en el marco de la puerta de la cocina, justo al lado de la entrada a la casa y lo miro insinuante.

–Hola cielo. Que mañana más agotadora, ¿Qué hay de comer? ¡Estoy famélico! –contesta dándome un rápido beso al pasar por mi lado y entrando en la cocina.

–Lentejas... hay lentejas... –Me siento bastante decepcionada, el primer intento de llamar la atención de mi marido ha sido un fiasco.

–¡Qué buenas! Como sabes lo que me gusta, eres estupenda. –Y se sienta a la mesa a esperar su plato de comida.

Le sirvo la comida y salgo de la cocina en dirección a nuestro dormitorio, empiezo a quitarme la ropa, me pongo cómoda y deshago el moño soltando mi pelo. Masajeo un poco el cuero cabelludo, pues Raquel se ha concentrado tanto en que el moño no se mueva de su sitio que me está empezando a doler la cabeza de lo apretado que lo llevaba. Me quito el maquillaje y vuelvo a la cocina con cara de pocos amigos.

–¿No comes cielo? –pregunta Mario al verme sentar a la mesa y no servirme un plato de comida para mí.

–No, no tengo hambre... –contesto secamente.

–¿Has almorzado tarde? –Insiste él.

–Tampoco he almorzado, solo un desayuno rápido al salir de casa –digo sin mirarle y concentrándome en la televisión para no atravesarlo con la mirada.

–Pues deberías comer algo, no vaya a ser que te pongas enferma. –Sugiere sin percatarse del mal humor que se me ha puesto.

–No creo que me ponga enferma por no comer un día. Puede que sí pierda unos cuantos kilos, lo mismo así consigo que mi marido se fije algo más en mí. –Le suelto al fin fulminándolo con la mirada.

–¿Qué dices cielo? Yo me fijo en ti, con o sin kilos de más –dice con algo de cautela en la voz.

–¿Que te fijas en mí? ¡¿Que te fijas en mí?! –digo alzando la voz y poniendo cara de estupefacción. No me puedo creer lo que acabo de oír.

–¿Pero se puede saber qué te pasa hoy? –Empieza a ponerse nervioso, pues no sabe que es lo que ha hecho para que esté tan enfadada.

–Me he maquillado, peinado y abierto la blusa hasta casi sacarme las tetas de la ropa. Te miro insinuante esperando que te fijas en mí al llegar a casa ¡Y pasas por mi lado como si nada! ¡Casi sin mirarme! ¿Y tienes la desfachatez de decirme que te fijas en mí? –Me levanto de la silla de golpe, estoy tan enfadada que solo me falta echar humo por las orejas.

–Yo... ¡joder...! Lo siento cielo, he llegado algo cansado y no me he dado cuenta de nada. –Se excusa.

–Claro, tú nunca te das cuenta de nada. Estoy harta de esperar que te des cuenta de las cosas, de que necesito tenerte a mi lado, como antes. De que me digas si te parezco guapa, como antes. De que me hagas sentir deseada, como antes... Ya nada es como antes... –digo al borde de las lágrimas-. ¿A caso ya no te gusto como antes? ¿Ya no me deseas? –Y rompo a llorar sin poder contener más las lágrimas.

–Claro que sí cielo, claro que sí. –Se acerca hasta mí y me abraza.

–Pues no lo parece... –Me aparto de él y giro sobre mis talones para darle la espalda–. Ya a penas me miras, me dices algún piropo, me tocas o me regalas una simple caricia. A penas tenemos sexo, somos como dos amigos compartiendo cama. Nos llevamos muy bien y lo hacemos de vez en cuando, pero es como si fuese mecánico, no surge del deseo, es como si lo hiciéramos simplemente porque tenemos que hacerlo... –Me limpio las lágrimas que caen por mi rostro y lo miro de nuevo.

–Cariño, lo siento, de verdad –me da un beso en la frente y limpia con sus pulgares las lágrimas que se niegan a dejar de salir de mis ojos–. Siento tenerte tan abandonada, el trabajo me lleva de cabeza y no me he dado cuenta de cuanto te he dejado de lado. Esta noche, cuando estemos en la cama, te haré el amor como hace tiempo no lo hacemos... –promete volviendo a besarme, esta vez en los labios.

La tarde transcurre bastante aburrida. He terminado todas las tareas de casa y me he sentado a leer un rato, pero enseguida lo he dejado de lado porque no paraba de pensar en lo ocurrido a la hora de la comida. Mario ha salido de casa poco después de la conversación para hacer unos recados y me he quedado sola. Al final decido vestirme y salir a comprar algo para la cena.

Sinceramente no tengo muchas ganas de cocinar, pero está claro que algo tengo que preparar, mi estómago está quejándose debido a no haber comido nada más que aquellas tostadas por la mañana. Me decido por preparar lomo con salsa de pimienta y unas patatas hervidas, algo sencillo y que no requiere mucho tiempo de preparación.

Regreso a casa dando un paseo, ya que aún me sobra algo de tiempo hasta la hora de la cena. Miro algún que otro escaparate y me detengo ante una corsetería que muestra un conjunto de lencería que me llama mucho la atención. Es de encaje color violeta, con el sujetador de estilo corsé y las braguitas con unas cintas que se cruzan en la parte de atrás que le dan el mismo efecto que el cierre de un corsé. Entro en la tienda decidida a comprarlo para esta noche. Quiero que mi marido me desee con todas sus ganas y lo voy a conseguir.

Cuando terminamos de cenar recogemos la mesa y nos sentamos a ver un rato la televisión. No hacen nada interesante, pero he preparado la cena bastante pronto y todavía no tenemos ganas de meternos en la cama. Nos acomodamos en el sofá y me coloco bajo el brazo de Mario, que me rodea y me atrae hacia él acariciando el mío suavemente.

Rodeo su cintura con el brazo libre y meto la mano por debajo de su camiseta, acariciando su abdomen. Siento como me da un beso en el pelo, alzo la mirada y le sonrío. Entonces me vuelve a besar, esta vez en los labios, levanto un poco el cuerpo queriendo acercarme más a él e intensificar el beso, subo un poco más la mano hacia su pecho y él pasa la suya de mis hombros a mi cintura, desde la que levanta mi camiseta de pijama para acariciar mi espalda.

Nos besamos dulcemente durante un instante, acariciándonos con los labios, luego me incorporo del asiento y me coloco a horcajadas sobre sus piernas, pegando mi cuerpo al de mi marido, rodeándolo por el cuello y besándolo con fuerza. Él me abraza por la cintura y responde el beso con ganas.

–Voy al baño un momento –digo al cabo de unos instantes separándome de él y mirándolo con deseo.

–No tardes, voy a preparar la cama. –Se levanta del sofá conmigo aún en brazos y me deposita en el suelo.

Me encamino al baño del dormitorio, he escondido el conjunto entre las toallas para poder cambiarme sin que me vea entrar con bolsas al aseo. Me quito la ropa que uso para estar por casa, ya bastante vieja, después la ropa interior que llevo y me aseo lavándome un poco el cuerpo y cepillando mis dientes. Estoy algo nerviosa por ver cómo reaccionará Mario ante el conjunto nuevo y he empezado a sudar.

Me pongo el sujetador y lo ajusto hasta que mis pechos quedan bien firmes. Luego las braguitas a juego y me aseguro de que no queda ningún michelín a la vista. Por último me atuso el pelo con las manos hasta quedar contenta con el resultado.

Parece que acabo de levantarme de la cama, pero no como lo hacemos cualquier ser humano normal, que parece que vengamos de la guerra, sino como esas actrices que aparecen en las escenas en las que se despiertan y llevan el pelo perfectamente colocado de forma sensual. Respiro hondo, echo un último vistazo al espejo y me dirijo a la puerta, cojo la manilla y abro despacio apoyando mi mano libre en el marco y recostándome sobre él de forma sexy.

–Mario... –Llamo con voz grave.

Espero oír a mi marido decir alguna cosa, pero no obtengo respuesta.

–¿Mario? –Insisto.

Al ver que mi marido no contesta me acerco a la cama. No se ve mucho con la escasa luz que ilumina la habitación y al llegar junto a la cama de matrimonio puedo comprobar que Mario se ha quedado dormido, está con la boca abierta, despatarrado, su respiración es acompasada y sus ojos están cerrados.

Siento como me hierve la sangre en las venas del cabreo, estoy furiosa pero decido no despertarlo. Me pongo un camisón por encima y salgo de la habitación. Voy al salón con los ojos llenos de lágrimas, las seco antes de dejarlas escapar y me tiro sobre el sofá. No quiero llorar, no quiero darle ese gusto a mi marido, aún que sé que no me va a ver, pero no me permitiré derramar ni una lágrima. Con la pena en el pecho me acurruco en un lado del sofá y me quedo dormida casi al instante de haberme tumbado.

Capítulo 3

He estado toda la semana enfadada con Mario. Al día siguiente me despertó en el sofá y me preguntó como si nada que qué hacía durmiendo allí sola. Me levanté del sofá, me abrí el camisón con el que me había cubierto y él abrió los ojos de forma exagerada al ver el conjunto que llevaba puesto.

Me dijo que estaba tremendamente sexy, quiso cogerme por la cintura pero me aparté antes que me tocara y le dije “Esto que te has perdido esta noche, te costará bastante poder probarlo”. Volví a cerrar el camisón y me marché para arreglarme y e irme al trabajo.

A penas he cruzado con él más que las palabras necesarias durante el resto de la semana. Ha llegado el sábado y estoy igual de distante. Se ha disculpado en repetidas ocasiones, pero prácticamente no he escuchado nada de lo que me ha dicho, estoy muy pero que muy cabreada.

Nos ponemos a cenar sin apenas hablar como hemos hecho toda la semana, recogemos la mesa al terminar y después de cepillarme los dientes me voy a mi sillón, donde me pongo cómoda y cojo el libro que compré el martes.

–¿Vas a estar mucho más tiempo sin hablar a penas conmigo? –pregunta Mario mirándome de reojo.

–No lo sé... ¿Vas a estar tú mucho más tiempo haciendo como si no pasara nada? –digo indignada.

–¡Vamos Eva! Te he pedido disculpas un millón de veces todos estos días. –Se molesta ante mi ataque.

–Sí, como todas las otras veces en las que me has dejado con las bragas mojadas y te has quedado dormido. Y, ¿acaso ha cambiado algo después de haberte perdonado una y otra vez? –contesto ante su respuesta.

–¿Qué quieres decir? ¿Acaso no te he hecho el amor cada vez que me has perdonado? –Me pregunta sin imaginar lo que acababa de provocar con esas

palabras.

–¡Ese es el problema Mario! que me haces el amor cuando he tenido que enfadarme por dejarme con las ganas o ignorarme. Nunca sale de ti, nunca es espontáneo. No quiero que me hagas el amor porque me he enfadado. Quiero que lo hagas porque te apetece, porque te atraigo y lo deseas. ¡Que me cojas sin previo aviso y me folles sin más! Y ya no se trata solo del sexo. ¡Es todo! Nunca me dices si te parezco atractiva, si estoy guapa cuando me arreglo, nunca me dedicas un piropo. No tienes gestos cariñosos conmigo, ni una caricia cuando te acercas a mí, un abrazo ni nada parecido –explico ya cansada de que no lo entienda.

–Yo... –Se queda mirándome sin saber que decir.

–Cuando me acerco a ti solo espero que al menos me correspondas. Yo deseo estar contigo, te amo y no quiero que las cosas acaben mal, pero estoy empezando a cansarme de ser la única que parece tener algo de interés en este matrimonio... Ahora, si no te importa, me gustaría seguir leyendo un rato tranquila... –Termino de hablar y vuelvo a centrar mi mirada en el libro.

Mario se levanta del sofá, se dirige a la puerta del salón y se queda unos segundos en el umbral.

–Yo también te amo. No quiero perderte... lo siento de veras, no sabía que te sentías así –dice dándose la vuelta con cara de preocupación y seguidamente se marcha a la cama.

Cierro los ojos con fuerza y apoyo la cabeza en el respaldo del sillón respirando hondo cuando Mario sale de allí, dejándome tranquila como le he pedido. Estoy a punto de llorar de nuevo y esta vez no me contengo. Llora durante un buen rato, evitando como puedo que él me oiga.

Cuando consigo relajarme un poco me levanto dejando el libro a un lado, cojo el portátil y lo enciendo. Se me han quitado todas las ganas de seguir leyendo y es muy tarde para llamar a Raquel y poder desahogarme. Así que creo que podría encontrar alguien con quien charlar en algún chat y al menos cuento con el anonimato para poder hacerlo sin que me conozcan y juzguen

después.

Me registro bajo el alias “Moca30”, por la variedad de café que más me gusta tomar y entro en el chat. No tardo en recibir algunos mensajes privados, casi todos ellos de hombres con proposiciones bastante indecentes, que por supuesto rechazo sin contestar. Casi me he arrepentido de haber entrado en ese chat cuando me llega un mensaje bastante corriente al que decido responder y ver por dónde continúa. Si se desvía hacia donde yo no quiero entrar, lo cortaré en seco y me iré a dormir en el acto.

Rural33: Hola, ¿no puedes dormir?

Moca30: No, no puedo dormir. ¿Y tú?

Rural33: Suelo acostarme bastante tarde. ¿Qué edad tienes? Aunque si eres tan obvia como yo, puedo adivinarlo, jaja

Moca30: Jajaja pues sí, tengo 30 años, ¿tú?

Rural33: Tengo 33. ¿Puedo preguntar cómo te llamas?

Moca30: Preferiría no dar mi nombre. ¿Vienes mucho por este chat?

Rural33: A menudo, aunque me aburro bastante, no suele haber gente con la que mantener una conversación que no termine tratando de sexo.

Moca30: Sí, parece que no hay más cosas de las que hablar con las mujeres. ¿A ti también te bombardean los hombres con preguntas fuera de tono?

Rural33: Normalmente sí, hasta que averiguan que soy un hombre y se retiran, jajaja.

Moca30: Jajaja, he de confesar que al decirme lo de las conversaciones que terminan en sexo, también pensé que eras una mujer a la que acosaban por aquí con esos temas.

Rural33: Suele pasar, cuando uno no habla de sexo con las chicas de por aquí parece raro.

Moca30: La verdad es que sí, y lo siento por los hombres que no lo hacéis, pero es que la mayoría van a lo que van.

Rural33: Lo sé. Y a ti ¿qué te trae por aquí?

Moca30: Ufff... no sé... esperaba encontrar alguien con quien desahogarme... pero probablemente a ti no te interese escuchar ahora mis problemas...

Rural33: Prueba, se me da bien escuchar... aunque si ves que no contesto será que me he dormido, jajaja

Moca30: ¡Ay no! ¡Otro que se me duerma no por favor! Jajaja

Rural33: ¿Otro? ¿Quién más se te duerme por ahí?

Moca30: Mi marido... llevamos bastante tiempo en una relación muy metida en la rutina... yo intento acercarme pero no hay día que lo intente que no me ignore o se quede dormido dejándome ahí... y muchas veces pienso que ya no le atraigo...

Rural33: ¿Lleváis mucho casados?

Moca30: Cuatro años, pero hace diez que estamos juntos.

Rural33: Pues tampoco es tanto, es raro que un hombre no tenga ganas a cada momento... ¿Has pensado que quizás... pueda haber otra persona?

Moca30: Eemmm... :`(`

Rural33: ¿Qué?

Moca30: No creo que la haya... Sin embargo sí la hubo hace dos años... :`(`

Rural33: ¿Tuvo una amante? ¿Y lo perdonaste?

Moca30: Sí, lo perdoné. Me costó mucho hacerlo, pero estuvo detrás de mí cada día ganándose que lo hiciera. Aún hay veces que me duele mucho, pero lo perdoné y no es algo que me guste echarle en cara a la hora de discutir. No es justo que le recuerde el error durante el resto de su vida.

Rural33: Eso está bien, pero tendría que ser más constante con el tema. Yo creo que no vale hacer lo imposible por ganarse el perdón de alguien y cuando ya lo has conseguido olvidarse de cuidar a esa persona. Tendría que llevarte en bandeja de plata.

Moca30: Ya... Eso pienso yo... pero no sé cómo hacerle ver que necesito su atención. Es como vivir con un amigo... y me duele porque yo lo sigo amando...

Rural33: Me da mucha rabia que te hayan hecho ese daño... pareces una mujer maravillosa.

Moca30: Gracias, eres muy amable. Creo que me voy a la cama, la verdad es que estoy algo cansada. Siento haberte aburrido con mis problemas.

Rural33: No me has aburrido. Espero haberte ayudado a desahogarte [¿Volverás a conectarte?

Moca30: No sé... no suelo hacerlo la verdad, ha sido algo puntual...

Rural33: Bueno, espero poder hablar contigo en otra ocasión. Me has caído muy bien. Buenas noches.

Moca30: Gracias, tú a mí también. Buenas noches.

Desconecto con la sensación de haber encontrado alguien con quien poder hablar en los momentos de bajón. Alguien que no me juzgará por mis actos, que no pensará mal de mí si muestro desesperación por querer estar con un marido que apenas me presta atención, que no me verá como una mujer patética, como yo misma me siento a veces. Y así, con el alma un poco menos

triste, apago el portátil y me voy a la cama. Me acuesto junto a mi marido, que ya duerme, y le doy la espalda durmiéndome casi al instante.

Capítulo 4

Al día siguiente me despierto con el sonido de una música suave y abro los ojos lentamente. No me acosté demasiado tarde, pero no tengo por costumbre hacerlo pasadas las once y anoche acabé durmiéndome a la una de la madrugada. Miro la hora en el móvil y veo que ya son las nueve de la mañana. Me levanto y salgo al pasillo, voy a la cocina siguiendo el sonido de la música y allí no hay nadie. Continúo hasta llegar al salón y encuentro la mesa preparada con platos que contienen tostadas, *croissants*, mermelada, mantequilla, una taza de café con leche, una jarra con zumo de naranja y una nota que descansa sobre ella. Cojo la nota y leo:

“Espero que esté todo a tu gusto. He salido a por la prensa, volveré enseguida”

Esto no me lo esperaba, ser detallista no es una de las cualidades de Mario, pero no voy a rechazar semejante desayuno. Esta mañana me he despertado con un hambre canina y esos *croissants* tienen una pinta deliciosa. Me siento a la mesa y me sirvo uno de ellos, cojo el café con leche y me preparo también un vaso de zumo. Voy a comer hasta hartarme y poco me importan en este momento las puñeteras calorías.

Casi he terminado cuando escucho la puerta de casa, espero la entrada de mi marido mientras doy cuenta del último trago de café y lo que queda de la tostada que me he untado de mantequilla. Mario entra silbando una cancioncilla y se acerca a mí por detrás, plantándome un beso en la mejilla.

–Buenos días cariño, ¿Qué tal estaba todo? –pregunta acariciando mis brazos.

–Delicioso, gracias por el detalle –digo aún con la boca llena y una pequeña sonrisa.

–Me alegro mucho. Vamos, vístete que tenemos que salir. –Me insta a levantarme de la silla y me da un ligero empujoncito hacia la puerta.

–¿Salir? ¿A dónde? –pregunto intrigada. Que yo recuerde no tenemos ningún plan para hoy. Al igual que ningún domingo desde hace ya tiempo.

–No seas tan curiosa y haz lo que te he pedido, por favor. –Me insiste con una sonrisa pícaro en los labios.

Salgo hacia el dormitorio para vestirme, pero intento de nuevo sacarle algo de información.

–Si me dijeras a dónde vamos sabría que ropa ponerme. –Intento que suelte algo sobre sus planes.

–Tú ponte guapa pero cómoda es lo único que necesitas saber –dice desde la entrada sin más.

Me pongo una falda con algo de vuelo de un color ceniza que me llega a medio muslo y una camisa de tono salmón, me calzo mis bailarinas negras y me maquillo un poco. Aparto con unas horquillas el pelo para que no me estorbe en la cara y salgo. Encuentro a Mario esperando con mi bolso en la mano.

–Estás preciosa –Me mira cuando me tiene delante, me entrega el bolso y coge mi mano–. Vamos, o llegaremos tarde.

Salimos con el coche y Mario se dirige a las afueras de León. Pasamos en carretera algo más de hora y media, conversamos sobre nada en particular y comentamos las noticias que se han sucedido durante la semana o sobre cómo nos va en el trabajo.

Yo soy administrativa en una agencia de viajes, últimamente ha bajado un poco el ritmo de trabajo y en alguna ocasión he temido que descienda tanto que mis jefes decidan prescindir de mí. Pero tanto Julia como Pedro me han tranquilizado, diciéndome que sería difícil encontrar una persona tan capaz de sacar el trabajo adelante como yo, y que debo estar tranquila por mi puesto. Es realmente satisfactorio que tus jefes alaben tu trabajo y te hagan sentir tan a gusto.

Mario trabaja como enfermero en uno de los centros de salud de la ciudad. Le gusta mucho su trabajo, porque trata tanto con personas adultas como con niños y poder ayudar a que la gente se sienta mejor es algo que siempre le ha gustado.

Estoy intrigadísima con este viaje imprevisto. No sé cómo Mario ha podido organizar alguna cosa en tan poco tiempo y me pregunto a dónde me está llevando, hasta que por fin creo adivinar hacia dónde nos dirigimos. A lo lejos puedo distinguir el edificio del Acuario de Gijón, hacía bastante tiempo que habíamos hablado de visitarlo, pero nunca nos animamos del todo a ello.

Sé que allí se celebran también todo tipo de eventos, incluso tengo entendido que una pareja se ha casado bajo el agua, aunque... ¿Era en ese acuario o era en el de otra ciudad en el que lo habían hecho? La verdad es que no estoy muy segura, pero pienso que debe ser algo muy emocionante celebrar así una boda, y ahora que estoy casi a las puertas, también me siento muy emocionada con la sorpresa que Mario ha preparado.

–¿Vamos al acuario? –digo mirando a mi marido con emoción.

–Vamos al acuario. –Se le forma una sonrisa en los labios.

–OH! ¡Es genial! –respondo tan contenta como una chiquilla con su primer juguete.

Aparcamos el coche y nos dirigimos a las taquillas. Mario saca un papel del bolsillo de su chaqueta y lo muestra a la muchacha que atiende en el mostrador. Ella ojea el papel e introduciendo algunos datos en el ordenador imprime dos entradas. Se las entrega a mi marido y nos dedica una amable sonrisa.

–Que disfruten de su visita. –Nos indica con un gesto de la mano la puerta de entrada.

Por lo que parece, Mario tenía las entradas ya compradas. ¿Cuándo lo ha hecho? Miro a mi marido con ojos interrogantes, pero él no hace más que sonreír de nuevo con cara de satisfacción.

En el interior de aquella primera planta puedo ver que se encuentran la tienda de *souvenirs*, un aula de pedagogía, una sala de exposiciones, aseos y alguna de las salas de exposición continua de animales que tienen clasificados en distintos mares y océanos. En la parte exterior tienen situada la zona de recuperación de animales marinos y el observatorio de aves.

Me fascinan los animales. Todos y cada uno de ellos me parecen seres de lo más complejos y disfruto mucho de los reportajes que hacen en televisión sobre todo tipo de ellos.

Paseamos por las instalaciones largo rato, parando a observar cada una de las exposiciones con detenimiento y haciendo muchas fotografías. Cuando llegamos al tanque de los tiburones corro hacia él arrastrando a Mario de la mano.

Es impresionante ver estos animales tan de cerca, me pego al tanque apoyando las manos en el frío cristal y en ese momento veo aparecer por mi izquierda un enorme tiburón toro, nadando lento y majestuoso hacia mí, con sus pequeños ojos y sus grades y afilados dientes.

Pasa rozando el cristal con la aleta y me imagino dentro de ese tanque, tocando con mis propias manos aquel pez que probablemente podría comerme de un bocado sin ni siquiera masticar.

Mario me rodea por el hombro sacándome de ese tanque y devolviéndome a la realidad.

–Son impresionantes ¿eh? –Me dice admirando esta criatura que pasa por delante de nosotros.

–Sí... son magníficos. –Sonrío.

–Vamos, casi es hora de comer. –Me indica mirando el reloj que lleva en la muñeca.

–Es verdad, casi ni me hubiese acordado de comer si no me lo dices –digo

riendo con ganas y cogiendo la mano que Mario me tiende.

Nos dirigimos al restaurante y Mario le indica al chico de recepción que tiene una reserva, el muchacho nos acompaña hasta una mesa que está bastante apartada del resto. Está colocada junto a un precioso acuario que se encuentra empotrado en la pared en el que pueden verse peces de todos los colores y tamaños, plantas acuáticas, corales y estrellas de mar, es increíblemente bello.

El *maître* toma nuestras chaquetas y mi bolso, los coloca en un perchero cercano a la mesa y a continuación nos entrega la carta. Me quedo mirando a mi marido, que ya está observando el menú buscando algo que le apetezca. Estoy muy feliz con la sorpresa que me ha dado, está siendo una visita maravillosa y le agradezco este cambio en la rutina.

No solemos hacer nada especial los domingos, pues los dos estamos cansados después de la semana de trabajo y acostumbramos a quedarnos en casa viendo la televisión. Al mismo tiempo me pregunto cuanto le va a durar este cambio, sé que siempre pasa lo mismo: discusión, esfuerzo por arreglarlo y vuelta a empezar cuando las cosas se calman.

No pretendo que Mario me lleve de un lado a otro cada semana, sé que nuestra economía no es tan boyante como para poder permitirnos salir a comer o cenar fuera de casa continuamente. Lo que yo quiero va más allá del hecho de hacer cosas juntos fuera de casa.

Yo quiero cariño, muestras de afecto desinteresadas, salir a dar un paseo por la ciudad cuando tenemos un poco de tiempo para nosotros, ser correspondida de igual forma a la entrega que yo tengo en el matrimonio.

Cojo la carta y después de observarla me decanto por una ensalada César para compartir y un plato de merluza con almejas que me hace la boca agua solo con imaginarlo. Mario elige un plato de tortos con morcilla y verduras, típico de él llenarse la barriga de platos con abundante comida, no me explico dónde la mete.

Comemos tranquilamente, hablando de cosas triviales y riendo con algunas bromas. Si algo tiene Mario es un sentido del humor fantástico, reímos mucho

juntos, de eso no me puedo quejar. La verdad es que no recuerdo la última vez que habíamos hablado y reído tanto.

Al terminar la comida nos hemos marchado de nuevo a casa, se han hecho las seis de la tarde cuando llegamos. Mario coge mi bolso, lo cuelga en el perchero y sigue mis pasos hasta la cocina, donde ya he empezado a preparar café.

Se queda mirándome desde la puerta, observando mis movimientos.

–Me estás poniendo un poquito nerviosa. –Le digo mirándolo de arriba abajo con una sonrisa en la cara al ver que no me quita ojo de encima.

–Estaba recordando el día que te vi por primera vez –dice–. Estabas preciosa, incluso con aquella cara de vergüenza que tenías por estar allí sola esperando. He dado gracias al universo cada día porque aquel tipo no apareciera a la cita. –Continúa acercándose a mí lentamente.

–Yo también se lo agradecí enormemente –contesto y retrocedo un poco hasta chocar con la encimera de la cocina.

–Me encanta tu cuerpo, tus ojos, tu boca... –Coloca las manos en mi cintura rodeándome y se acerca hasta quedar pegado a mí –. Eres muy hermosa. –Me dice al oído inclinándose y me besa en el cuello.

Ladeo la cabeza exponiendo el cuello y cediendo a sus besos, apoyo mis manos en su pecho y dejo caer la cabeza hacia atrás ofreciéndole mi garganta, que besa suavemente para después subir hacia la mandíbula y mordisquear levemente mi barbilla. Mi boca se abre para dejar salir el aire que he estado conteniendo, soltando un suave suspiro.

Mario levanta mi blusa e introduce una de sus manos por debajo acariciándome la espalda, besa mis labios suavemente mientras inicia un recorrido lento hacia arriba, desabrochando mi sujetador cuando lo alcanza. Con la otra tira de mi pelo haciéndome echar la cabeza aún más atrás y mordisquea de nuevo mi garganta.

Tras unos segundos de caricias saca la mano de mi blusa para ir en busca de los botones, los abre uno a uno mientras no deja de besarme con suavidad. Baja la blusa por mis hombros y después el sujetador, dejándolo todo tirado a un lado en el suelo.

–Tienes unos pechos preciosos –dice apartándose y observando mi desnudez.

Vuelve a pegarse a mí, esta vez con más ansias, me acerca a él cogiéndome por las caderas y puedo notar su excitación por la erección que acaba de clavarme en la pelvis. Yo también estoy muy excitada, está empezando a faltarme el aire y mi respiración se acelera cuando se acerca a mi boca con urgencia, atrapa mis labios y los devora como si fuese la primera vez que los besa.

Introduce la lengua y busca la mía para acariciarla, mordisquea mi labio inferior mientras sus manos van descendiendo y me acarician el culo. Baja aún más las manos y las sube de nuevo acariciando mis muslos y levantando mi falda hasta dar con el elástico de mis bragas. Me las baja hasta las rodillas y me acaricia el interior del muslo, subiendo en una caricia lenta que hace que mi piel se erice mientras busca de nuevo mi boca. Acaricia mi sexo, mojando sus dedos por la excitación que ha provocado en mí.

–Estás empapada –dice sin apenas separarse de mí unos milímetros.

–Estoy muy excitada... –digo con las mejillas encendidas mientras hago caer mis bragas al suelo y las aparto de una patada.

–Yo también... –contesta cogiéndome del culo y levantándose como si nada.

Me agarro a sus hombros rápidamente para no caerme y él me hace enroscar las piernas alrededor de su cintura. Me lleva hasta la mesa de la cocina al tiempo que vuelve a besarme y me deposita con cuidado en el borde de la misma. Comienza a descender desde mi boca regándome de besos. Baja de nuevo por mi cuello, besa mi clavícula y llega a mis pechos, que besa con suavidad para después comenzar a lamer los pezones.

–Aahh... Mario... –Empiezo a gemir de placer.

Apoyo mis manos en la mesa echando hacia atrás el cuerpo y la cabeza entregándome por completo a este placer que siento. Mario lame y mordisquea mis pezones, agarrando mis pechos con ambas manos, luego una de ellas desciende hasta mi sexo y me acaricia con el pulgar separando los labios para acceder al clítoris y frotarlo con suavidad.

Me arqueo de nuevo sobre la mesa y vuelvo a gemir de placer, nunca había estado tan excitada como en ese momento, siento como me mojo con cada caricia de la lengua de Mario en mis pezones, con cada corriente eléctrica que me recorre cada vez que los mordisquea. Me incorporo en la mesa y cojo a mi marido de la camisa, empiezo a desabrochar los botones y se la quito sin dejar de mirarlo a los ojos.

Le acaricio el pecho descendiendo con suavidad hasta sus abdominales y llegando al botón del pantalón, que abro y hago bajar junto al bóxer liberando la erección que hacía abultar su pantalón hace rato. Acaricio el pene con suavidad desde la base hasta la punta y otra vez de vuelta, agarrándolo entonces y cerrando la mano a su alrededor, Mario suelta el aire en un gemido gutural, empiezo a masajear su miembro con más intensidad y él se acerca a mí de nuevo para atrapar mi boca en un beso lleno de lujuria, introduce dos dedos en mi cavidad y comienza a masturbarme.

Entonces, sin poder aguantar mucho más, me hace tumbar sobre la mesa y me penetra, comienza a moverse dentro de mí a un ritmo suave, al tiempo que me acaricia el vientre y va aumentando el ritmo de sus embestidas, frota mi clítoris con una mano mientras que con la otra levanta una de mis piernas hasta apoyarla sobre su hombro, aumentando mi placer y mis gemidos.

–Voy a correrme... –digo entre jadeos arqueando mi cuerpo de nuevo. Estoy a punto de llegar al orgasmo y presiento que será el orgasmo más intenso que voy a tener desde hace mucho tiempo.

–Hazlo nena, córrete para mí –contesta aumentando más si cabe mi excitación.

Se inclina sobre mí y mordisquea de nuevo mis pezones, atrayéndome y pegándose más a mi cuerpo mientras embiste con más fuerza, hasta que comienzo a temblar bajo él con el orgasmo más intenso que he tenido en años, haciéndome palpar alrededor de su miembro, aprisionándolo y consiguiendo que se vacíe dentro de mí.

–Joder... nena... me has puesto a mil –dice recostado sobre mí mientras me besa el pecho y recupera el aliento.

–A sido increíble... –respondo acariciando su pelo

–Voy a darme una ducha, me has dejado agotado mujer, la necesito. –añade con una sonrisa, incorporándose y subiéndose los pantalones.

–Sí, yo también me ducharé después. –Lo miro alegre todavía sentada en la mesa.

–Mmmm... debes estar aún más deliciosa bajo el agua. –Me mira con picardía.

Se acerca a mí con ojos lujuriosos, me coge de nuevo por el trasero haciendo que me agarre a él y me lleva al cuarto de baño. Me deposita en el suelo, me quita la falda, las horquillas del pelo y entra a la ducha conmigo tras él cerrando la mampara acto seguido.

Regula el agua y me coloca bajo el chorro, coge la esponja y enjabona mi cuerpo suavemente desde el cuello, bajando a los pechos y el vientre. Me da la vuelta con cuidado y hace lo mismo con la espalda, bajando de nuevo desde el cuello hasta el nacimiento del trasero. Deja la esponja a un lado y pone un poco de gel en su mano, lava mi trasero con suaves caricias y luego mete la mano entre mis piernas, haciendo que las separe un poco para limpiar mi sexo del semen que ya resbala por el interior de mis muslos y me acaricia, volviendo a provocarme gemidos de placer.

Me sujeto al cristal de la ducha para no caerme y él me coge de la cintura con su mano libre, pegándome a su cuerpo para que no me caiga. Aparto mi

pelo a un lado y Mario besa mi cuello mientras me masturba con los dedos.

Bajo el agua tibia vuelve a llevarme al clímax y una vez recuperada me doy la vuelta. Haciéndolo retroceder lo pego al cristal y me arrodillo frente a él, introduzco en mi boca su miembro, que está de nuevo duro, y lo lamo y chupo haciendo que él también gima de placer hasta vaciarlo de nuevo.

Capítulo 5

La semana transcurre tranquila en el trabajo para mí, tanto que mis jefes han decidido darme la semana siguiente de vacaciones. No me gusta mucho la idea, pues estoy muy a gusto en la agencia y de esa manera las horas me pasan más rápidas y amenas que estando en casa. No he tenido más remedio que resignarme.

Con Mario las cosas han vuelto a la normalidad, pasamos un fin de semana estupendo en el acuario y la sesión de sexo que tuvimos al llegar a casa fue increíble. Pero después de eso los días han pasado casi tan normales como antes.

Ha sido algo más cariñoso, eso sí, pero a media semana he vuelto a insinuarme en un par de ocasiones, ya no solo por tener sexo, si no con gestos cariñosos y mimos y los dos intentos han resultado pasarle desapercibidos a mi marido. Decía que llegaba agotado al venir del trabajo, se sentaba en el sofá después de comer y se ponía a ver la televisión. Empiezo a pensar que no me quedará más remedio que empezar a andar desnuda por la casa y quizás así se fije un poco más en mí, aunque en invierno voy a congelarme.

Hoy ya es viernes, aunque he hecho unas horas de más para dejar terminados unos documentos y estoy algo cansada, después del trabajo decido acercarme al centro de la ciudad y hacer un par de compras. Aviso a Mario con un mensaje para que esté tranquilo y me pongo en camino. No suelo ir a comprar ropa a no ser que me sea completamente necesaria, pero hoy me apetece pasear antes de llegar a casa, me entretengo mirando algún que otro escaparate y entro en un par de tiendas en las que sé que encontraré fácilmente ropa de mi gusto. Al llegar a casa tras el paseo encuentro a Mario haciendo la cena, prepara verduras y pollo a la plancha. Dejo el par de bolsas que he traído en una de las sillas de la cocina. Me acerco por detrás y le doy un abrazo acercando mi rostro a su espalda.

–Hola cariño, ¿qué tal el trabajo? –Se da un poco la vuelta para darme un pequeño beso en los labios.

–Ufff... la verdad es que un poco aburrido. No hay demasiado trabajo y Julia ha decidido darme la semana que viene de vacaciones. –Me quejo poniendo morritos.

–Bueno... podrás descansar un poco y salir de la rutina –contesta dejando lo que está haciendo y cogiéndome de la cintura–, siéntate a la mesa, la cena ya está casi lista. –Me da una palmada en el culo y me vuelve a soltar para que pueda sentarme como me ha pedido.

Cenamos comentando el tema de mis vacaciones y viendo un programa nuevo en la televisión. Al terminar, como ya es costumbre, pasamos al salón y nos sentamos cada uno en nuestros sitios habituales. Yo con mi libro en el sillón pequeño y él en el sofá terminando de ver la serie que habíamos comenzado durante la cena. Pero a los cinco minutos ya estoy escuchando los ronquidos de Mario. Continúo con la lectura un rato, hasta que empieza a desconcentrarme tanto ruido y me levantó del sillón para despertarlo.

–Mario... –Lo llamo–, ¡Mario! –Insisto dándole un empujón en el hombro.

–¡Dime! ¡Dime! –Se incorpora sobresaltado.

–Vete a la cama anda, te vas a hacer daño en el cuello en esa postura. –Le tiro un poco del brazo instándole a levantarse.

–Sí... mejor será que me acueste. ¿Tú no vienes? –Me pregunta levantándose del sofá y caminando hacia la puerta.

–No, voy a quedarme un rato más a leer. –Vuelvo a sentarme en mi sillón.

–De acuerdo cielo, buenas noches. –Y se marcha a la cama.

Realmente no me siento decepcionada, pues ya no espero que vaya a insistirme para que me vaya a la cama con él. Vuelvo a coger el libro e intento continuar leyendo, pero mi mente ya no me deja tampoco concentrarme. Lo dejo a un lado y cojo el portátil, pienso en si conectarme de nuevo a ese chat, quizás ese chico con el que había estado charlando la otra semana podría darme algún consejo. Al fin y al cabo es un hombre y sabrá mejor que yo qué

es lo que puedo hacer para llamarle la atención a Mario y que me haga un poco más de caso.

Me conecto de nuevo y entro en el chat, busco en diferentes salas hasta dar con él.

Moca30: Buenas noches.

Rural33: Ey, buenas noches. No esperaba verte de nuevo por aquí.

Moca30: Ya bueno, la verdad es que yo tampoco pensé que volvería a conectarme. ¿Qué tal estás?

Rural33: Bastante bien, ¿Y tú?

Moca30: Algo desanimada.

Rural33: ¿Y eso? ¿Sigues con problemas con tu marido?

Moca30: Realmente no son problemas lo que tengo. Estamos bien, pero siento como que no le apetece demasiado prestarme más atención.

Rural33: ¿Se lo has dicho?

Moca30: Claro que se lo he dicho. El día que tú y yo hablamos le canté las cuarenta. El domingo me llevó al acuario y al volver a casa...

Rural33: ¿Qué?

Moca30: Bueno... ya sabes...

Rural33: Ah... entiendo.

Moca30: Fue increíble, lo admito. Pero esta semana ha vuelto a lo mismo de siempre. Yo intento tener acercamientos con él, y él me ignora. Y ya no sé qué hacer para que le dure más ese cambio.

Rural33: Bueno, si él es así no creo que vayas a conseguir mucho. Te esfuerzas en cambiarlo y no puedes.

Moca30: ¿Algún consejo?

Rural33: Cambia de marido, jajaja

Moca30: ¡Vaya! qué consejo más bueno, jajaja

Rural33: Mira, yo sé lo que me gusta a mí. Aún que te diera algún consejo puede que no funcionara con él.

Moca30: Tienes razón, sería una tontería querer cambiarlo...

Rural33: Tendría que salir de él y no porque lo tengas que obligar. Yo no dejaría que estuvieses triste ni un solo minuto.

Moca30: Gracias, eres muy amable.

Rural33: Es verdad. No me preguntes por qué, pero he estado esperando a verte por aquí de nuevo desde que hablamos el otro día.

Moca30: Si solo hablamos un rato y no hice más que contarte mis problemas...

Rural33: Ya lo sé, pero ese rato que hablamos me hizo pensar en ti. Me dejó muy mal sabor de boca lo que me contaste de su infidelidad. Pareces una mujer sincera y leal y no te mereces que te traten así.

Moca30: Te lo agradezco mucho. La verdad es que no sé qué decirte, no era mi intención hacerte sentir mal con mis cosas.

Rural33: ¿Puedo pedirte algo?

Moca30: ¿El qué?

Rural33: Me gustaría saber tu nombre. Sé que me dijiste que preferías no decírmelo, pero me gustaría saberlo.

Moca30: Eva

Rural33: Es un nombre muy bonito. Gracias por decírmelo.

Moca30: ¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre?

Rural33: Sergio

Moca30: También es un bonito nombre.

Rural33: Gracias.

Moca30: De nada, gracias a ti, aún que parezca mentira me ayuda mucho hablar contigo. No me siento ignorada, me siento comprendida y eso me gusta.

Rural33: Voy a arriesgarme a decirte algo, aún que puede que con ello te asustes y no vuelvas a conectarte para hablar conmigo.

Moca30: ¿Y qué es eso que me quieres decir?

Rural33: Me gustaría darte mi número de teléfono. Para que puedas llamarme si algún día no estás bien y necesitas hablar. No hace falta que me des el tuyo si no quieres, y si decides dármelo te prometo que no te llamaré a no ser que seas tú quien me pida que lo haga.

Medito un momento su oferta, no tengo intención de darle mi número, pero no me parece tan mala idea anotar el suyo y poder hablar con él si estoy fuera de casa y necesito desahogarme.

Moca30: De acuerdo, me lo apuntaré.

Sergio escribe su número y lo guardo en la agenda de mi móvil, y aún que no sé por qué, lo hago con un nombre distinto, con un nombre de mujer. Sé que Mario no mira nunca mi teléfono y que realmente no estoy haciendo nada malo, pues simplemente he encontrado una amistad con la que poder charlar si lo necesito. Pero aun así siento como si estuviese mintiendo a mi marido y guardo el número de forma que no le lleve a sospechar nada raro si por casualidad lo ve.

Rural33: Puedes llamarme siempre que lo necesites, no importa el momento ni la hora.

Moca30: Gracias, lo haré. Voy a acostarme, se ha hecho muy tarde y estoy algo cansada.

Rural33: Claro, descansa. Buenas noches.

Moca30: Buenas noches.

Salgo del chat y apago el portátil, me marcho a la cama y me acuesto con cuidado de no despertar a Mario, aunque parece notar mi presencia y se da la vuelta, cogiéndose a mi cintura y abrazándome. Me quedo dormida dando vueltas a mi conversación con Sergio. ¿Y si no puedo hacer que Mario cambie su conducta respecto a nuestro matrimonio? ¿Aguantaré mucho más tiempo de desplantes y que mi marido ignore mis intentos de acercarme a él?

Capítulo 6

Al día siguiente despierto sin ganas de moverme de la cama en todo el día. Estoy desanimada y vuelvo a taparme con las sábanas hasta la cabeza. Oigo a Mario salir de la ducha y entrar en la habitación pero no me muevo. No tengo ganas ni de hablar. Se acerca a mí y toca mi hombro en un intento de despertarme, finjo dormir y emito un leve quejido mientras me doy la vuelta para darle la espalda.

Mario desiste y sale de la habitación, ¿ni siquiera puede insistir un poquito para despertarme? Salgo de la cama bufando, me meto en el baño y me doy también una ducha. Cuando salgo, ya seca y con mi ropa de estar por casa, lo encuentro en la cocina desayunando. Ha preparado tostadas y café y me mira cuando entro y me siento a la mesa con él.

–Creía que dormías todavía. –Me dice pasándome la jarra de café y una taza.

–Pues creías mal –contesto sin ganas.

–¿Te pasa algo? –pregunta al ver mi gesto serio.

–Lo mismo de siempre –digo cogiendo una tostada y empezando a untarla de mantequilla.

–¿Vuelves a estar enfadada porque no hemos hecho nada en toda la semana? –Me mira interrogante dejando su taza de café en la mesa.

–No, vuelvo a estar enfadada porque has ignorado mis intentos de acercarme a ti durante toda la semana. Te dije que necesitaba que al menos correspondieras a mis acercamientos y, sin embargo, vuelves a pasar de mí –comento tranquilamente concentrada en mi tostada.

–No paso de ti Eva. Simplemente es que llego cansado del trabajo y no me apetece ponerme a follar, me apetece descansar –contesta–. Hay más momentos para hacerlo que no sea después del trabajo.

–Al menos podrías ser algo más amable y decirme que no te apetece, en vez de ignorarme hasta que me canso de esperar que me hagas caso y desisto del intento. Haces que me sienta invisible a tus ojos. –Le digo con los ojos llorosos.

–Vamos, no llores por favor. –Me pide.

–Es que de verdad ya no sé cómo explicártelo... Creía que lo habías entendido la semana pasada, pero vuelve todo a lo mismo de siempre. –Dejo la tostada y me seco las lágrimas.

Odio llorar por todo y más todavía odio llorar delante de él. Pero no lo puedo evitar, soy muy sensible y todo me perjudica de tal manera que enseguida estoy con las lágrimas en los ojos.

–Pensaba que te molestaría que te dijera que estoy cansado. Creí que si hacía como que no te cogía la indirecta no te enfadarías. Lo siento. –Suelta como explicación.

–Pues te has equivocado. Si no te apetece simplemente me lo dices. Cariño, estoy cansado y ahora mismo no me apetece tener sexo, lo haremos en otro momento. –Le digo en un penoso intento de imitación– Claro que hay más momentos para hacerlo, pero por lo visto a ti no te apetece en ninguno de ellos, porque después tampoco vienes a pedirme nada en todo el día.

Me levanto de la mesa sin haber probado la tostada que he untado y salgo de la cocina. Él me sigue hasta el dormitorio.

–No es tan difícil de entender. Todo el mundo tiene necesidades. Y mis necesidades contigo son el afecto, el cariño, el sexo... ¿Tan raro es que una mujer necesite de esas cosas? ¿Tan difícil es demostrarme que me quieres y me necesitas? –Empiezo a vestirme mientras le hablo.

–¿A dónde vas? –me pregunta al ver mis intenciones.

–No lo sé, a dar una vuelta. No me apetece estar metida en casa

discutiendo –respondo terminando de abrochar mi camisa y entrando al baño a repasar mi pelo.

Salgo del cuarto de baño y me dirijo a la entrada. Cojo mi bolso y salgo de casa sin decir nada más. Camino por el barrio hasta que llego al parque un par de manzanas más allá y me siento en un banco. A esas horas de la mañana no hay casi nadie por allí. Es un parque tranquilo la mayoría del día, sólo a la salida del colegio se llena de niños que se divierten un rato antes de volver a casa y tener que hacer las tareas.

Saco un paquete de tabaco del bolso y me enciendo un cigarrillo. Hace mucho que no fumo de forma habitual, aunque todavía guardo unos pocos cigarros para las ocasiones en que estoy algo tensa y me enciendo uno.

Cojo el teléfono y miro la hora, no me gusta llevar reloj y el móvil es mi herramienta para casi todo. Me quedo mirando la pantalla, cuando recuerdo mi conversación de la noche anterior con Sergio y pienso en llamarlo. Dijo que podía hacerlo en cualquier momento si me sentía mal y necesitaba hablar. Dudo unos instantes, pero al final pongo el teléfono con la llamada oculta y llamo al número que guardé como “Sofía”. Espero un par de tonos antes de que descuelguen la llamada.

–¿Diga? - contesta una voz que me resulta tranquilizadora al instante.

–¿Sergio? –pregunto un poco nerviosa.

–Eva. –No es una pregunta, parece saber muy bien quien está llamando.

–Sí... ho... hola... -Tengo el corazón a mil por hora.

–Hola niña, no pensé que llamarías tan pronto. ¿Estás bien? –dice con algo de preocupación en la voz.

–No... –digo a punto de llorar de nuevo.

–No... no por favor, no llores –Me pide.

–Lo siento... no debí llamarte para esto –digo ya sin poder contener las lágrimas–, será mejor que cuelgue.

–Ni se te ocurra colgar niña. Te dije que estaba aquí para lo que necesitas y aquí estoy. –Me hace llorar aún más con su afirmación, pero no de pena, si no de emoción por contar con alguien en este momento.

Estoy llorando como una niña y no puedo contestarle, me siento estúpida, pero al mismo tiempo agradezco que alguien me esté escuchando, aunque solo me oiga llorar. Pasan un par de minutos sin que pueda hablar y al otro lado de la línea solo se escucha la respiración de Sergio. Cuando me tranquilizo lo suficiente para poder hablar respiro hondo y vuelvo a dirigirme a él.

–Gracias. –Le digo más relajada.

–¿Gracias por qué? –pregunta Sergio.

–Por escucharme. Por estar ahí al otro lado con el móvil en la oreja oyendo llorar a una loca. –Le digo burlándome de mi misma.

–No me des las gracias por eso. Repito, te dije que estaba aquí para lo que necesitas. Además, mi hobby es oír llorar a locas, ¿no te lo había dicho? –dice riendo.

–Jajajaja, no... no me lo habías dicho. –Río también con la broma.

–Tienes una risa preciosa. –Me dice dejándome algo descolocada.

–Gracias... –respondo de nuevo, no sé qué más decirle.

Si me pudiera ver en ese momento seguramente me diría que también estoy toda roja.

–Es verdad y una voz muy sexy también –añade.

–Si sigues hablando así me voy a poner tan nerviosa que no voy a saber que decirte en toda la conversación. –Le digo temiendo no poder hablar de puro nerviosismo.

Sé que si continúa diciéndome esas cosas me voy a morir de la vergüenza y no conseguiré mediar palabra, acabará hablando solo.

–Perdona, tienes razón. Soy un descarado. No quería incomodarte. –Se disculpa enseguida.

–Vale, no pasa nada, te agradezco las palabras. ¿Cómo estás? Ni siquiera te he preguntado cuando has descolgado. – Que desconsiderada he sido.

–Bien, estoy bien. ¿Y tú? ¿Mejor? –pregunta.

–Sí, mejor. Me hacía falta llorar sin que nadie me interrumpiera y me sentía patética llorando aquí sola. –Al menos sabía que alguien me escuchaba al otro lado de la línea.

–¿Dónde estás? –Se interesa en saber.

–En un parque del barrio. He salido de casa y me he parado aquí después de dar unas vueltas. –Le explico.

–¿Puedo preguntar de dónde eres?

–Soy de León.

–Vaya, estamos bastante cerca. Yo vivo en Astorga.

–¿Ah sí? Vaya, que casualidad –digo sin mucha emoción en la voz.

–¿Qué es lo que te ha llevado a llamarme? –pregunta, supongo, al oír mi tono poco alegre.

–Es lo mismo de siempre, he vuelto a discutir con mi marido –digo un poco cansada.

–¿Qué ha pasado esta vez?

–Es por lo que te comenté anoche. Y hoy me he levantado y le he contestado mal, ya no puedo aguantar que hable y actúe como si no pasara nada. Me ha preguntado si estaba enfadada por no hacerlo en toda la semana y le he contestado alterada. –Le cuento sin entrar en muchos detalles.

–¿Qué le has dicho? Si puedo saberlo –pregunta para hacerme hablar.

–Pues que no es el hecho de no hacer nada. Es su forma de ignorarme. Y aún me contesta que lo hace para no tener que decirme que no le apetece porque está cansado. Como si no diciéndomelo yo no lo fuera a saber igualmente. Me jode mucho más que pase de mí a que me diga que está cansado. Lo malo es que tampoco viene a buscarme en ningún otro momento del día. Ni le apetece cuando llega, ni le apetece después, ni por la noche, ni en la madrugada... ni le apetece darme un beso porque sí, ni decirme algo cariñoso, ni hacerme una caricia... ¡nada!

Lo suelto todo de carrerilla, todo lo que me molesta y que parece que Mario no entiende.

–Perdona que te diga, pero ese tío es gilipollas –me dice sin más provocándome una sonrisa en la cara.

–Perdonado... –no voy a discutirlo, básicamente porque tiene un poco de razón.

–¿Sabes lo que haría yo? –dice levantando un poco la voz.

–¿Qué? –pregunto dudando si será algo bueno o malo.

–Pasaría de él igual que pasa él de ti. A ver cuánto tiempo tarda hasta que se da cuenta de que lo estás ignorando. Quizás poniéndose en tu lugar aprenda la lección. –Parece que por su forma de hablar está un poco enfadado–. Aunque si es lo gilipollas que creo que es, ni así se va a dar cuenta –añade.

–Es una buena idea. Que pruebe de su propia medicina, a ver qué le parece –digo asintiendo con la cabeza.

Pasamos una hora charlando, contándonos cosas sobre nosotros y hablando de temas triviales. Cuando me doy cuenta de la hora que se ha hecho, me despido prometiendo que volveré a llamarlo otro día.

Me marchó a casa con un ánimo distinto, hablar con Sergio me ha tranquilizado y me ha hecho reír. Ha conseguido después de desahogarme que me olvide por un rato de los problemas que tengo con Mario, cambiando de tema y distrayéndome.

Llego a casa y al abrir la puerta me recibe el olor de la comida, dejo el bolso en el recibidor y entro en la cocina. Mario está de espaldas a la puerta troceando unas patatas.

–Has tardado en volver. ¿Dónde has ido? –pregunta sin darse la vuelta.

–He estado paseando –digo sin darle más explicaciones.

–Te habrás recorrido toda la ciudad. –Suelta con algo de retintín.

–¿Tienes algún problema con que haya salido a despejarme? –digo molesta con su tono acusatorio.

–Por supuesto que no, pero podrías haberme dicho a donde te ibas. Te has largado sin decir nada –contesta enfadado.

–Bueno, pues ya somos dos los que no decimos nada –Y lo dejo en la cocina de nuevo para ir a cambiarme de ropa.

¿Qué se cree? No tiene derecho a enfadarse conmigo, él hace exactamente lo mismo, no decirme nada y pasar completamente de mí. Pues ahí tiene, yo también puedo hacer lo mismo y lo voy a hacer. A ver si así aprende.

–¡La comida ya está! –grita Mario al cabo de un rato desde la cocina.

Me he demorado todo lo que he podido en el dormitorio y ha pasado ya media hora, salgo y me siento en la mesa, que ya está preparada para la comida.

Comemos en silencio y recojo la mesa cuando terminamos, friego y dejo la cocina recogida. A Mario le encanta cocinar, pero luego lo deja todo hecho un desastre, es la desventaja que tengo con eso, porque tenemos la costumbre de repartir las tareas y si uno cocina el otro friega los platos.

El problema es que a mí no me gusta demasiado cocinar y casi siempre preparo platos sencillos que no requieran mucho tiempo, así que ensucio poco y Mario no tiene mucha fregada en su turno. Cosa que con él a cocinando es todo lo contrario, prepara platos exquisitos que le pueden llevar horas de preparación, pero lo deja todo lleno de cazuelas y utensilios que luego me toca limpiar a mí.

–Cielo... mira yo... -dice acercándose por detrás de mí y posando una de sus manos en mi cintura.

–Déjalo Mario, no hace falta que vuelvas a disculparte. Enserio, ya no me hacen falta tus disculpas –Corto el discurso que será igual a los anteriores.

–Pero cielo déjame que... sé que tienes razón... –empieza diciendo a trompicones.

–Sí, tengo razón, eso lo sabemos los dos. Pero por lo visto por mucha razón que tenga tú no cambias tu actitud. Y yo ya me estoy cansando de ir tras de ti como un perrillo pidiendo su comida. –Vuelvo a cortarlo imaginando lo que me va a decir -. De verdad, déjalo ya. No quiero volver a discutir lo mismo otra vez.

–De acuerdo, no volveré a disculparme, pero por favor no estés enfadada conmigo. Sé que soy un gilipollas, tengo una mujer preciosa que se esfuerza por nuestra relación y yo no hago más que joderlo todo. –Por una vez tiene razón en algo.

–Pues mira, no voy a discutirte eso. Llevas toda la razón, eres un gilipollas. –Le miro con el rostro serio.

–Oye... –Comienza a decir mientras se acerca a mí–, ¿por qué no te pones

ese conjunto que compraste el otro día? No has vuelto a ponértelo... y estabas muy sexy... –Sugiere.

–¡Ah no! Ni hablar. Esta vez no lo arreglarás echándome un polvo y olvidando lo que hemos hablado al día siguiente. Olvídalo. –Le digo apartándome de él, sé perfectamente lo que vendrá después, polvo y vuelta a empezar, ya no estoy dispuesta.

–Vale... vale... dejémoslo por ahora –dice levantando las manos en señal de rendición.

Salgo de la cocina y me marcho a la habitación, me siento cansada así que voy a echarme un rato en la cama. Mario me sigue y hace lo mismo, se tumba acercándose a mi cuerpo y abrazándome por detrás, como suele hacer siempre a la hora de dormir.

Capítulo 7

La semana de vacaciones se me está haciendo eterna, me aburro como una ostra en casa y no sé a dónde ir cuando salgo a la calle. Raquel sigue con su madre, así que tampoco puedo ir a su casa para hablar y pasar el rato. Tampoco tengo familia a la que visitar, hace dos años que perdí a mis padres, los dos han fallecido enfermos de cáncer. Primero perdí a mi padre y como si quisiera marcharse con él, mi madre fue diagnosticada dos meses después. Al cabo de cuatro meses también se marchó ella, dejándome sola, pues no tengo hermanos.

Me levanto ese miércoles y después de desayunar empiezo a hacer las tareas de la casa. Recojo la ropa tendida, la pliego, pongo otra lavadora, barro y friego el suelo... Cuando termino de limpiar y ordenar la casa me doy una ducha y salgo a la calle, me acerco paseando hasta el centro de salud donde Mario trabaja. Su tiempo de descanso es a las once de la mañana y me ha apetecido pasar a tomar el almuerzo con él. Lo espero en la puerta de entrada al centro y lo veo aparecer a los pocos minutos conversando con un compañero de trabajo.

–Hola cariño. –Le digo cuando pasa por mi lado sin darse cuenta de que estoy allí.

–¡Ey! Hola cielo –Se acerca y me da un beso–, ¿Qué haces por aquí? No te había visto.

–Me aburría mucho en casa y he pensado que podíamos almorzar juntos.

–Por supuesto cielo. Vamos, salía ahora.

Me coge de la mano y nos dirigimos a la cafetería que hay en la esquina de la plaza en la que se encuentra el edificio del centro sanitario. Almorzamos junto a varios de sus compañeros, a algunos ya los conozco, como a Paula o César, otros de ellos son enfermeros en prácticas a los que no había visto la última vez que estuve por el centro. Conversamos animadamente, haciendo alguna broma y riendo. Cuando acaba el tiempo de descanso y empiezan a

marcharse de vuelta al trabajo, me despido de mi marido y emprendo el camino de regreso a casa.

A medio camino, al pasar por el parque, recuerdo la conversación con Sergio la semana anterior y se me ocurre llamarlo de nuevo para comentarle como van las cosas. Me siento en el banco en el que da un poco la sombra y cojo el teléfono.

–Buenos días, ¿Cómo va la mañana? –pregunta Sergio nada más descolgar el móvil.

–Buenos días. Bien, va bien. Acabo de almorzar con mi marido y ahora regreso a casa. ¿Qué tal tú? –respondo.

Siento mucha tranquilidad escuchando a Sergio, no sé qué es lo que tiene pero me calma y además, tiene una voz realmente sensual, bien podría trabajar de locutor de radio. Es grave y muy varonil, pero con su tono te transmite mucha paz.

–Mucho mejor ahora. Tenía ganas de hablar contigo –dice con voz suave y por lo que me parece, está sonriendo–. ¿Has decidido dejar que guarde tu número?

–¿Cómo? –No entiendo que quiere decir.

–El otro día me llamaste con número oculto, hoy no. –Me aclara ante mi duda.

–Aahh... sí, sí –digo sin convicción.

He olvidado ocultar la llamada, pero pensándolo bien, tampoco tiene demasiada importancia que Sergio tenga mi número de teléfono, ¿no?

–Bueno, tampoco creo que sea nada malo que tengas mi número. –Le digo intentando disimular la poca seguridad con la que he hablado antes.

–Sabes que no voy llamarte a no ser que me lo pidas, ¿verdad? –Me

pregunta adivinando lo que me pasa por la cabeza en ese momento.

–Sí, lo sé y te lo agradezco, no quisiera tener más problemas con Mario. – Estoy algo preocupada por lo que pueda pasar si Mario se entera de mi amistad con Sergio.

–Puedes estar tranquila. No te llamaré ni te mandaré ningún mensaje a menos que seas la primera en hacerlo. No te causaré problemas en casa. –Me tranquiliza.

Desde la infidelidad de Mario él se volvió algo más celoso. Realmente pienso que la que se tendría que haber vuelto celosa era yo. Yo había sido la que sufrió al saber que mi marido estaba engañándome y, sin embargo, el que se volvió un poco paranoico con las personas con las que me relacionaba fue él.

Puede que pensara que iba a pagarle con la misma moneda y comenzó a estar atento a cada llamada que recibía, cada vez que salíamos a la calle me observaba si pasaba algún hombre y parecía aliviarse de que yo no me fijara en nadie. Fue una temporada algo estresante, pues aunque él se esforzaba por demostrar que las cosas habían cambiado y que ya no volvía a engañarme, también me agobiaba al estar demasiado pendiente de que yo no hiciese lo mismo que él, así que no sé cómo se tomaría que esté hablando con otro hombre.

–¿Te cuento algo? –dice Sergio al cabo de unos segundos, viendo que no digo nada más.

–Claro, cuenta –contesto intrigada por saber qué es.

–¡Hoy es mi cumpleaños! –Canturrea con voz alegre.

–¡Anda! ¡Felicidades! ¿Ya te han hecho algún regalo? –Sonrío ante su alegría.

–Tu llamada es mi primer regalo. –Su voz suena cálida y dulce, me hace sonreír como una boba.

–Aahh... vaya... te complace cualquier tontería –digo riendo con algo de vergüenza.

–Para mí no es una tontería hablar contigo. Me encanta hablar contigo Eva. Me encanta tu voz y tu risa –dice poniéndome algo nerviosa.

–A mí también me gusta hablar contigo, me siento tranquila cuando escucho tu voz. –Y soy totalmente sincera.

Me da un poco de vergüenza admitirle a Sergio lo a gusto que me siento hablando con él, pero es cierto, me siento cómoda y me gustan nuestras conversaciones aun cuando no hablamos de nada en particular, cuando nos contamos cosas de nuestras vidas, es como hablar con un amigo de toda la vida.

–Me gustaría verte, ver una fotografía tuya. Siento mucha curiosidad de saber cómo es la dueña de esa preciosa voz. –Suelta de pronto dejándome sin palabras.

–Soy una chica normal. Ya te describí como soy más o menos el otro día – respondo por fin con algo de evasiva.

–Sí, lo hiciste. Me hago una idea, pero es un poco difícil poner rasgos y cara a “una chica normal de metro sesenta y nueve, con el pelo rubio y ojos verdes” –dice repitiendo la forma en la que yo misma me había descrito en nuestra anterior conversación.

–Jajaja vale, tienes razón. Es verdad que a mí también se me hace difícil ponerte cara con tu descripción –digo riendo–. Pero... no sé... me da vergüenza.

–¿Vergüenza de qué? ¿Acaso tienes una verruga peluda en mitad de la cara? - comenta divertido.

–Pues... sí... –Bromeo y tapo mi boca ahogando la risa para que no se me escape.

–Aahh... bueno... Seguro que aun así te queda muy bien. –Se pone serio de golpe.

–Jajajajaja –estallo en carcajadas sin poder aguantar más.

–Cabrona, ¿estás de coña no? –dice con una sonrisa en la voz- Me lo había tragado, incluso me estaba dando cabezazos por mi estúpido comentario.

–Venga, solo por eso mereces esa foto, te la enviaré. –Le digo entre risas-. ¡Pero por supuesto quiero una tuya a cambio! –Y levanto el dedo hacia el móvil aun sabiendo que no puede ver mi señal de advertencia.

–Por supuesto, es más, para que no te de tanta vergüenza seré el primero en enviarla, mira el móvil que ahí va. –Me pide.

Coloco los auriculares al móvil para poder mirar la pantalla mientras continúo con la llamada y espero la llegada del mensaje. No sé por qué, pero estoy impaciente por saber cómo es la persona que tengo al otro lado del teléfono. Cuando llega el mensaje y abro la imagen me quedo sin habla, es un chico guapísimo.

El gesto de su cara es dulce, pero al mismo tiempo tiene un aire de dureza en la forma de su rostro, su nariz es fina y sus labios también, aunque el inferior es algo más carnoso. Lleva una barba arreglada de unos días y aunque no me han gustado nunca los hombres con barba, he de decir que a él le queda de lo más atractivo.

Su mirada es intensa y de un azul claro, enmarcada bajo unas cejas claras, igual que su pelo castaño. Su cuerpo es atlético, seguramente hace algún deporte, tiene los brazos y las piernas fuertes, se ve que se cuida mucho. Jamás habría podido imaginar un hombre tan guapo con la escasa información que me había proporcionado en la última conversación.

–Madre mía... –digo a un volumen casi inaudible.

–¿Qué? –pregunta ante mi comentario.

–Este... ¿este eres tú? –Estoy alucinando.

–Sí, ¿quién va a ser si no? –Su voz suena divertida.

–¿¡Y cómo quieres que te envíe yo una foto ahora con semejante imagen!?
–Me pongo roja como un tomate–. ¡Eres guapísimo!

–Gracias –dice arrastrando la palabra–. Ahora quiero la tuya. Me lo merezco, lo has dicho tú.

–Está bien, está bien... allá voy.

Busco una foto en la que me parece que estoy más presentable y la envío. Espero la respuesta de Sergio nerviosa, ¿por qué me importa tanto lo que piense sobre mi aspecto? Total, solo es un amigo con el que charlo y me desahogo en mis malos momentos, ¿no?

–Eres... –Se queda callado unos segundos–. Eres preciosa... Que cosa más bonita...

–Gracias –contesto todavía colorada.

–Tienes una sonrisa preciosa. Tienes unos ojos preciosos. Eres preciosa Eva. –Vuelve a repetir.

–Me estoy poniendo como un tomate. –Miento, pues hace rato que ya estoy así.

–Es la pura verdad, mentiría si dijera lo contrario tampoco me gusta mentir para quedar bien –dice.

–Yo también lo decía enserio. Eres guapísimo y muy atractivo. ¿Haces algún deporte? –pregunto.

–Me gusta nadar. Suelo ir a la piscina varias veces por semana –responde ante mi interés.

–Se nota mucho. Estás muy cachas –Río.

–Tú también tienes un cuerpo muy bonito.

–Que va... yo creo que me sobran unos quilos... –Nunca me ha gustado del todo mi cuerpo y nunca acepto de buenas a primeras cumplidos hacia él, siempre suelo contestar con comentarios despectivos hacia mí misma.

–Tienes unas proporciones perfectas. Nunca me han gustado los bichopalos, a mí me pareces muy atractiva. –Su voz parece sincera.

–Bueno... tanto como perfectas... pero muchas gracias, imagino que simplemente a mí no me gusta demasiado –respondo avergonzada con tanto cumplido.

En ese momento, viendo la pantalla del móvil, me doy cuenta de la hora que es. Casi se ha hecho la hora de la comida y yo sigo en el parque colgada del teléfono.

–¡Madre mía! ¡Pero que tarde se ha hecho! –Exclamo levantándome del banco como un resorte.

Me despido de Sergio y antes de que se me olvide borro del móvil los registros de las llamadas, mensajes y demás cosas que puedan causarme problemas.

Comienzo a caminar dirección a casa con la mente en la conversación con Sergio. No puedo creerme lo rápido que me han pasado las horas al teléfono, me siento tan a gusto y me gusta tanto su voz, que no había visto que llevaba dos horas sentada en el parque.

Capítulo 8

Cuando llego a casa encuentro a Mario sentado en el sofá con cara de malas pulgas. En ese momento recuerdo que ese miércoles terminaba su turno una hora antes de lo habitual, he estado tan distraída que se me ha pasado por completo. Pienso en la suerte de haberme desviado un poco hasta ese parque, pues el camino habitual de vuelta a casa está muy cerca y de haberme parado en otro sitio, Mario podría haberme pillado hablando por teléfono con Sergio.

Le saludo desde la puerta y le digo que voy a empezar la comida, no sé qué excusa voy a darle por llegar a casa tan tarde, así que decido que mejor me marcho a la cocina y mientras él se decide a preguntar, yo tendré tiempo de pensar en que decirle.

Cuando nos sentamos a la mesa espero que me llene de preguntas sobre qué he hecho después del almuerzo, pero para mi sorpresa no dice ni una palabra. Saco conversación intentando que el ambiente sea menos tenso, pues sigue con el semblante serio y no ha dicho nada desde que he llegado a casa. Aunque tampoco es que consiga mucho, Mario contesta a mis comentarios con monosílabos, sí, no, aha... Es lo único que he conseguido sacarle en toda la comida.

Cuando termina su plato lo retira de la mesa, lo limpia y se marcha de nuevo al salón dejándome allí sola en la cocina. Me paso las manos por la cara un tanto nerviosa, hago lo propio con mi plato y después de lavarme los dientes me dirijo al salón, me siento en mi sillón como hago siempre y me dispongo a coger el libro que tengo en la mesa de centro, cuando Mario me mira apartando la vista de la televisión y se dirige por fin a mí.

–¿Por qué no te sientas conmigo? –Da unos golpecitos en el hueco que queda libre en el sofá a su derecha.

–Claro... –digo un poco aturdida por la calma y la forma en la que habla – Iba a ponerme a leer como siempre...

–Ven... –Vuelve a señalar el hueco junto a él.

Me levanto del sillón y me acomodo a su lado, pasa el brazo por mis hombros y me atrae hacia sí, haciendo que mi cabeza repose sobre su hombro. Comienza a acariciarme el brazo con movimientos lentos desde el hombro hasta el codo, consiguiendo que mi piel se erice con las suaves cosquillas que me hace. Su rostro inicia un descenso lento hacia mí, se separa lo suficiente para poder alcanzar cómodamente mi cuello y empieza a besarlo con suavidad. Su mano izquierda se posa en mi muslo y lo aprieta con las yemas de los dedos. Sabe muy bien que el cuello es mi debilidad, si empieza con esos mordiscos que tanto me ponen...

Su mano empieza a ascender por el interior de mi muslo mientras que el muy ladino no deja de dar pequeños mordiscos a mi cuello. Mi piel se pone de gallina. Llega a los *shorts* que llevo para estar por casa, bastante sueltos por el uso que les he dado, y se cuele entre ellos sin ninguna dificultad. Acaricia mi sexo por encima de las bragas y hace que suelte un gemidito de placer que intento contener. Noto como sonrío en mi cuello ante mi respuesta e intensifica el roce de sus dedos en mi clítoris y la fuerza de sus mordiscos, pellizcando con los dientes mi yugular.

Tendría que hacerme la dura, dejarlo con las ganas como otras veces ha hecho conmigo, pero soy débil, me faltan sus caricias y soy incapaz de negarme a ellas cuando me las proporciona. Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo del sofá y me rindo a él.

–Mario... –suspiro su nombre.

Cuela sus dedos bajo mi ropa interior y separa mis labios accediendo a mi clítoris para acariciarlo de nuevo, esta vez sin tela que impida el roce piel con piel. Separo mis piernas y suspiro, abriendo los ojos y girándome para mirarlo. Me encuentro con los suyos observándome y sus labios húmedos atrapados entre sus dientes, un gesto que hace que me moje un poco.

Muevo mi mano hacia su más que evidente erección, suele llevar unos pantalones sueltos para estar por casa y parece que tiene una tienda de campaña instalada en su entrepierna. La libero bajando el elástico y comienzo a acariciarla con suaves movimientos, su boca se estira en una sonrisa

lujuriosa y se abalanza sobre mi boca. Me besa apretando con fuerza sus labios contra los míos, muerde mi labio inferior y vuelve a besarme de nuevo. Cuando se separa de mí, mis labios se abren para dejar que salga todo el aire que mis pulmones han estado conteniendo, emitiendo un sonoro gemido.

En ese momento aprovecha para inundar mi boca con su lengua y acariciar la mía, mientras con un movimiento rápido, mete sus dedos en mi interior haciéndome gemir de nuevo. De pronto se incorpora un poco en el sofá y me empuja con su cuerpo, colocando mis piernas en posición y colándose entre ellas mientras me coge de las caderas. Separándose un poco y de un tirón me pone completamente tumbada, haciendo que mi culo choque contra sus piernas y bajando mis pantalones y mis bragas al mismo tiempo.

—¡Ay! —grito de la sorpresa.

Su efusividad me sorprende mucho. Nunca lo había visto tan agresivo, y no me refiero a una agresividad por estar de mal humor, me refiero a esos movimientos tan fuertes y seguros a la hora de tener sexo. Siempre es un acto tranquilo y monótono, un par de minutos de preliminares para calentar el ambiente y después directos al lío de forma tranquila y suave.

No quiero decir que mis relaciones sexuales anteriores no hayan sido placenteras, porque sí lo han sido. Yo siempre las disfruto y nunca me he quedado a medias por no conseguir llegar al orgasmo, pero nuestro encuentro en la cocina fue mucho más allá de una simple relación sexual, fue apasionada y se notaba la química que había entre nosotros, se notaba nuestra atracción física y si no me equivoco, esta vez también va a ser una sesión de sexo de lo más picante.

Vuelve a inclinarse sobre mí y sube mi camiseta dejando al descubierto mi sostén, cubre uno de mis pechos con una mano y mordisquea el otro por encima de la tela, provocándome una punzada de placer en el pezón.

Desplaza la mano por mi espalda y en cuestión de segundos me ha liberado del sujetador y ha sacado mi camiseta, dejándome completamente desnuda. Se apoya sobre una de sus manos y me besa con fuerza, mientras que con la otra coge mi mano derecha y coloca mi brazo sobre mi cabeza, para luego pasear

su mano en una caricia lenta, que va desde mi muñeca bajando por el brazo, acaricia mi axila y recorre mi costado lentamente hasta llegar a mi cadera.

Mi piel se eriza y gimo contra su boca, me moría de ganas de que me acariciara así de apasionadamente, que tocara mi cuerpo con ese ímpetu con el que me ha hecho tumbar en el sofá hace unos segundos. Levanto mis caderas buscando el contacto con su cuerpo, pero me empuja contra el asiento devolviendo mi culo al sofá y yo gruño.

–¿Ansiosa? –pregunta a milímetros de mi boca.

Lo miro lujuriosa e intento atrapar sus labios con mi boca, pero me esquivo y sonrío con suficiencia. Quiero mover la mano que ha colocado sobre mi cabeza, pero es más rápido que yo y la atrapa cogiéndome de la muñeca y evitando así que me mueva. Atrapada bajo su cuerpo y sujeta por la muñeca estoy casi inmovilizada, pues mi otro brazo, pegado contra el respaldo del sofá tampoco tiene mucha movilidad.

–Deja que me mueva –digo casi en un susurro intentando liberar mi brazo de su agarre.

–No... eres lo más sexy que he visto... –dice contra mi cuello volviendo a morderme—. Además... ahora estás a mi merced... deja que haga contigo lo que quiera...

Mi cuerpo se estremece al sentir su aliento contra mi cuello, siento como mi vientre se contrae ante la expectación de lo que está por ocurrir, ¿qué es lo que tiene pensado hacer? Nunca se ha comportado así y no sé qué es lo que tendrá en mente, pero no me preocupa lo que pueda hacerme, sé que no me haría nada que yo no consintiera.

Muerdo mi labio inferior y lo miro a los ojos cuando abandona mi cuello, esperando que dé el siguiente paso. Él parece entenderme y levantándose del sofá me libera de la presión y del calor de su cuerpo, que echo en falta al instante.

–Espera un momento y no te muevas de aquí. Vuelvo enseguida –dice

desapareciendo por la puerta.

No tengo que esperar mucho tiempo, lo oigo trastear por los cajones de la habitación y me pregunto qué es lo que está buscando. Entra de nuevo en el salón con algo escondido a su espalda, se coloca en el lado del sofá donde está mi cabeza y me pide que me incorpore, haciéndome sentar y quedando a mi espalda.

Desliza algo por mis ojos y lo ajusta de forma que no veo nada, toco lo que ha puesto sobre ellos y confirmo que es el antifaz de dormir que me habían regalado hacía un par de años junto con un pijama y que no había utilizado hasta el momento, porque no me gusta dormir con los ojos completamente tapados.

–Por fin le damos utilidad a esta mierda –dice entre risas.

–Me gusta más que su verdadera finalidad. –Río con él.

Me pone las manos sobre los hombros y me tumba de nuevo, coge mis manos y levanta mis brazos sobre mi cabeza como había hecho anteriormente, pero esta vez los coloca estirados, de forma que mis muñecas descansan una encima de la otra cruzando mis manos.

Intuyo lo que se propone, noto como desliza una tela entre mis muñecas y la cruza un par de veces, para después anudarla y dejar mis manos inmovilizadas. Me gusta la idea, nunca hemos hecho una cosa así y pienso que de todos modos aún puedo rodearlo con los brazos o tocarlo, aunque sea con algo más de dificultad.

–¿Qué es lo que llevas en mente? –pregunto curiosa y excitada al mismo tiempo.

–Tú calla y espera, verás cómo te gusta... –dice con voz ronca.

Arrastra algo a mi espalda y a continuación vuelve a coger la tela que sujeta mis manos. Con un par de movimientos las ata a lo que supongo es la mesilla de mármol que hay junto al sofá, con lo que ya no puedo moverme por

más que lo intento.

–Oye... no estarás de broma ¿verdad? –digo temiendo que trame dejarme aquí, desnuda e inmovilizada.

Empiezo a respirar más fuerte cuando no lo oigo siquiera moverse.

–¿Mario? –Levanto mi cabeza mirando por detrás de mí, como si con aquel antifaz en mis ojos fuese a ver algo... resoplo, me estoy poniendo de los nervios.

–Jamás habría pensado que verte así me gustara tanto... –dice con una voz un tanto oscura desde el otro lado del sofá, a mis pies, haciendo que me sobresalte y gire mi cara de repente buscando el sonido de su voz.

–Ma... Mario... ¿Q... qué haces? –pregunto con la respiración agitada.

–Sshh... –No dice nada más.

Callo e intento agudizar mi oído, ya que mi visión está anulada, oigo como desliza sus pantalones y noto el peso de su cuerpo en el sofá, a mis pies. Estoy completamente tumbada, con las piernas flexionadas y juntas, sus manos se posan en mis rodillas, su piel está tibia. Baja hasta mis tobillos sin dejar de acariciar mis piernas con la yema de sus dedos, los coge con ambas manos y separa mis pies, acto seguido separa mis rodillas haciéndome quedar abierta de piernas.

Nunca he sentido vergüenza ante mi marido, pero en este momento me siento demasiado expuesta ante él y mis mejillas comienzan a enrojecer, el calor ha subido de golpe hasta ellas.

Acaricia el interior mi muslo con suavidad al mismo tiempo que noto un cosquilleo en mi pecho. Lo que me roza es suave, como si fuesen plumas, lo hace deslizar por mi piel, rodeando mis pechos y paseando entre ellos en un gesto que comparo con el símbolo del infinito.

Mis pezones se ponen duros y mi piel se eriza de nuevo. Gimo ante esas

caricias, que se desplazan desde mis pechos hasta mi vientre y acarician mi ombligo. Su mano se desliza por mi muslo hasta que sus dedos alcanzan mi sexo y lo roza, haciéndome soltar en un suspiro el aire de mis pulmones.

Se remueve en el sofá y se coloca en otra postura, coge mi tobillo derecho y hace que mi pierna baje hasta depositar mi pie en el suelo, abriéndome más todavía. Vuelve a recorrer mi muslo en dirección a mi sexo, cuando llega a él posa la palma en mi pubis y con el pulgar comienza a acariciar mi clítoris, haciéndome jadear y levantar las caderas buscando más fricción.

Está provocando mil sensaciones en mi cuerpo, caricias suaves que me ponen la piel de gallina, roces que me hacen jadear... nunca había hecho nada parecido.

Comienza a hacer círculos sobre mi punto más sensible, provocándome oleadas de placer, hasta que de pronto su pulgar es sustituido por su lengua, húmeda y caliente. Me sobresalto ante el cambio, pero enseguida aprecio las caricias que me proporciona su lengua, lamiendo ese punto mágico con el que sabe jugar, volviéndome loca de placer.

Me retuerzo bajo su lengua, su humedad se junta con la mía, sus lametones y su forma de succionar mi clítoris hacen que ya no sepa si el líquido que noto recorrer mis nalgas es por su saliva o por lo mucho que yo me estoy mojando. Cuando introduce sus dedos en mi interior ya no puedo aguantar más y me corro gritando su nombre.

–Dios... oh dios... –Susurro entre jadeos mientras su contacto me abandona y yo intento recuperar el aliento.

–¿Satisfecha? –Me sobresalta su voz ronca en mi oído.

–Sí... desátame por favor... quiero tocarte –digo moviendo mis manos intentando liberarlas, deseo corresponder al placer que me ha proporcionado ayudando a que él también llegue a correrse.

–Ni hablar, aún no he acabado. –Me dice otra vez colocado a mis pies.

¿Cuándo ha vuelto a moverse? Coge la pierna que había dejado antes

sobre el suelo y vuelve a colocarla en el sofá, a continuación tira de mis pies haciendo que me quede totalmente estirada.

–Ayúdame a darte la vuelta –Me pide mientras me ayuda a colocarme de manera que pueda ponerme boca abajo.

Me cuesta un poco por la falta de libertad, pero al final consigo quedar tumbada con la espalda hacia arriba.

–¿Qué vas a hacer? – pregunto algo dudosa.

–Tranquila... No es lo que piensas –contesta entre risas como si me leyera el pensamiento.

El sexo anal no es mi fuerte, para ser sincera no me gusta nada. Habíamos probado en un par de ocasiones cuando éramos más jóvenes y la sensación para mi es de todo menos placentera. Me siento aliviada de que no esté pensando en eso.

Entonces pone sus manos en mis caderas y sin mucho esfuerzo me levanta, dejándome arrodillada. Me acomoda de forma que tengo los brazos apoyados en los codos y vuelve a desplazarse colocándose tras de mí, acariciando mi espalda en el recorrido. Se pone de rodillas entre mis piernas y soba mi trasero, sus dedos vuelven a introducirse en mí y yo vuelvo a gemir escondiendo la cabeza entre los brazos, bombea con una mano mientras con la otra se agarra fuerte a mis caderas para que no me mueva.

De pronto sustituye los dedos por su miembro embistiéndome fuerte y profundo, suelto un grito de placer, mis paredes aún están sensibles tras el primer orgasmo y siento su pene atravesarme por completo. Comienza a moverse a ritmo rápido y los golpes en mi trasero suenan en todo el salón. Lo oigo jadear y gruñir con cada embestida y eso me provoca un enorme placer.

–Ah... Mario... –Mi voz se torna ronca y mis gemidos aumentan con cada empujón.

–Dime nena... –dice entre jadeos y la respiración entrecortada sin dejar de

moverse cada vez más rápido.

–Ah... sí... –Ya no puedo ni hablar.

Mis ojos no ven nada, pero mi cuerpo nota cada sensación, sus manos agarradas con fuerza a mis caderas, el roce del bello de su sexo cada vez que me penetra con fuerza, cada milímetro de su duro miembro en mi interior. Me corro por segunda vez y grito de nuevo su nombre. Noto como palpita dentro de mí y por su forma de respirar sé que él también lo ha hecho.

Capítulo 9

El primer día tras las vacaciones se me está haciendo un poco largo. He llegado tranquila y con ganas de volver a trabajar. Pero Sergio me ha dicho que está por León y me ha pedido quedar para conocernos en persona. Julia se ha dado cuenta de mi nerviosismo al entrar en mi despacho y se acerca a mí.

–Eva... ¿Qué te ocurre?

–He tenido algún encontronazo con mi marido y no dejo de darle vueltas, solo eso. –Miento, aunque no es mentira, pero no es el motivo real de mi nerviosismo.

–Sabes que puedes considerarme una amiga. Soy tu jefa, pero puedes contar conmigo si necesitas hablar de lo que sea. –Coge mi mano y la aprieta con cariño.

–Gracias Julia, te lo agradezco mucho. Es algo complicado pero estamos intentando arreglarlo. –Le agradezco con una sonrisa.

–Estoy para lo que necesites. –Vuelve a dar un pequeño apretón a mi mano y se marcha.

–Julia.... –Interrumpo su marcha–. Sé que acabo de venir de vacaciones, pero me gustaría saber si podría salir una hora antes.

–Claro que sí, no te preocupes por eso cariño. –Me dice con una sonrisa y se marcha.

Quince minutos antes de marcharme apuro los últimos documentos del día. Cuando estoy a punto de salir, Julia da un par de golpes en la puerta.

–Eva, hay alguien que pregunta por ti. –Hace una señal con la mano hacia la puerta de entrada.

–¿Por mí? –digo extrañada, no espero que nadie venga a verme.

–Sí, un chico muy guapo... –dice con gesto divertido.

–Voy enseguida... –digo sin apenas voz al imaginar quien es la persona que me espera afuera.

Julia sale dejándome casi hiperventilando, el corazón se me acelera y temo que se me salga del pecho. Intento relajarme, respiro hondo un par de veces contando hasta diez y salgo por la puerta.

Veo a Julia hablando con un chico que me da la espalda. Es alto y de pelo castaño, no me equivoqué en mi sospecha de que fuera él. Carraspeo, y cuando se da la vuelta el corazón se me para durante unos segundos.

Es mucho más guapo que en foto. Sus ojos y su boca sonríen al mismo tiempo y me mira con mucha intensidad. Me quedo mirándolo hasta que Julia levanta sus manos frente a mí y me devuelve a la realidad. Respiro de nuevo sin darme cuenta de que he contenido tanto el aire que casi me he puesto morada.

–¿Estás bien? Te has quedado como muerta –dice Julia mirándome algo preocupada.

–Sí... sí estoy bien, no te preocupes –contesto sin poder apartar la vista de esos ojos azules que me miran sonrientes–. Me... me voy ya... nos vemos mañana. –Le sonrío y alzo la mano como despedida.

Me acerco a él y le hago un gesto para que me siga. Viene tras de mí sin decir una palabra. Camino calle abajo con los nervios instalados en la boca del estómago y Sergio se coloca a mi lado siguiendo mi paso sin dificultad. Cuando me he alejado lo suficiente de la agencia freno en seco y él hace lo mismo un par de pasos más allá.

–¿Cómo has sabido donde trabajo? –Lo miro un poco asustada, pues no recuerdo haberle dicho en cuál de las agencias trabajo exactamente. ¿Y si resulta ser un loco que me ha estado vigilando o algo así?

–¿Sinceramente? –Me mira con algo de vergüenza y asiento–. Es la sexta agencia en la que pregunto por ti.

–¿Cuánto tiempo llevas buscándome? –pregunto sin terminar de creerme lo que acabo de escuchar.

– Solo hora y media... –Baja la mirada a sus pies sin dejar de sonreír.

–¿Solo? Te parece poco buscar durante hora y media por cada agencia de viajes...– Lo miro incrédula.

–Ha merecido la pena ver tu cara de sorpresa –dice ampliando aún más su sonrisa.

Nos miramos en silencio durante unos segundos, no se me hace incómodo, pero su sonrisa y su manera de mirarme me hacen ruborizar. Duda un momento, pero después se acerca a mí con cautela y me da un abrazo.

Me quedo parada sin saber cómo responder, no esperaba esa muestra de afecto por su parte. Sólo hemos hablado en unas cuantas ocasiones. Levanto mis brazos y lo rodeo posando mis manos en su espalda. No quiero que se sienta violento dejándole sin respuesta, pero tampoco sé exactamente con qué intensidad darle el abrazo, así que respondo con suavidad. Se separa de mí unos segundos después y se rasca nervioso la nuca.

–Perdona, no quería incomodarte... –dice al ver que bajo la mirada al suelo.

–No... no pasa nada. Es solo que no me lo esperaba. –Le quito importancia con una pequeña sonrisa–. ¿Vamos a tomar algo? –Señalo la cafetería que hay a unos metros.

–Claro, estoy desando pasar un rato contigo. --Vuelvo a ruborizarme con su comentario y me sonrojo. Acerca su mano y acaricia mi mejilla con el pulgar.

Cierro los ojos ante el contacto, son solo unos segundos, pero siento como

un escalofrío recorre mi cuerpo y me sorprende suspirando. Los abro de golpe y dando un paso atrás anulo ese contacto, me recoloco un mechón de pelo tras la oreja y le pido que me siga.

Elijo una mesa lejos de las cristaleras, nos sentamos y pedimos a la camarera que se acerca a tomarnos nota. La chica mira a mi acompañante con una sonrisa boba y recoloca su pelo en un par de ocasiones.

No me pasa desapercibido cuando comienza a cuchichear a su compañera y señala hacia nuestra mesa. Sonrío y lo miro, lleva una camiseta verde militar ajustada, se aprecian sus músculos del pecho y el abdomen. Los brazos a penas los tiene cubiertos, así que no es difícil ver que los tiene fuertes. Los vaqueros le quedan que ni pintados y calza unas deportivas del mismo color que la camiseta.

–Creo que ya tienes una admiradora en la ciudad. –Río divertida. Al ver que me mira pero no responde, hago un gesto con mi mano ante su cara.

–Perdona... ¿Qué tengo qué? ¿Dónde? –Comienza a tocarse la cara en busca de algo que no existe.

Empiezo a reírme mientras él simplemente me observa. La camarera que nos ha tomado nota deposita ante nosotros los cafés que hemos pedido. Seguidamente, con su mejor sonrisa, le dice a Sergio que espera que le guste. Y cuando digo que se lo dice a él, es porque a mi parece que ni me ve.

Quien sí parece verme es él, pues para disgusto de la camarera, no ha apartado su mirada de mí en ningún momento.

–¿Vamos a hablar de algo o solo vas a mirarme? –Pongo el azúcar a mi café y lo miro de reojo.

–Tenía ganas de conocerte en persona –Sonríe—. Eres mucho más guapa que en la fotografía –dice mientras remueve su café.

–Gracias, tú tampoco estás nada mal... –respondo a su halago con una sonrisa.

–No pienses que soy un demente por recorrer las agencias de viajes buscándote –responde a mis pensamientos de hace un rato–. No sabía que pensarías si te decía de pasar a buscarte, o si te arrepentirías de quedar conmigo, así que pensé que podría pasear por la ciudad e ir preguntando por ti.

–No he pensado eso... –digo intentando disimular.

–Ya claro... y yo me lo creo. –Suelta con una carcajada–. Tenías una cara de susto que era para grabarte –añade sin dejar de reír.

–Bueno, un poquito sí, la verdad. Creía que me habías estado espiado o algo –digo ya entre risas, mi cara me delata siempre–. No recordaba haberte dicho en cuál de ellas trabajo.

–Siento haberte asustado, no era mi intención. –Acerca su mano a la mía, que descansa sobre la mesa y la toca con dulzura.

–No pasa nada, está todo aclarado. –Retiro la mano nerviosa y disimulo tomando un sorbo de café.

–¿Cómo van las cosas con tu... marido? –dice en un tono que me indica que no quiere hablar de ello.

–Van... mejora un día y luego vuelve a lo mismo... pero bueno, no me apetece hablar de ese tema ahora mismo –digo al notar su incomodidad.

La conversación no está siendo como cuando hablamos por teléfono, solemos hablar más fluidamente y de muchas cosas, pero esta vez el estar cara a cara nos está cortando a los dos.

–Eva... me gustaría decirte algo. –Me mira visiblemente nervioso ya que, aún que no puedo vérselas porque las tiene escondidas bajo la mesa, se frota las manos sin parar.

–Tú dirás... –Dejo mi café y lo miro curiosa.

–Sé que apenas nos conocemos y que nuestras circunstancias personales no son las mismas. Estoy seguro que no vas a corresponder a lo que voy a decirte... pero quiero que lo sepas ya que no me gusta esconderme de nada. – Empiezo a ponerme tan nerviosa como él y a retorcer mis manos por igual.

–Sergio, estás poniéndome muy nerviosa –digo con el corazón empezando a latir más rápido.

–Lo siento. –Se disculpa por tercera vez desde que nos hemos encontrado.

–Deja de disculparte y dime de una vez lo que tengas que decirme. –Le pido deseando que me quite estos nervios de encima.

–Está bien –Coge aire–. Me gustas, mucho. Y no en plan “eres una tía maja y me caes genial”, que también claro... me gustas de verdad. –Se frota la cara y suspira.

Estoy perpleja, no sé cómo reaccionar. Si salgo despavorida lo dejaré sintiéndose mal y no deseo que se quede así cuando acababa de confesarme que le gusto, algo que no comprendo cómo es posible. No soy nada del otro mundo, o yo lo considero así. Él es un hombre muy atractivo, ¿qué es lo que le ha gustado de mí?

–Sergio... ¿Cómo...? Yo... yo estoy casada... –No sé qué decir, estoy tan sorprendida con su confesión que no sé qué otra cosa decir...

–Lo sé, lo sé, es que no he podido evitarlo... Eres tan dulce, tan cariñosa, tan sincera, tan... hermosa – dice mientras sus ojos miran los míos con intensidad.

–No sé qué decirte, no sé qué es lo que he hecho para que tengas esos sentimientos hacia mí –digo nerviosa pasando mis manos por el pelo.

–Simplemente has sido tú misma todo el tiempo Eva, y eso es lo que me gusta tanto de ti –Se inclina sobre la mesa y alcanza de nuevo mi mano–. Siempre que hemos hablado te has comportado tal cual eres, sin esconder

ninguno de tus rasgos. Cuando has estado enfadada has demostrado tu genio, cuando estás contenta ríes de una forma natural y espontánea, dices las cosas como las piensas...—Sus manos acarician la palma de la mía desde la muñeca hasta la punta de mis dedos mientras me habla.

Me quedo paralizada de nuevo al sentir otro escalofrío recorriéndome de arriba abajo y mis ojos no pueden apartarse de los suyos. Me tiene hipnotizada con esos ojos que parecen ver en mi interior.

En ese momento recuerdo a Mario. Sus ojos también son de un azul precioso que me gustaron desde el día que lo conocí, pero, los suyos ya no me miran como lo hacen los de Sergio desde el momento en que he salido del despacho y hemos cruzado nuestras miradas.

Siento una punzada en el estómago al pensar que he salido sin decírselo a Mario, escondiéndome para poder quedar con Sergio esta mañana. Entonces recuerdo lo mal que lo pasé cuando él me mintió para salir con la compañera con quien me engañó.

Retiro la mano que Sergio me acaricia y mis ojos se llenan de lágrimas sin que pueda hacer nada por evitarlo. Él abre mucho los ojos y retrocede en la silla.

—Perdóname, de verdad que lo siento. Por favor, odio que llores. La primera vez que te escuché llorar se me rompió el corazón. Habría salido ese mismo día con el coche y habría pateado el culo a ese gilipollas —Cierra los ojos y los frota al tiempo que suelta un bufido—. No quiero ser yo el que te haga llorar ahora. Por favor, olvida lo que te he dicho. Soy un imbécil por soltártelo así y encima la primera vez que nos vemos —añade al tiempo que vuelve a rascarse nervioso la nuca.

—No es por lo que has dicho por lo que lloro —digo secando las lágrimas que resbalan por mis mejillas—, sino por lo que estoy haciendo yo.

—¿Y qué estás haciendo tú? —dice sin entender.

—Engañando a mi marido. Estoy mintiéndole para quedar contigo al igual

que él me mintió a mí. Y yo no quiero hacer daño a nadie. –Mi voz se va ahogando a medida que hablo y las lágrimas salen cada vez en más cantidad.

–Pero no estamos haciendo nada malo. Sólo nos estamos conociendo y tomando un café. Tú no has hecho nada malo. –Intenta tranquilizarme.

–Sé que no he hecho nada, pero me siento como si lo hiciera. El hecho de estar escondiéndome es suficiente para sentirme mal. –El sentimiento de culpa es más fuerte que yo.

–No deberías sentirte mal por alguien que no lo hizo por ti en su momento. –Su voz es dura y su mirada ha cambiado a una de reproche.

–¿Qué? –Lo miro con el ceño fruncido–. Él se arrepintió de lo que hizo. Me pidió perdón mil veces y no ha vuelto a engañarme. –Me ha hecho enfadar con su comentario. Él no sabe por todo lo que pasamos.

–¿Vas a defender lo que hizo? –dice con cara de incredulidad.

–No defiendo lo que hizo. Pero no sabes lo mal que lo pasó también. A penas comía por el remordimiento y perdió mucho peso. Yo sufrí, pero él también.

–Mira... no he venido a hablar de tu marido ni quiero saber más, porque me hierve la sangre cuando pienso en lo que te hizo y lo machacaría. –Tiene fuego en los ojos y los músculos de sus brazos se tensan.

–No es un primer encuentro demasiado agradable... –Me tapo la cara y apoyo los codos en la mesa.

–¿Quieres que me vaya? –pregunta, y su voz parece más tranquila que hace unos segundos.

Me quedo con el rostro enterrado en mis manos, ¿quiero que se marche? sin saber muy bien porqué, niego con la cabeza. Me siento mal por mentir a Mario, pero al mismo tiempo me encuentro bien con Sergio y no quiero que se vaya.

–No... –Vuelvo a negar descubriendo mi rostro de entre mis manos–. No quiero que te vayas.

–No volveré a hacerte ningún comentario sobre tu matrimonio –dice bajando la mirada a la ya vacía taza de café que tiene delante–. Mientras estemos hablando, me gustaría que tu... marido... no estuviese presente en las conversaciones. –Pronuncia la palabra “marido” como si le molestase el simple hecho de pensarla.

–De acuerdo, no más marido en nuestras conversaciones. –Esbozo una pequeña sonrisa y él me la devuelve enseñándome de nuevo sus blancos dientes.

A partir de ese momento nos centramos en nosotros. Le hablo de Raquel y lo mucho que me ha ayudado en momentos difíciles de mi vida. Él me cuenta sobre sus padres y los años que han vivido en León. Al parecer no nos conocimos de pequeños por pura casualidad.

Él se mudó a Astorga cuando tenía cinco años, y cuando mis padres tuvieron que cambiar de casa, acabamos viviendo a dos manzanas de donde Sergio había vivido hasta hacía unos meses atrás. Cuando descubrimos ese detalle, él se lamenta porque el destino nos separase de pequeños y no nos conociéramos antes.

–Sé que me hubieses gustado tanto como me gustas ahora. –Su boca pierde la sonrisa que tenía puesta hasta ese momento y se queda un poco serio–. Estoy seguro de que tu sonrisa sería más bonita de habernos conocido antes.

–¿Y eso por qué? –pregunto riendo.

–Porque yo no te habría hecho daño nunca. –Me observa unos segundos y agacha la mirada cuando me ve perder la sonrisa–. Lo siento... quedamos en no mencionar ese tema y soy el primero en meter la pata.

–Tengo que irme... lo siento, pero se ha hecho tarde –digo mirando la hora tras un momento de silencio.

–Me gustaría volver a verte de nuevo. –Coge mi mano deteniéndome cuando guardo mi móvil para marcharme.

–No sé Sergio... esto que hago no está bien. Lo último que quiero es hacer daño a alguien y para empezar ya te lo voy a hacer a ti. –Le digo pasándome la mano libre por la cara y el pelo.

–A mí no me haces daño tú, no tienes la culpa de lo que estoy empezando a sentir –Aprieta un poco mi mano intentando calmarme–. Has sido siempre sincera y yo he dejado que mis sentimientos aumentasen.

–No debí buscarte de nuevo en ese chat, ni llamarte después por teléfono... ha sido culpa mía. –Agacho la cabeza avergonzada por lo que he provocado, aunque en realidad no me arrepiento de haberlo conocido.

–¿Te arrepientes de haberme conocido? –Parece como si me hubiera leído el pensamiento.

–La verdad es que no. –Niego con la cabeza y mis mejillas se encienden por la vergüenza que me da admitirlo.

–Entonces no te lamentes por lo que ha pasado, porque yo no lo hago. Pase lo que pase no me arrepentiré de sentir lo que siento. –Lo dice sonriendo y mirándome a los ojos.

Nos miramos sin decir nada durante unos minutos, aunque yo no puedo evitar que mis ojos se desvíen de vez en cuando, ruborizada ante su intensa mirada. Pasados unos instantes decido que ya es hora de irme de verdad a casa y me levanto de la silla.

–Espero poder verte pronto. – Se levanta tras de mí y me abraza, haciendo que el mismo escalofrío de la primera vez vuelva a recorrerme. Su pecho se hincha y toma aire por la nariz junto a mi pelo, luego se aparta.

–Sí... supongo que podemos quedar. –Le dedico una sonrisa y con un gesto de la mano que él responde al instante, me despido y me marcho

Antes de salir de la cafetería no puedo evitar mirar hacia atrás, me doy ligeramente la vuelta y lo veo plantado en el mismo sitio en el que lo he dejado. Vuelve a levantar su mano a la altura del pecho a modo de despedida y su boca se tuerce en una media sonrisa. Una sonrisa que empieza a gustarme demasiado...

Capítulo 10

–Raquel, necesito hablar contigo, dime que estás en casa por favor –digo en cuanto mi mejor amiga descuelga el teléfono.

–Sí, estoy en casa. ¿Ha ocurrido algo con Mario? –pregunta con preocupación.

–Sí, pero no es de Mario de quien quiero hablarte. ¿Puedo pasar por tu casa? –Cruzo los dedos para que no tenga planes ineludibles.

–Claro que sí, sabes que puedes venir cuando quieras –Raquel nunca me falla.

–Estoy allí en unos minutos, prepara café porfiii. –Me dirijo a su casa todo lo rápido que puedo.

Hace dos días que mi amiga ha vuelto de su compromiso y ya estoy molestándola con mis problemas. Como siempre que sabe que vengo a su casa abre sin preguntar quién es y al llegar a su rellano ya me está esperando con la puerta abierta. Entro después de darle un abrazo y cierra la puerta tras de sí.

–¿Qué ha pasado ahora? ¿Hablaste el tema con Mario? No me has contado nada desde que viniste hace unas semanas. –Nos sentamos en la isla de la cocina y pone las tazas de café sobre el mármol.

–Lo sé, lo siento, pero no quería molestarte mientras estabas liada con el papeleo. –Es verdad a medias, no quiero decirle que he pensado antes en llamar a Sergio en vez de a ella. Sé que le sentará mal, pues siempre me ha ayudado y que no haya contado con ella va a dolerle.

–Bueno, ¿y de quien quieres hablarme? –dice sirviendo el café y sentándose frente a mí.

–Verás, después de que hablara con Mario sobre lo que pensaba de nuestra relación, hubo un par de ocasiones en que terminé llorando en el salón porque

parecía que no lograba hacerle entender lo que me pasa –Tomo un sorbo de mi café antes de continuar y Raquel me escucha con atención–. En una de esas ocasiones cogí el portátil y entré en un chat buscando alguien con quien hablar.

–¿Y por qué no me llamaste a mí? –Me dice un poco molesta, tal y como he imaginado que haría.

–Porque era la una de la madrugada y tú estabas liada, no quise molestarte con esas cosas tan tarde... –Me excuso, pero eso sí es verdad.

–Sabes que no me hubiese importado a qué hora me llamaras, puedes hacerlo siempre que lo necesites. –Vuelve a recriminarme, pero su mirada no es de enfado.

–Bueno, ¿quieres oír lo que ha pasado o no? –digo riendo para quitar un poco de hierro al asunto.

–Vaaaale, continúa –dice con una sonrisa y llevándose su taza a la boca.

–El caso es que conocí a alguien esa noche... un chico... –Tomo otro sorbo a mi café y la miro por encima de la taza esperando que diga algo, pero solo pone cara de interés y me pide que continúe–. Estuvimos hablando un rato. Le conté un poco mis penas y él me escuchó dándome algún consejo. Me conecté una semana después, tras otra discusión con Mario, y me dio su número por si necesitaba hablar.

–Espera, ¿habéis hablado por teléfono? ¿Has llamado a un desconocido por teléfono para contarle tus problemas antes que a mí? –dice más molesta que antes.

–Vale, vale... ya sé que es una locura y siento no haberte llamado a ti. No sé por qué se me ocurrió llamarlo a él en vez de a ti... –Hago una pausa y me coloco el pelo tras las orejas algo nerviosa, no quiero que Raquel se enfade conmigo–. Quizás pensara que me dirías que soy un poco patética por seguir peleando por Mario en vez de mandarlo a freír espárragos, y yo lo que necesitaba era que me escuchara sin juzgarme.

–Yo no te juzgaría... aunque un poco tonta sí que eres... si tan mal van las cosas... mándalo a la mierda y ya está. –Sabía que me diría algo así.

–Hoy he quedado con él... –Suelto sin más.

–¿Con él...? ¿Con Mario? No te entiendo... –Me mira un poco confundida y yo me remuevo negando con la cabeza-. ¿¿Con ese chico?? –Chilla dejando su taza de en la mesa y derramando su contenido.

–Sí, con Sergio. He estado con él hasta hace un rato. –La observo esperando que me llame de todo menos bonita, pero solo me mira como si me hubiese salido otra cabeza-. ¿No vas a decir nada?

–¿Cómo es? –No esperaba esa pregunta.

–Pues... es... –Mi boca se tuerce en una sonrisa boba y Raquel coge de pronto una bocanada de aire tan fuerte que me asusta. La miro frunciendo el ceño.

–Dios mío... ¡a ti te gusta! –Me señala los labios con el dedo y con la otra mano se tapa la boca mientras se le escapa una sonrisa.

–¡No! No... no me gusta, ¿qué estás diciendo? –Niego velozmente con la cabeza.

–Vamos, ¡no lo niegues! Se te nota en la mirada que solo con pensar en él se te ilumina la cara. Venga dime, ¿cómo es? –Insiste en saber.

–Espera, te enseño la foto que me envió. Estuve a punto de borrarla por si Mario miraba mi móvil, pero al final la guardé. –Le digo mientras rebusco en mi teléfono-. Mira, aquí está. –Le muestro la pantalla.

–¡Madre mía! –Mira a la pantalla y a mí alternativamente con los ojos y la boca muy abiertos -. ¡Está buenísimo! Tienes que presentármelo –Se echa a reír.

–Sí, es muy guapo la verdad –Intento poner una cara lo más normal posible

al recordar lo que me ha confesado hace una hora escasa.

–Bueno, ¿y de qué habéis hablado? –Tiene una cara de curiosidad que no puede con ella.

–De todo un poco... –Empiezo a notar mis mejillas enrojecer sin remedio y la reacción de Raquel no se hace esperar.

–¿Qué? Cuéntamelo o te lo tendré que sacar a la fuerza. –Me amenaza con la cucharilla del café y me río.

–Me ha dicho que le gusto. Que sabe que estoy casada pero que no ha podido evitar que sus sentimientos crecieran mientras nos conocíamos... –La cara de Raquel es un poema, creo que está alucinando más ella que yo misma con esa confesión.

–No me extraña nada que se muera por tus huesos. Eva, eres una chica estupenda y sobre todo auténtica. Cualquiera acabaría queriéndote en cuestión de minutos. –Su gesto ha cambiado y me mira con mucha ternura—. Tienes que tener mucho cuidado con lo que haces si no quieres terminar con Mario.

–¿A qué te refieres? –Frunzo el ceño sin comprender.

–Eva... tú y yo sabemos que eres la persona más enamoradiza del planeta. No me malinterpretes, no quiero decir que seas fácil. Pero si al chico le gustas de verdad y se lo propone, acabarás enamorándote de él.

–Yo amo a Mario, estoy haciendo todo lo que puedo por mantener a flote mi matrimonio, ¿cómo iba a enamorarme de otra persona? –digo sin mucho convencimiento.

–Tú piensa muy bien lo que haces. Es un consejo, y no dudes que pase lo que pase, y hagas lo que hagas, voy a apoyarte y ayudarte en lo que necesites – Se pone en pie y rodea la isla para darme un abrazo.

Me siento tan confundida por su forma de hablarme que me quedo estática

mientras me aprieta fuerte entre sus brazos. ¿De verdad ha visto en mi expresión que Sergio me gusta? Si me habla de esa forma es porque me ve confusa y yo ya no sé qué pensar. Raquel me conoce como nadie y sabe perfectamente cuando me pasa algo. Sin siquiera decirle nada y solo con ver mi cara, es capaz de adivinar que no estoy bien anímicamente. Solo mi madre era capaz de ver en mí como lo hace Raquel.

Se aparta y me mira de nuevo con gesto dulce, acaricia mi cara con la palma de su mano y en ese momento mis tripas empiezan a rugir tan fuerte que el sonido hace que se quede mirando mi estómago.

–¿No has comido? –pregunta ante la evidencia.

–La verdad es que no, hemos ido a una cafetería cuando se ha presentado por sorpresa en la agencia y solo hemos tomado café –explico llevando una de mis manos a mi estómago.

–¿Por qué no me lo has dicho? Me ha sobrado algo de comida, ahora mismo te pongo un plato –De inmediato va a la nevera y en cuestión de minutos tengo preparado un cubierto, vaso, agua y un plato a rebosar de deliciosa ensalada de pasta.

–Gracias, no me habría acordado de comer si no fuera por el aviso de mi estómago. Estoy algo nerviosa con todo esto... –Cojo el cubierto y empiezo a dar cuenta del plato que Raquel me ha puesto delante.

Realmente estoy hambrienta con tantos nervios y eso no es nada bueno, que me basta con pasarme un poco para que los michelines hagan su aparición estelar.

Cuando acabo de comer voy a retirar el plato y dejar a Raquel la cocina recogida, pero ella no me lo permite. Me hace sentar de nuevo y empieza a hacer preguntas sobre Sergio. Le cuento más en profundidad como han ocurrido las cosas desde que empezamos a hablar y también los cambios con Mario. Me escucha atenta y me da su opinión sobre todo lo que le voy contando, aunque no he entrado en detalles cuando he hablado de los encuentros sexuales que Mario y yo hemos tenido, porque me he negado en

rotundo a ser tan explícita. Si fuera por ella pediría hasta fotografías de los.

A las seis de la tarde y ya muerta de cansancio me despido de ella. Prometo que la llamaré con cualquier cosa que suceda, ya sea en casa con Mario o bien si vuelvo a hablar o a ver a Sergio en algún momento.

De camino a casa recibo una llamada de Mario.

–He llegado un poco antes de lo previsto, ¿Dónde estás? –pregunta.

–He pasado por casa de Raquel. No la veía desde antes de su viaje – contesto aparentando tranquilidad.

–Vale, ¿vas a tardar mucho?

–No, ya estoy a medio camino, llego enseguida. –Le digo y después cuelgo.

Sigo mi camino mentalizándome de cómo tengo que comportarme una vez en casa, pues sigo estando bastante nerviosa con lo sucedido hoy y sé que como no me relaje un poco acabaré por hacer o decir algo con lo que Mario se dará cuenta de que algo me pasa.

Entro siguiendo la rutina de siempre, llaves en el recibidor, bolso en el perchero y cambio de calzado por el de estar por casa. Camino hasta la cocina después de echar un vistazo rápido al salón y ver que Mario no está allí. Me asomo por la puerta y veo que tampoco está en esa estancia, así que continúo hasta el dormitorio. Oigo el agua de la ducha en el cuarto de baño, así que me dispongo a cambiarme de ropa y ponerme cómoda mientras Mario termina su baño. Tengo tiempo de sobra para poder tomarme una tila e intentar tranquilizarme todo lo que pueda.

Al cabo de veinte minutos aparece por la puerta de la cocina tapado únicamente con la toalla con la que ha envuelto su cuerpo, a la altura de la cintura, mientras que con una más pequeña seca su pelo. Me quedo mirándolo deteniendo a unos centímetros de mi boca la taza que tengo entre las manos, el agua aún resbala por su cuerpo, está recién afeitado y aunque está a dos metros

de distancia, puedo oler el aroma del bálsamo que utiliza.

Llevamos ya diez años juntos, pero me sigue atrayendo como el primer día. Me quedo allí mirándolo con la boca entreabierta mientras me observa con una sonrisa, se acerca a mí frotando su pelo húmedo con la toalla y deposita un beso en mi frente, mientras se posiciona detrás de mí y se pega a mi espalda. Me da un abrazo desde atrás mojándome en el proceso.

–Tonto, ¡me estás mojando! –Sonrío y lo miro.

–¿Y qué? Estás muy sexy así mojadita –dice riendo mientras me empapa restregando su pelo contra mí.

–Eres un payaso, ¡madura un poco anda! –Me río con ganas intentando quitármelo de encima.

–No decías lo mismo el otro día cuando estabas atada y mojada en otra de tus partes... –Susurra a mi oído provocándome un escalofrío.

–Mario... –suspiro sintiendo como la piel de mis brazos se pone de gallina.

–¿Tienes frío? ¡Con el calor que hace! –Frota mis brazos un momento y se separa de mí.

Y si estaba comenzando a sentir algo de calor en mi interior, este se va de golpe al ver que no ha sabido ver que lo que me ha puesto la piel de gallina ha sido la excitación y no el frío.

De golpe me siento más cansada aún de lo que había llegado a casa, siento mi cuerpo pesado y agotado, me levanto de la silla, dejo la taza en el fregadero y salgo de la cocina en dirección al dormitorio. Abro las sábanas de la cama y me tumbo en ella, acurrucándome y quedándome dormida casi al instante.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando Mario toca mi hombro y lo oigo decirme algo sobre la cena, murmuro con voz ronca un “estoy cansada” y

vuelvo a quedarme dormida. Despierto de nuevo un poco desorientada, no recuerdo muy bien en que momento de la noche me he acostado y me incorporo en la cama frotándome los ojos. Miro la hora en mi móvil y veo que aún falta una hora para que suene mi despertador he ir a trabajar, pero decido levantarme, darme una ducha e ir preparándome.

Capítulo 11

Mi semana de trabajo transcurre lenta, más lenta de lo que había sido nunca. No tengo planes especiales para el fin de semana que me hagan desear que llegue, pero creo que he cometido un fallo al darle permiso a Sergio para escribirme durante mi jornada de trabajo.

Aunque no me molesta que lo haga, en alguno de esos momentos en que hemos intercambiado mensajes me he sentido un poco incómoda, porque Sergio se empeña en demostrarme lo que siente y yo no sé ni que cara poner cuando Julia entra a mi despacho a pedirme algún documento y me ve roja como un tomate.

En un par de ocasiones hasta ha comprobado el aire acondicionado para ver si funciona y me ha preguntado si me encuentro bien, dice que no es normal que con la temperatura que tiene la habitación yo esté así de acalorada.

Y, aunque alguno se preguntaría por qué no le pido a Sergio que pare y le dejo claro que aquello no va a ir a ningún lado porque yo estoy casada, la verdad es que no quiero admitirme tampoco que todo lo que Sergio me dice en esos mensajes me hace sentir especial.

Me gusta que me diga que soy hermosa, lo bonita que le parece mi sonrisa o lo mucho que le gustó el contacto de mi cuerpo con el suyo en aquellos abrazos que nos dimos el día que nos vimos por primera vez.

Me hace sonreír con esas palabras, me hace verme guapa en el espejo y mi corazón se acelera cuando al llegar a mi despacho recibo un mensaje de buenos días lleno de cumplidos y palabras bonitas.

En una semana me ha hecho más cumplidos que Mario en diez años de relación y eso me hace sentir un poco de tristeza al mismo tiempo. Sé que los matrimonios se enfrían con el paso de los años, pero ver que para un hombre que acaba de conocerme le resulta más fácil decirme esas cosas que al hombre para quien se supone soy la mujer de su vida...

Llegar a casa durante esta semana también se ha vuelto algo complicado. Comportarme como si nada ocurriese y al mismo tiempo estar dando vueltas a la cabeza con todo lo que me está ocurriendo es muy difícil. Mario no parece darse cuenta de mi falta de concentración o si lo hace no me dice nada.

Me cuesta centrarme en una conversación sin quedarme con la mirada perdida en algún punto fijo de la nada y desconectarme, consiguiendo que en ocasiones mi marido chasquee los dedos frente a mí cara para que vuelva a la conversación o conteste alguna pregunta que yo no he oído que me hiciera.

También me he vuelto un poco paranoica con mi móvil, sé que a Sergio no se le ocurriría hacer nada que pudiera ocasionarme problemas en casa y nunca desde que empezamos a hablar me ha enviado un mensaje ni me ha llamado fuera del horario de trabajo, pero aún y así nunca dejo mi teléfono fuera del alcance de mi vista.

Me lo llevo al baño cuando me ducho o tengo que hacer mis necesidades, lo llevo en el bolsillo del pantalón cuando tengo esa posibilidad y cuando llevo falda y no puedo hacerlo, lo tengo siempre junto a mí. Me estoy empezando a volver loca con todo esto y solo yo puedo ponerle remedio... pero no lo hago.

Al llegar el viernes tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tirarme al suelo y fingir que me he puesto enferma. Aún me queda medio día de trabajo y estoy bastante cansada. Oigo unos golpes en la puerta y Julia entra al despacho justo después.

—Eva cariño, ¿puedes imprimirme los documentos que te he enviado al e-mail? —dice acercándose a la mesa.

—Claro, como no. —Froto mis ojos cansados y me dispongo a hacer lo que me ha pedido.

—¿Estás bien? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí... —digo intentando reprimir sin éxito un bostezo—. Perdóname, solo estoy algo cansada, no duermo bien últimamente.

–Tómate media hora más de descanso, ahora mismo no hay mucho trabajo
–Me sonrío y luego señalo el ordenador–. Solo imprime esos documentos
antes y luego puedes salir un rato a despejarte.

–Gracias Julia, eres la mejor –La miro agradecida y abro el correo
mientras ella sale por la puerta.

Dejo los documentos en la mesa de Julia mientras que habla por teléfono y
me agradece en un susurro, tapando el auricular, para después hacer un gesto
con la mano indicándome que ya puedo salir. Cojo mi bolso del despacho y me
dirijo calle abajo a tomar un café bien cargado que me recargue las pilas.
Nada más sentarme mi móvil emite el sonido característico del whatsapp, lo
saco del bolso y leo un mensaje de Sergio.

-Hola preciosa, ¿Cómo estás?

-Hola, un poco cansada.

-Ya te queda poco, ánimo.

-Sí. Julia me ha dejado salir a despejarme, lo necesitaba.

-¿Entonces estás fuera del despacho?

-Sí, estoy en la cafetería.

-¿Puedo llamarte?

-Vale

La llamada no se hace esperar, desde el día en que nos vimos no hemos
hablado más que mediante mensajes.

–Buenos días. –Saludo.

–Buenos días, preciosa, ¿cómo llevas la mañana? –Su voz parece un poco

triste y apagada.

–Pues estoy agotada, necesitaba un respiro y Julia parece haberlo notado – digo resoplando–. ¿Y tú cómo estás?

–Bueno... estoy... –No parece estar bien y me preocupo por él.

–No te noto muy bien, ¿qué te pasa? –digo en tono dulce.

–Que ya es viernes y todavía quedan dos largos días hasta el lunes –dice cansinamente.

–¿Y qué tiene de malo el fin de semana? –pregunto sin entender el porqué de su queja.

–Que no podré hablar contigo hasta el lunes... voy a echarte mucho de menos –dice dejándome sin palabras.

–Yo... eemm... no sé... podría... –Empiezo a balbucear nerviosa.

–Tranquila, entiendo que no puedas hacerlo mientras estás en casa con él... intentaré no volverme loco en dos días –Noto por su tono que ahora está sonriendo, pero aun así no sé muy bien que decirle.

–Seguro que habrá algún momento del día en que esté sola en casa –digo casi sin pensar–. Podría... podría escribirte algún mensaje si tengo un rato.

–No quiero que tengas problemas por mi culpa... –dice en el mismo tono de voz de antes.

–No pasa nada, te escribiré si me quedo a solas –No sé por qué me siento tan mal porque esté triste por mí.

–¿Lo prometes? –pregunta esperanzado.

–Sí, lo prometo –miro hacia el techo del local y cierro los ojos soltando el aire en un suspiro.

No consigo negarme a hablar con él...

Sentada en el sofá miro la televisión sin ver nada de lo que hacen. Llevo delante de la pantalla una hora y todavía no me he enterado ni de la misa la mitad. Mario está a mi lado, contándome algo sobre el trabajo, pero tampoco me estoy enterando muy bien de lo que habla.

Asiento a sus preguntas y me río cuando él lo hace, pero tengo en la cabeza algo que no me deja concentrarme. No soy capaz de decir en voz alta lo que empiezo a sentir, pero dentro de mí sé que Sergio está empezando a gustarme más de lo que debería. Me asusta que mi amistad con él me lleve a cometer una locura, pero no puedo evitar que mi corazón se desboque cuando recibo un mensaje o escucho su voz.

Tengo miedo de lo que pasará si sigo con esto, pero soy incapaz de frenar ese impulso que me lleva a seguirle la corriente, contestar sus mensajes o lo que es peor, llamarlo yo misma cuando me siento sola o triste. Sé que estoy dando pie a que sus sentimientos aumenten, a que los míos propios crezcan hasta no poder dar marcha atrás.

Temo hacer daño a alguien en el proceso, no quiero que nadie sufra por mi culpa así como lo he hecho yo por culpa de Mario. Pero sé que para eso ya es demasiado tarde, porque si es verdad que Sergio tiene esos sentimientos hacia mí, con el simple hecho de cortar el contacto con él ya le estaré haciendo daño.

Tengo que hacer algo si no quiero empeorar las cosas, debo dar por finalizado este lío en el que me estoy metiendo.

Paso todo el fin de semana reprimiendo las ganas de escribir a Sergio en las ocasiones en las que me he quedado a solas. Llega el lunes y recibo el primer mensaje de buenos días de Sergio:

“Buenos días preciosa, supongo que has tenido un fin de semana muy ocupado, te he echado de menos. Sabía que serían dos días largos para mí.

Tengo ganas de escuchar tu voz.”

Decido no contestarlo, ya le daré alguna excusa por ello. El martes a primera hora llega otro mensaje:

“Buenos días preciosa, ¿estás enfadada conmigo? Si es así lo siento, no sé qué ha podido pasar. Por favor dime algo, estoy nervioso por no saber que te ocurre.”

Hago lo mismo y lo ignoro, no me siento para nada bien con esto, pero pienso que es lo mejor que puedo hacer para que todo termine y él se dé cuenta de que no puedo continuar con esto.

El miércoles el mensaje de Sergio me hace encoger el corazón:

“Buenos días preciosa, por favor, responde a mis mensajes. Dime si estás bien, no sé nada de ti desde el viernes y estoy muy preocupado. Te echo mucho de menos, no puedo soportar estar así.”

Yo no puedo más que encogerme en mi silla ante ese mensaje y sentirme la peor persona del mundo. Estoy cada vez más agobiada, no sé si lo que estoy haciendo es lo mejor o no, pero no me atrevo a decirle que tengo miedo y que pienso que lo mejor es apartarme de él todo lo que pueda para no acabar haciéndole más daño del que estoy haciéndole ya en este momento.

El jueves no tengo mensaje de buenos días, ni pidiéndome que le responda a los mensajes que me envía y debo decir que me siento una egoísta al descubrir que más que alivio por no tener que dejarle sin respuesta, siento decepción al pensar que ya se ha rendido.

Paso la mañana mirando el teléfono para ver si Sergio me ha escrito, en varias ocasiones tengo que levantarme de mi mesa y salir al baño para no escribirle yo misma.

Sé que sería un error después de haber estado toda la semana sin contestar a sus mensajes y que lo más probable es que me mandara a la mierda por pasar de él toda la semana y luego escribirle cuando él no lo ha hecho. No

puedo ser tan egoísta y hacerle eso a Sergio.

Capítulo 12

Sabiendo que el fin de semana está tan cerca y que al menos en casa tengo menos posibilidades de caer en ese error, decido apagar el móvil para así no estar tan pendiente y centrarme más en mi trabajo. Las horas transcurren algo lentas y cuando llega la hora de marcharme me siento tan cansada anímica como físicamente.

Cojo mi bolso del perchero y salgo del despacho despidiéndome de Julia antes de salir a la calle. Nada más poner un pie en la acera y cerrar la puerta tras de mí me topo de frente con Sergio, que está esperando un par de metros más allá de la puerta de la agencia. Tiene el rostro serio, me observa unos segundos con ojos enfadados y yo agacho la mirada al suelo avergonzada. Lo oigo resoplar y vuelvo a mirarlo, se pasa las manos por la cara y el pelo y su mirada se ha tornado en una de frustración.

–¿Qué... que haces aquí? –pregunto en voz baja y mirando a mi alrededor para comprobar si alguien nos mira.

–Llevo toda la semana escribiéndote mensajes que no has respondido... – Su tono es acusatorio.

–Yo... es lo mejor... no puedo seguir así, es mejor que me aparte de tu camino –Empiezo a caminar y paso por su lado sin mirarlo a la cara, en parte por la vergüenza que me da y en parte porque no quiero que vea la debilidad en mis ojos.

–No es lo mejor, no quiero que te apartes de mi camino –Lo oigo tras de mí siguiendo mis pasos.

–Si no lo hago acabarás sufriendo más que si me aparto ahora que aún estoy a tiempo –Acelero el paso un poco más intentando que desista en su persecución, pero es en vano.

–¿A tiempo de qué? –pregunta más cerca de mí que antes.

–De evitar que tus sentimientos vayan a más... –No puedo seguir hablando.

Su mano agarra mi antebrazo y me arrastra a un callejón que hay a nuestra derecha, me guía por él solo unos metros y cuando me quiero dar cuenta estoy con la espalda apoyada en la pared y con Sergio a solo unos centímetros de mí, con la mano todavía agarrada a mi brazo y la otra apoyada en la pared al lado izquierdo de mi cabeza.

–¿Qué es lo que no quieres que sienta? –pregunta mirándome fijamente a los ojos.

–No... yo no... –Resoplo frustrada por no poder articular una frase coherente y echo mi cabeza hacia atrás hasta topar contra la pared, suelto el aire en un suspiro y cerrando los ojos continúo—. No quiero que sientas nada más fuerte por mí, estoy casada ¿recuerdas?, no puedo corresponderte... – Abro los ojos, pero desvío la mirada con mis últimas palabras, pues sé que sí lo hago, Sergio me gusta y sé que lo verá en mi mirada.

–Ya es demasiado tarde para evitar eso... –dice aflojando un poco la presión que hasta ahora ejercía en mi brazo, pero sin soltarme.

Alzo de nuevo mi mirada buscando sus ojos, pero él ya no mira los míos. Ha puesto su atención en mi boca, que se ha abierto ligeramente de asombro al oír sus palabras. Mis ojos se desvían entonces a la suya, esta se abre dejando paso a su lengua, que humedece sus labios para después atrapar el labio inferior entre sus dientes perfectos. Mis pulsaciones y respiración se aceleran ante esa visión, que hace que mi cuerpo responda y me sorprenda excitándome con ese simple gesto de su boca. Su rostro se inclina ligeramente sobre el mío y yo cierro los ojos, retengo el aire en mis pulmones expectante y siento su aliento golpeando mi boca.

–He deseado besarte desde el primer día en que te conocí... –dice a escasos milímetros de mis labios—. Aún no sabía ni como eras y ya deseaba tener tus labios pegados a los míos... –Su frente se une a la mía, su nariz roza la mía y yo suspiro soltando el aire que hacía un rato se negaba a salir de mis pulmones.

–Sergio... –susurro con voz suplicante y los ojos aún cerrados.

–Dime que no volverás a hacerme algo así, que no volverás a apartarme de tu vida –La mano que sujetaba mi brazo se desliza ahora por él en una caricia, hasta llegar a mi mano y entrelazar sus dedos con los míos.

–No... yo no... –No consigo articular más palabras que esas.

–No ¿qué? –susurra volviendo a golpearme con su aliento fresco en los labios.

–No... no lo haré... –Consigo decir a duras penas con la respiración entrecortada.

Su mano derecha se desliza desde la pared hasta posarse en mi mejilla, que acaricia lentamente para después hacer lo mismo con el pulgar en mis labios, rozándolos suavemente y haciendo que trague en seco ante el contacto. En ese momento su pulgar deja de rozar mis labios y son los suyos los que se posan sobre mi boca, lo hacen con cautela, suavemente, esperando mi reacción.

Siento como una descarga de electricidad recorre mi cuerpo, mi mano presiona la suya y busco su boca con más urgencia, presionando mis labios contra los suyos con fuerza. Separo mis labios de los suyos unos segundos más tarde para recuperar el aliento y coger una bocanada de aire.

Sergio respira hondo un par de veces y aprieta los parpados haciendo una mueca como si intentara contener un impulso.

–Maldita sea, Eva... –murmura sin despegar nuestras frentes–. Necesito más... –añade antes de volver a besarme.

Separo mis labios invitando a Sergio a deslizar su lengua dentro de mi boca, que acaricia la mía en un beso apasionado, sujetándome por la nuca en un intento de acercarme más a él, si es que eso es posible.

Gimo contra su boca, mi mano libre se aferra a su camiseta a la altura de

su pecho y él acerca mi cuerpo al suyo pasando el brazo por mi espalda, pero sin dejar de agarrar con fuerza mi mano, que aún sostiene con sus dedos entrelazados con los míos. Deshace el contacto de nuestras bocas bruscamente, dejándome respirando con dificultad mientras vuelve a unir nuestras frentes.

–Eva... –Sus pulsaciones también están aceleradas, respira con fuerza y su pecho sube y baja con cada bocanada de aire que coge.

Me abraza con fuerza haciendo que mi rostro repose sobre su pecho y siento como su corazón late desbocado.

–¿Puedes hacer algo para no tener que ir a casa ahora mismo? –Me pregunta cuando su respiración ha vuelto a la normalidad.

–¿Qué? –Me separo de él unos centímetros para mirarlo a los ojos, frunzo el ceño y él sonrío.

–Me gustaría poder pasar contigo un par de horas –Retira un mechón de pelo de mi cara y lo coloca detrás de mi oreja–. ¿Tienes alguna manera de excusarte para no tener que ir a casa?

Sopeso su propuesta unos instantes, después de lo que ha pasado no puedo irme sin más a casa y pasar el resto de la semana dando vueltas al asunto. Tengo que hablar con Sergio y sobre todo necesito tiempo para mentalizarme sobre lo que he hecho antes de volver, así que le envío un mensaje a Raquel para pedirle que me cubra en caso de que Mario pregunte y luego le mando otro a él diciéndole que voy a pasar la tarde con mi amiga.

Sergio toma mi mano y me conduce hasta un Audi Q5 Híbrido de color gris oscuro que hay aparcado en la misma calle donde se encuentra la agencia. Cuando suelta mi mano para abrir la puerta del copiloto me quedo mirando el vehículo pasmada. No es un coche barato, eso está claro, y por un instante me quedo pensando en el día que me dijo en lo que trabajaba. Si no recuerdo mal me había dicho que se dedicaba al sector turístico, pero no me especificó cuál era su trabajo concreto dentro del mismo.

Entro en el coche cuando me tiende la mano para ayudarme y me siento

mirando el interior del coche, admirada por los bonitos acabados plateados que decoran el salpicadero y todo el equipamiento. Él lo rodea por delante y se sienta al volante, arranca el coche y conduce en silencio hasta salir de la ciudad.

Lo miro de soslayo y él parece darse cuenta, pues su sonrisa se amplía hasta enseñar esos dientes blancos y perfectos que adornan su ya apetecible boca. Me ruborizo ante mi pensamiento y aparto la mirada frotando mis manos una contra la otra nerviosa. Me fuerzo a respirar intentando que mi cuerpo se relaje, pues creo que desde el instante en que su cuerpo se ha pegado al mío en aquel callejón, mis músculos están completamente tensos.

–Conduces un coche precioso... –digo rompiendo el silencio que nos envuelve–. ¿Es tuyo? –pregunto.

–Sí, es mío –dice sonriendo de nuevo.

–¿Qué puesto es el que ocupas en tu empresa? No quiero parecer borde pero, este coche no es nada barato...

–La empresa es mía, tengo dos hoteles rurales –Me mira de reojo y vuelve a centrar su mirada en la carretera.

–¿Que tienes qué? –digo mirándolo con los ojos muy abiertos.

–Tengo dos hoteles rurales, uno de ellos está cerca de aquí, en San Andrés –Carraspea y me mira poniendo una cara un tanto preocupada–. Eemm... pensaba llevarte allí para que pudiéramos hablar tranquilamente...

Cierro la boca que hasta ahora tenía abierta por el asombro y me miro las manos que aún froto con nerviosismo. Un hotel, me lleva a un hotel, que además es suyo... me pongo más nerviosa todavía.

Pasamos el resto del camino en silencio, no es incómodo, pero al mismo tiempo se me hace raro que Sergio esté tan callado. Normalmente es un hombre bastante elocuente, siempre tiene algo que contar y parece disfrutar conversando.

Capítulo 13

No tardamos más de veinte minutos en llegar. Desde el camino se puede apreciar una construcción de tres plantas enorme formando una C cuadrada, de madera oscura y piedra color ceniza. El tejado a dos aguas con tejas de pizarra le da un aspecto imponente.

Tiene muchas ventanas con marcos de madera, las que supongo pertenecerán a cada una de las habitaciones del hotel. Me pregunto cuanto puede costar un edificio de ese tamaño y pasar una noche en él. Está situado en medio de una pradera y tras él pueden verse sin dificultad grandes árboles, entre los que solo puedo distinguir las hayas y los castaños, pues mi conocimiento sobre la flora es bastante escasa.

El lugar se adivina sumamente tranquilo y parece ideal para pasar unos días y poder desconectar de la rutina diaria sin mucho esfuerzo. El paisaje es impresionante, parece mentira que aquel lugar tan hermoso esté tan cerca de la ciudad.

Sergio aparca el coche en una plaza en la que se puede leer un letrero que dice “Reservado”, baja del coche y se apresura a abrir mi puerta mientras yo me quito el cinturón y recojo el bolso a mis pies. Salgo del coche y observo, ahora que estoy tan cerca, lo grande y hermoso que es este lugar. Sergio toma mi mano y me conduce al interior del hotel, si por fuera se ve grande e impactante, por dentro es mucho más espectacular.

Los objetos decorativos son escasos, pero los suficientes para darle un aspecto acogedor y relajante. El techo del *hall* es alto, con lámparas de araña enormes y tablas de madera que cruzan de un lado a otro del techo. Sergio se acerca al recepcionista y le pide “la llave”, el chico da la vuelta sobre si mismo y de uno de los cajones saca un llavero. Se lo entrega a Sergio, que vuelve a tomar mi mano, me lleva hasta el ascensor y pulsa el botón del último piso.

–Esto es impresionante. –Logro decir después de mucho tiempo sin poder articular palabra.

–Sí, estoy muy orgulloso de este sitio. Mis padres trabajaron muy duro para construirlo y ahora me toca a mí continuar con su empresa. –Sus ojos se iluminan al hablar de ello. Puede notarse en su mirada que se siente honrado de ser quien dirige este lugar después de que lo hicieran sus padres.

–Debe haberles costado mucho dejar este lugar así... tan hermoso y tan... ¡grande! –digo levantando mis manos en señal de admiración.

–No puedes ni imaginártelo... ha sido el trabajo de toda su vida –Sus ojos se posan en los míos y sonrío, su mano, que todavía no ha soltado la mía ni un segundo, la aprieta ligeramente y noto mis mejillas encenderse.

Cuando el ascensor se abre tira de mí, guiándome a la izquierda hasta la puerta doble que hay al fondo. La abre y me hace pasar cerrando luego tras de sí.

La primera estancia que es un salón enorme pintado en color crema, hay una lámpara parecida a las del *hall*, pero de un tamaño inferior. A la derecha hay un sofá de aspecto antiguo, pero que parece muy cómodo. Junto a este están las puertas de la terraza y en la pared frente al sofá un mueble-bar en el que descansa una enorme televisión. A la izquierda hay una mesa redonda con cuatro sillas y en la pared frente a la entrada otra doble puerta, desde la que se puede apreciar un dormitorio con una gran cama de sábanas color tostado. Por lo que parece, en este hotel todo es enorme.

–¿Quieres una copa? –Pasa junto a mí y se acerca al mueble-bar, del que saca un par de botellas.

–¿Quieres emborracharme y aprovecharte de mí? –digo mirándolo con una sonrisa en los labios.

–No... –Ríe fuertemente llenando la estancia con ese sonido que me hace quedar embobada.

Sergio prepara un par de vasos y se acerca a mí, posando uno de ellos en mis manos. Tomo un sorbo del líquido parduzco que contiene y carraspeo ante

el fuerte sabor que hace arder mi garganta. Él ríe con mi cara de asco, toma el contenido de su vaso de un golpe y quitándome el mío de las manos deposita los dos en la mesa y me lleva hasta el sofá.

Siento esa corriente que he sentido en otras ocasiones cuando me roza y mi piel se pone de gallina al instante. Nos sentamos mirándonos cara a cara y dando un suspiro me atrevo a hablar en primer lugar.

–Sergio... –Comienzo diciendo, pero la vergüenza me hace agachar la cabeza y mirar mis manos entrelazadas sobre mis piernas –. Esto no está bien... no debería haber dejado que esto llegase a este punto.

–Voy a hacerte la misma pregunta que ya te hice una vez –dice cogiendo mis manos y apretándolas con delicadeza–. ¿Te arrepientes de haberme conocido?

–Yo... no... no lo hago.

–Entonces tampoco te arrepientas de dejar que esto suceda.

–Pero yo estoy casada... y si soy sincera contigo, no tengo nada claro si quiero dejar a mí...

–No digas esa palabra por favor –Me interrumpe.

–Tú no te mereces que te haga daño –Continúo–, si esto va más allá me veré obligada a tomar una decisión y ahora mismo... no sé si esa decisión sería la que tú esperarías.

–Te daré el tiempo que necesites, no quiero presionarte, solo quiero que mientras tomas esa decisión no te apartes de mí –Toma mi barbilla y me hace levantar la mirada a sus ojos.

–Yo... no sé si quiero apartarme de ti... –Sus ojos emiten un brillo de alegría, mis mejillas vuelven a encenderse y mi cuerpo se estremece ante su sonrisa.

Se acerca a mí depositando un beso en mi frente, sus manos acunan mi rostro y levantándolo ligeramente sus labios pasan a besar mi nariz, luego mi mejilla y acto seguido besa con suavidad la comisura de mis labios, para después separarse tan solo unos milímetros.

Suelto todo el aire de mis pulmones en un suspiro y anulando de nuevo la distancia que ha dejado entre nosotros vuelvo a unir nuestros labios. Introduzco mi lengua en su boca, buceando en su interior y atrapando entre mis dientes su labio inferior. No logro entender por qué mi mente me pide a gritos que me aleje y, sin embargo, mi cuerpo no consigue hacerle caso, tomando decisiones por sí mismo y traicionando todos los principios en los que hasta ahora creía firmemente.

Él responde a mi beso con una pasión que me hace estremecer, sus manos me cogen con fuerza por la cintura atrayéndome contra su pecho, me incorporo un poco y levanto mi falda hasta el borde de mis nalgas, lo que me permite separar las piernas lo suficiente para sentarme a horcajadas sobre las suyas, pegándome a su cuerpo todo lo que puedo.

Me abrazo a su cuello enredando mis manos en su pelo. Nuestras respiraciones se vuelven dificultosas, cogemos el aire justo para volver a besarnos con pasión y nuestras manos buscan el contacto piel con piel. Sergio introduce las suyas por debajo de mi blusa acariciando mi espalda, haciendo que cada centímetro de piel que roza se erice bajo sus dedos. Mis manos acarician su pelo, su nuca, su cuello...

No sé cuánto tiempo pasamos besándonos en este sofá, nuestros labios se han ido relajando a medida que pasaba el tiempo y los besos se han vuelto suaves y lentos, pero no por ello menos apasionados. Sus manos se desplazan desde mi espalda, bajando lentamente por mi trasero y acariciando mis muslos.

Muevo mis caderas hacia delante y noto que su entrepierna está abultada, gimo contra sus labios y me aprieto más contra él. Pero en ese momento me empuja suavemente para separarme de él y rompe el contacto de nuestros labios, ya hinchados de tanto besarnos.

–¿Qué pasa? –pregunto mirándolo con el ceño fruncido.

–Eva... no quiero que hagas nada de lo que puedas arrepentirte –dice echando atrás su cabeza contra el sofá–. No quiero que por hacer algo de lo que no estés segura luego vayas a desaparecer.

–¿Desaparecer? Que yo sepa no soy bruja. –Sonrío divertida.

–Ya sabes a lo que me refiero. –Su mirada se vuelve triste–. Ya he comprobado lo mucho que me duele que dejes de hablarme, no quiero volver a pasar por eso.

–Lo siento... –digo verdaderamente avergonzada por hacerlo sufrir, pero en ese momento creí que era lo mejor.

–Solo quiero que hagas lo que tu corazón te pida y que seas siempre sincera con lo que sientes –Acaricia mis brazos que aún descansan sobre sus hombros–. No quiero mentiras para intentar no hacerme daño, porque me dolerá más si me mientes.

–De acuerdo...

Se queda mirándome largo rato, sin dejar de acariciar mis brazos, desde los que pasa a acariciar mis costados y cuando llega a mi cintura vuelve a acercarme a su cuerpo, rodeándome y abrazándome. Hunde el rostro en el hueco de mi cuello aspirando con fuerza. El cálido aliento de Sergio sobre mi cuello hace que mi piel se erice de nuevo, una corriente eléctrica recorre mi cuerpo desde el punto en que su aliento me ha golpeado hasta que llega a mi vientre.

Mi boca se abre soltando también el aire en un suspiro y alzo mi cara exponiendo más mi cuello. Sujeto el pelo de Sergio y hago una ligera presión, dando paso a que él vuelva a acercar su boca a él y lo bese. Siento un escalofrío y ronroneo cual gatito ante las caricias de su dueño.

Vuelve a besarme y acto seguido, abriendo ligeramente sus labios, da un pequeño mordisco a mi yugular. Baja por mi cuello dejando un reguero de

besos y pequeños mordiscos, besuquea mi clavícula apartando el cuello de mi blusa, me yergo sobre sus piernas apretándome contra él.

A esas alturas de la situación estoy tan excitada que nada me importa, solo los sentimientos que se han despertado en mí con las dulces palabras de Sergio, con su forma de tratarme, tan cariñoso. Cómo en el poco tiempo en el que nos conocemos parece saber mejor que nadie que es lo que necesito.

Necesito sentirme amada, sentir que hay alguien que se preocupa por mí, que necesita saber cómo estoy o lo que me pasa. Ser el primer pensamiento de alguien al despertar me ha hecho sonreír como una tonta ya de buena mañana. Y tener a Sergio entre mis brazos suplicándome que no me aparte de él está haciéndome sentir que de verdad alguien me quiere a su lado.

Sergio abre un botón de mi blusa y hunde su rostro en mi pecho, besándome en la zona que separa la clavícula de mis senos. Noto como mis bragas se han humedecido tanto que dudo si no habré mojado también sus pantalones. Instantes después apoya su frente en la misma zona y resopla.

–Eva... –dice con la voz amortiguada al tener la cara escondida en mi cuerpo –. No... no debería... seguir... –Su cabeza se mueve de lado a lado negando mientras habla.

–No pares por favor... –Le pido acariciando su nuca.

–Pero... no quiero que te arrepientas después...

–Sergio, por favor... no voy a arrepentirme...

Levanto su cara de mi pecho mirándolo a los ojos y vuelvo a besarlo. Abro los botones de mi blusa sin despegar mis labios de los suyos, posa sus manos en mi espalda y sube lentamente hasta el cierre de mi sujetador, se aparta de mi boca pidiéndome permiso con la mirada y yo asiento. Suelta mi sostén y desliza mi ropa liberando mis pechos, la deja a un lado, todo ello sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento.

Cuando por fin lo hace y desplaza su mirada a mis pechos parece tragar en

seco y su lengua asoma humedeciendo sus labios, atrapando después entre sus dientes su labio inferior en ese gesto que tanto me pone. Ese gesto, que ya había hecho en algún momento en aquel callejón, vuelve a provocar en mí la misma excitación que entonces.

Sus manos se acercan lentamente a mis pechos, acariciando mi piel desde la cintura y deteniéndose en el contorno de los mismos unos instantes, abarcándolos después y haciendo que mis pezones se endurezcan.

Los acaricia y pellizca con suavidad mis pezones con los dedos, yo apenas puedo respirar con normalidad, mi cuerpo está temblando bajo su tacto y siento unas ganas irrefrenables de hacer el amor con él. Me deshago en sus manos y su tacto en mi cuerpo deja un rastro de fuego por donde pasan las yemas de sus dedos. Su boca tarda lo que para mí es una eternidad en decidirse a tomar mis pechos entre sus labios, lame y muerde mis pezones haciendo que en cada pequeño mordisco sienta una punzada de placer en mi sexo.

–Sergio... por favor... –digo entre gemidos.

–Dime Eva...

–Necesito sentirte... por favor... –Suplico.

Sus manos bajan hasta mis muslos y con una caricia lenta hace subir mi falda hasta tenerla enrollada en la cintura. Me alza hasta ponerme en pie delante de él y subiendo lentamente por mis muslos llega hasta el elástico de mi ropa interior y la baja poco a poco, dejando en el proceso suaves besos en mi pelvis. Levanto los pies para que pueda sacarlas y las deja en el sofá junto al resto de mi ropa.

Entonces se incorpora, me levanta cogiéndome por los muslos y enredando mis piernas a su cintura toma camino hacia la habitación contigua. Me deposita en la cama con sumo cuidado y comienza a recorrer mi cuerpo desde mi boca, creando un camino de besos y caricias que concluyen cuando su rostro se sitúa entre mis piernas.

Aborda con su lengua mi clítoris sin pensárselo, lamiendo y succionando lentamente a un ritmo que me vuelve loca. Mis piernas tiemblan y mi vientre se contrae con cada lametón. Mi respiración y mis gemidos aumentan con cada caricia y cuando me penetra con sus dedos creo subir de golpe al cielo.

–Aahh... dios... –Grito sujetándome a las sábanas y mis nudillos se ponen blancos—. Por favor...

Su boca abandona mi sexo y se pone en pie para quitarse la ropa que aún cubre su cuerpo. Levanto la cabeza y lo observo, se quita la camiseta, se baja los pantalones y el bóxer sin dejar de mirarme a los ojos. Por fin veo lo fuerte y lo bueno que está realmente.

Tiene un cuerpo maravilloso, los bíceps, tríceps y todos los “íceps” que pueda tener el cuerpo humano los tiene fuertes y tensos. Su abdomen es plano, su pecho y esa tableta de chocolate que luce están cubiertos por un suave bello castaño... tengo tragar saliva para que no se me caiga y que no parezca que me he quedado tonta.

También me percató de la envergadura de su miembro. No es que sea nada exagerado, pero sí más ancho y algo más largo que el único que hasta el momento he tenido dentro de mí. Se desliza de nuevo entre mis piernas y apoyando los brazos a los lados de mi cabeza me besa de nuevo.

–Eres preciosa... he soñado con este momento las últimas semanas –dice acariciando mi rostro con el dorso de su mano y una sonrisa que conquistaría a cualquiera–, y he de decir que eres infinitamente más sexy que en mis fantasías...

Mis mejillas se encienden, es curioso no haberme ruborizado cuando me he desnudado y, sin embargo, sus palabras hacen que mi timidez aflore y me ponga colorada. Rodeo su cintura con mis piernas y le incito a continuar, hace rozar su miembro contra mi sexo un par de veces con movimientos lentos. La tercera vez que se desliza hacia abajo ubica la punta en mi abertura y con cuidado, como si pensara que va a hacerme daño, la introduce abarcando toda mi cavidad.

Me arqueo bajo su pecho y alzo mi cuello, momento que aprovecha para lanzarse a él y morderme de nuevo. Inicia un vaivén a un ritmo enloquecedor, ni lento ni fuerte. Acaricio su nuca y tiro suavemente de su pelo, Sergio mordisquea mi yugular y me provoca escalofríos por todo el cuerpo.

–Joder... joder... –Gruñe contra mi cuello mientras aminora el ritmo de sus embestidas–. No aguantaré mucho más...

–No pares... –susurro suplicante a su oído.

Prácticamente acabamos de empezar, pero hace mucho rato que estamos excitados y Sergio está con su miembro duro desde hace bastante tiempo, aguantando las ganas. Cuando comienza a moverse más fuerte sobre mí sé que yo tampoco voy a aguantar mucho más. Acaricia mi muslo y levanta mi pierna, me embiste una, dos, tres veces más, cada vez más fuerte.

Mi cuerpo comienza a convulsionar y mis jadeos se convierten en gritos de placer a los que acompañan los gruñidos guturales que emite Sergio, provocando escalofríos en mi cuello. Noto como comienza a palpitar en mi interior, me rodea por la cintura con sus fuertes brazos y con un movimiento ágil rueda sobre la cama y me arrastra con él, dejándome tumbada sobre su cuerpo. Los dos respiramos con dificultad y mi cabeza comienza a subir y bajar sobre su pecho sintiendo como me golpea el ritmo de su corazón desbocado.

Nos quedamos en esa posición durante unos minutos, una de mis manos acariciando su pectoral y las suyas rozando mi espalda. En ese momento me fijo en el reloj que hay en la mesilla de noche y me quedo pasmada con la hora que se ha hecho. Ya son las siete de la tarde y no he vuelto a decirle nada a Mario. Me incorporo de golpe y maldigo mientras salgo de la cama en busca de mi ropa.

–Lo siento... necesito que me lleves de vuelta... –Le miro con gesto de disculpa, acabamos de tener un momento de intimidad y yo salgo corriendo para volver con Mario, me siento súper mal...

–Tranquila... lo entiendo –dice con la mirada entristecida y levantándose

de la cama comienza a vestirse.

Me acerco a él.

–De verdad que lo siento... pero se ha hecho muy tarde y...

Me corta agarrándome el mentón y dándome un beso en los labios.

–Vístete, estamos allí en un momento. –Sonríe con comprensión.

Capítulo 14

El camino de vuelta a casa es una tortura, estoy tan nerviosa que no sé si al llegar voy a poder disimular lo que ha pasado durante el día. Cuando he mirado el móvil tenía ocho llamadas de Mario y varios mensajes:

“He llamado a Raquel dos veces y tampoco ha respondido las llamadas. Ya me estoy preocupando, ¿ha pasado algo?”

Contesto con un corto mensaje para tranquilizarlo:

“Lo siento, tenía el móvil en silencio. Voy enseguida”

Nos apresuramos a salir de San Andrés y después de aparcar a tres manzanas de mi casa, Sergio y yo nos despedimos.

–Ha sido un día maravilloso... –Me abraza con fuerza–. Ya estoy deseando volver a verte.

–Aún no me he ido. –Le digo riendo contra su pecho.

–Lo sé, pero ya te echo de menos...

Después de que su coche desaparezca por la esquina me encamino a casa. Siento mi estómago encogerse y casi vomito cuando estoy frente al portal, me quedo quieta unos segundos y después subo poco a poco por la escalera para darme tiempo a reponerme. Respiro hondo y entro en casa, pero me mareo y me sujeto a la pared. Mario aparece por el pasillo un poco alterado, gritando y haciendo aspavientos con las manos.

–¿Se puede saber dónde estabas?! –Grita antes de llegar hasta a mí y quedarse plantado con los brazos en jarras–. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? –Me coge entonces de los brazos con preocupación y me ayuda a llegar al sofá del salón. Eso me da una idea para poder excusarme por mi ausencia.

–No... no me encuentro bien –digo tapando aún mi cara con las manos–.

La verdad es que llevo todo el día encontrándome mal... Siento si no he contestado tus llamadas, pero Raquel me hizo tumbar en su cama al verme así y he dormido unas horas... –Miento como una bellaca.

–¿No me habías dicho que tenías el móvil en silencio?

–Claro... lo tenía en silencio... entre eso y que estaba dormida... es imposible haberme enterado de que llamabas... –Me tumbo boca abajo en el sofá con la cara escondida, no quiero que me vea, estoy convencida de que verá mi cara de mentirosa en cuanto la destape.

–Vale... pues... descansa un poco y si vemos que no se te pasa te llevaré al hospital. –Me da un beso en la cabeza y sale del salón.

–Madre mía... –Suspiro aliviada cuando se marcha.

He tenido mucha suerte de salir airosa del aprieto, este mareo repentino me ha dado la excusa perfecta para que Mario no haga muchas preguntas sobre lo que he hecho durante el día. Y ahora que me paro a pensar sobre ello, ni yo puedo creerme lo que ha ocurrido.

Jamás habría pensado ser capaz de hacer algo así, engañar a mi marido con otro hombre es algo que nunca creí poder hacer. Primero porque va contra mis principios, siempre me he hartado de decir que antes que engañar a mi pareja cortarí la relación si las cosas no iban bien y mucho menos le engañaría si las cosas funcionaban. Y segundo porque yo he sufrido una infidelidad y no es algo que desee para nadie.

Sin embargo, me he acostado con Sergio, y aunque siento remordimientos por mi marido, no puedo decir que me arrepienta de lo que acabo de hacer.

No sé decir con exactitud si mi matrimonio con Mario va bien o mal o quizás es simplemente que yo me estoy volviendo demasiado exigente y ya no me basta con lo que me ha dado hasta ahora.

Si me paro a pensar, mi marido no ha sido nunca un hombre detallista, lo hace cuando las ocasiones así lo requieren, como en cumpleaños, navidades o

aniversarios, pero no es una persona a la que le nazca tener un detalle sin más motivo que una celebración.

También le cuesta mucho demostrar sus sentimientos y rara es la vez que me dice que me quiere, si estoy guapa cuando me arreglo y mucho menos si no lo hago. No entiendo por qué ahora siento la necesidad de que empiece a hacerlo.

En ocasiones pienso que es inseguridad. Que fuese capaz de hacer todas esas cosas con otra persona y que no lo haga conmigo, me hace creer que yo ya no le gusto. Me duermo dando vueltas a esos pensamientos.

Mario me despierta para la cena, me pregunta si me encuentro mejor y me levanta del sofá despacio, para que no vuelva a marearme. Me acompaña hasta la cocina y aparta la silla para que me siente sin dejar que lo ayude a nada. Pone un plato de sopa delante de mí y mi estómago gruñe ante el delicioso olor que inunda mis fosas nasales.

–Vaya, ¿no has comido en todo el día o qué?

–Pues... no... solo el desayuno y el almuerzo. –En ese momento recuerdo que no he comido después del trabajo. Sergio me ha llevado al hotel a medio día y ni él ni yo hemos pensado en la comida en ningún momento, pues estábamos comiéndonos el uno al otro.

–Tienes fiebre, estás poniéndote roja. –Toca mi frente cuando el color de mis mejillas se vuelve rojo por el recuerdo de esa tarde.

–Estoy bien, de verdad, no será nada –digo poniéndome a comer para no mirarlo a la cara.

–Voy a tener que hablar con Raquel seriamente...

–¿Qué? ¿Por qué? –Lo miro de repente y mi corazón se acelera. Raquel no sabe lo que he hecho y más me vale ponerla al corriente para que no meta la pata.

–¿Cómo que por qué? Ha debido llamarme de inmediato cuando te has puesto mal –Me señala molesto con el dedo–. Que sea la última vez que te pones enferma y no me avisa nadie, sobre todo tú.

–Vamos, deja a Raquel en paz. Ella quería llamarte, yo le he dicho que no te preocupara, solo fue un mareo... –Intento relajarme para no delatar mis nervios.

–Pues no has debido hacerlo y ella no tenía que hacerte caso –No parece demasiado enfadado pero sé que lo dice en serio.

–Ya te he dicho que lo siento, no volverá a ocurrir... –Le miro intentando poner cara de arrepentimiento.

–Sabes que solo me preocupo por ti.

–Lo sé, lo sé...

Terminamos de cenar conversando tranquilamente, cuando intento levantarme para ayudarle a retirar los platos vuelve a negarse e incluso me prepara una infusión. Insiste en que me quede sentada mientras él recoge y seguimos con la conversación.

Cuando termina sale dejándome unos minutos pensando todavía en lo ocurrido, pero cuando regresa me hace levantar y me lleva hasta el baño de invitados. No entiendo por qué me lleva allí hasta que me hace pasar y veo que ha llenado la bañera, le ha añadido unas sales y ha puesto velas aromáticas. Nuestro baño tiene ducha, así que no podía hacerlo en ese.

–¿Qué...? ¿Cuándo has preparado todo esto? –Lo miro incrédula.

–Bueno, tampoco ha sido muy difícil... –dice rascándose la cabeza y con media sonrisa–. He colocado las velas mientras dormías y la bañera no tarda mucho en llenarse... no lo has oído porque he cerrado la puerta mientras recogía.

–Vaya, gracias... la verdad es que me siento un poco cansada y me vendrá

bien un baño.

–Pues no se hable más. –Comienza a desnudarme y yo me dejo hacer.

No puedo creer lo que está haciendo, podría jugarme una mano y decir que en los diez años que estamos juntos jamás me ha preparado un baño y estoy segura de que no la perdería, pues, aunque mi memoria no es muy buena, las personas a las que nos gustan estos detalles no solemos olvidarlos. Me ayuda a entrar para que no resbale y deja toallas a mi alcance.

–Si necesitas ayuda con algo, llámame. –Y sale por la puerta dejándome en remojo en el agua caliente que me ha preparado.

En el momento que me quedo sola una punzada de culpa me atraviesa el pecho, mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas en segundos. Lloro en silencio sintiéndome la peor persona del mundo, por engañar a mi marido y por el daño que le voy a causar a Sergio con todo este lío. Lloro durante un buen rato intentando acallar mis hipidos, no quiero que Mario me oiga y venga a ver que me pasa, porque sé que entonces seré incapaz de no soltar todo lo que está ocurriendo y acabaré estallar una bomba que aún no estoy preparada para que detone. Si Mario se entera de lo que acabo de hacer no sé lo que pasará.

Cuando el agua ya está casi fría salgo de la bañera lavándome bien la cara para intentar que no se note que he llorado. Me envuelvo la toalla al cuerpo y salgo hacia el dormitorio. Paro en la cocina y bebo un vaso de agua para serenarme y respiro profundamente antes de entrar al dormitorio. Mario ya está tumbado en la cama viendo la televisión y encuentro mi pijama preparado a los pies de la misma. Le sonrío levemente y entro en nuestro aseo para secar y peinar mi pelo. Cuando he terminado salgo, me pongo el pijama y me meto en la cama junto a Mario, que no deja de mirarme sonriente.

–¿Qué tal te ha sentado? ¿Te encuentras mejor? –pregunta acercándose a mí y dándome un beso.

–Sí... estoy mejor –respondo sin apenas mirarlo a la cara y me acurruco bajo las sábanas.

–Mi niña... ven aquí conmigo –Se acerca por mi espalda y me abraza–. Mi chica está malita y tengo que cuidarla.

Suspiro y cierro los ojos intentando que las lágrimas que vuelven a agolparse en mis ojos no logren su objetivo. Me quedo dormida entre sus brazos mientras me rodea y acaricia lentamente.

A la mañana siguiente estoy en mi puesto de trabajo tan puntual como siempre, e igual de puntual es el mensaje de buenos días de Sergio:

“Buenos días, preciosa. Espero que tu día de trabajo no sea muy duro. He soñado contigo esta noche, pero nada se podía comparar con el momento tan maravilloso que pasé ayer contigo.”

Sonríó embobada mientras leo el mensaje como tres o cuatro veces seguidas hasta que respondo:

“Buenos días, gracias por los ánimos, yo también espero que tengas un buen día. Ayer fue un día especial, me gustó pasarlo contigo. Un beso, hablamos.”

He dudado unos instantes antes de enviarlo, no sé cómo contestar, pues no puedo decir que no me gustara el encuentro del ayer, pero tampoco quiero parecer demasiado emocionada o insinuar que estoy deseando repetirlo. No me arrepiento de lo ocurrido, pero... ¿y si acabo de cometer un error?, ¿y si elijo acabar con mi matrimonio y después Sergio no es lo que parece ser? Tengo muchas dudas y no quiero dar demasiadas esperanzas a Sergio.

Nos enviamos algún otro mensaje durante la mañana, él siempre diciéndome cosas muy bonitas, yo respondiendo con más cautela. A la hora del almuerzo hablamos por teléfono y como ya me esperaba se deshace en halagos sobre mí y sobre nuestro encuentro.

Yo no sé qué decir, mi cara es la de una adolescente enamorada por primera vez, mi corazón retumba como loco en mi pecho y mi mente me dice al

mismo tiempo que esto no está bien, estoy hecha un completo lío.

Antes de marcharme a casa escribo a Sergio de nuevo para avisarle.

“Me voy a casa, no escribas sin que yo lo haga antes, por si acaso. Hasta el lunes, a no ser que tenga algún momento a solas en casa para hablar.”

Sergio responde enseguida:

“Por favor, no desaparezcas como esta semana. Te echaré mucho de menos. Un beso, te quiero.”

Te quiero... no sé si puedo decir lo mismo... claro que siento cosas por él, me atrae como nadie desde hace mucho tiempo y me vuelve loca con cada una de las palabras que me dedica, pero... ¿es eso suficiente para poder decir lo mismo?

Salgo sin responder el último mensaje y como Mario no llegará hasta las tres de la tarde, me dirijo a casa de Raquel sin llamar. Aunque no esté en casa, al menos daré un paseo, necesito hablar con ella sobre lo que ha pasado, no tengo a nadie más para estas cosas.

Toco al timbre y solo tarda unos segundos en contestar.

–¿Quién es? –Suena su voz por el interfono.

–Soy Eva, ¿puedo subir?

–¡Eso no se pregunta!

Abre y subo hasta su piso, en el que ya me espera con la puerta de casa abierta, como es su costumbre.

–¿Te has perdido? –pregunta divertida nada más entrar.

–Ojalá me perdiera... –Suspiro sentándome en la isla de la cocina, donde siempre tenemos nuestras reuniones.

–A ver, ¿Qué te pasa ahora? ¿Has vuelto a ver a ese chico?

–Sí... lo he visto... y muy bien visto... –digo tapándome la cara con las manos para ocultar el rubor de mis mejillas.

–Espera, espera... ¿Qué quiere decir eso de “muy bien visto”? –dice con los ojos abiertos de par en par.

–Quiere decir que lo he visto como su madre lo trajo al mundo...

–¿Y se puede saber qué clase de situación se ha dado para que tengas esa visión del muchacho? –Pone los brazos en jarras y apoya su trasero en la encimera esperando la respuesta.

–Me... he acostado con él... –digo despacio y casi inaudiblemente.

–¿Cómo?

–Que... –Carraspeo antes de repetirlo–, me he acostado con él...

–¡¡¿Qué?!! –Chilla tan fuerte que me hace dar un bote en mi asiento y me mira con cara de incredulidad–. Pero... ¿Cómo...? ¿Cuándo...? ¡¿Por qué...?! – Hace aspavientos con las manos y me mira fijamente.

Su mirada no es de reproche, sé que no cuestionaría mis actos de esa forma, por muy en desacuerdo que esté con lo que acabo de hacer jamás me juzgaría. Le cuento como ha ocurrido, sin detalles íntimos por supuesto, y ella hace preguntas sobre lo que yo siento al respecto.

–¿Vas a dejar a Mario entonces? –Su pregunta hace que mis ojos se humedezcan.

–No lo sé... estoy muy confundida Raquel... no sé qué es lo que estoy haciendo y como va a acabar... –Seco las primeras lágrimas que se atreven a caer de mis ojos antes de que mojen mis mejillas.

–Tienes que aclararte antes de que esto te explote en la cara –dice mientras vuelve a llenar mi taza de café por segunda vez.

–Lo sé... pero no sé qué hacer. Con Mario no puedo decir que las cosas sean horribles... aunque me gustaría que cambiaran un par de cosas, él y yo estamos bien –Tomo un sorbo del negro líquido.

–¿Él y tú? ¿O él está mejor que tú? –pregunta con un poco de guasa–. Según tus últimas visitas, Mario no hace más que ignorarte y siempre vienes triste porque no sabes que hacer ya con él...

–Sí pero... no sé... me fastidian muchas cosas pero... –Balbuceo sin acabar ninguna frase con sentido, ¿estamos bien o eso es lo que yo quiero creer?

–Eva, no te engañes a ti misma, no pongas excusas para no hacer lo que deseas. –Hace una pausa y suspira antes de continuar–. Si lo que deseas es romper con Mario no tienes por qué hacerlo solo por estar con otra persona. Si no te convence lo que pueda pasar con Sergio, hazlo simplemente por ti.

–Pero yo amo a Mario... No sé qué haría con mi vida si me divorciase. Nunca me he visto si él –digo con pesar.

–¡Vaya chorrada! –Ríe tras mi comentario–. Pues harías lo que hace cualquier mujer sola hoy en día, vivir tu vida sin dar explicaciones a nadie.

–Sí, eso lo sé... pero yo no me veo sola... necesito la compañía de alguien en mi vida y la verdad... nunca pensé que ese alguien pudiera no ser Mario.

–Mario, Sergio... ¿Qué más da? Lo importante es que tú seas feliz. Sabes que quiero mucho a tu marido, pero chica, a mí la que me importa realmente eres tú y si tú no eres feliz... –Niega ligeramente con la cabeza mientras aprieta los labios.

–¿Qué crees que debería hacer...? –Apoyo la cabeza sobre mi mano con el codo en la isla de la cocina mientras con la otra remuevo el café sin parar.

–No voy a decirte que dejes a Mario, porque si luego te arrepientes no quiero que me echas la culpa a mí. –Ríe suavemente–. Solo te diré que tienes que meditar muy bien lo que quieres, porque una vez que tomes la decisión y actúes sobre ella, tendrás que asumir las consecuencias.

Capítulo 15

Cuando salgo de casa de Raquel estoy más confundida que antes. ¿Qué coño voy a hacer?, ¿quiero de verdad divorciarme?, si lo hago, ¿será para iniciar una relación con Sergio? Lo que es seguro es que me cuesta mucho alejarme de él, de lo que me hace sentir.

Ha tenido numerosos detalles conmigo. Son cosas que para muchas personas pueden resultar cursis o tontas, pero que a mí me encantan. Dedicarme canciones que me envía a través de whatsapp, imágenes con frases bonitas o los mensajes de buenos días que me escribe a diario, llenos de ternura.

Cosas que pueden parecer insignificantes, pero que te alegran el día y te demuestran que estás en el pensamiento de alguien, que se preocupa por hacerte sonreír y lo consigue con cosas pequeñas, pero que significan mucho. Es algo que Mario no hace desde hace años, pero maldita sea, yo quiero a ese hombre con sus defectos y todo...

Llego a casa y mientras suelto la bolsa de la comida que he comprado de camino Mario me recibe con una sonrisa y un abrazo con el que me levanta del suelo y me da una vuelta en el aire. Me quedo impactada por su efusividad y lo miro entornando los ojos.

–¿Pasa algo que deba saber? –pregunto totalmente intrigada por esa alegría repentina.

–¿Qué pasa? ¿No puedo abrazar a mi mujer cuando llega a casa? –dice sonriendo aún más.

–Estás muy raro... no es normal en ti recibirme de esa forma –Sonrío también mientras dejo mi bolso.

–No hay quien os entienda, ¡mujeres! –Levanta las manos de manera teatral–. Queréis que os hagamos más caso y cuando nos preocupamos por complaceros ¡os quejáis!

–No, no... si yo no me quejo. Me encanta que estés tan cariñoso –Me acerco de nuevo a él y me cojo de su cuello.

–¿Por qué has tardado tanto? Tengo hambre y no hay nada de comer. –Me da un suave beso en los labios y me aprieta contra él por la cintura.

–Sí... sí que hay... he... he traído algo... de... de camino... –Señalo la bolsa de compra que he dejado en el suelo, pero empiezo a flaquear cuando sus labios se van desplazando por mi cuello y lo mordisquea.

Mi piel comienza a erizarse y de mi boca se escapan suaves gemidos. Las manos de Mario acarician mi espalda y bajan hasta mis posaderas, donde se agarra con fuerza. Comienza a caminar de espaldas sin soltarme de su agarre, haciendo que tenga que seguirlo intentando no tropezarme con sus pies. Lame mi cuello con la punta de su lengua llegando hasta mi oreja, atrapa el lóbulo entre sus dientes y después lo chupa. Me arrastra hasta el dormitorio y una vez allí comienza a desnudarme sin dejar de besarme.

En esta ocasión sus movimientos son suaves, pero sin perder esa seguridad que ha adquirido en los últimos dos encuentros. No es que anteriormente fuese torpe, pero no mostraba tanto interés en excitarme tanto. Sin embargo, las últimas veces me ha hecho llegar hasta casi el límite para ya entonces penetrarme y llegar juntos al clímax.

Una vez me tiene desnuda me empuja con suavidad hasta el borde de la cama haciéndome tumbar en ella y me deja allí procediendo a desnudarse él. Se tumba sobre mí apoyando el peso de su cuerpo sobre los antebrazos y vuelve a besarme con vehemencia.

–Primero voy a comerte a ti –Besa mis labios, mi rostro y mi cuello–. Después ya comeremos lo sea.

Separa mis piernas y las levanta, introduce la mano entre el hueco que dejan nuestros cuerpos, separados por tan solo unos centímetros, y acaricia mi clítoris impregnando sus dedos en la humedad de mi sexo. Su miembro se pone duro, aunque nos separan esos centímetros, roza el interior de mi muslo y su

erección se me clava en la ingle. Atrapo su mano y me la llevo a la boca, chupando mis propios jugos de sus dedos.

–Joder... nunca habías hecho eso... –Sus ojos, ahora con una mirada lujuriosa, se clavan en mi boca mientras su miembro lo hace con más ímpetu en mi ingle.

Muevo mis caderas colocando la punta de su sexo en mi abertura, me agarro con fuerza a su cintura rodeándolo con mis piernas, haciendo que me penetre de golpe. Inicia un vaivén enérgico embistiéndome con fuerza, noto su duro miembro acariciar mis paredes y mi vientre se contrae por el placer que me provoca. Jadeo y me agarro con fuerza a sus brazos mientras él se dedica a lamer y mordisquear mis pezones.

Esas corrientes que recorren mi cuerpo hacen que mi vientre vibre y mi cuerpo entra en erupción. Mario empuja con más fuerza, haciendo que la fricción de nuestros cuerpos aumente nuestro calor. Y como si estuviésemos sincronizados nuestros jadeos aumentan con el ritmo de sus embestidas, nuestros cuerpos tiemblan y nuestros orgasmos llegan a la par, dejándonos exhaustos sobre la cama.

Después de reponernos de este polvo exprés y ponerme cómoda, recojo la bolsa de la compra que había quedado abandonada en la entrada. Mientras Mario prepara los platos y pone el resto de la mesa yo sirvo el pollo asado que he comprado. Comemos charlando hasta que Mario cambia de tema.

–Hay algo que quería comentarte... –dice introduciendo otro pedazo de pollo a la boca y haciéndome esperar mientras mastica–. Van a hacer un curso sobre un nuevo tratamiento y quieren que todos los enfermeros del centro lo hagan.

–Es genial, siempre te ha gustado aprender cosas nuevas sobre tu trabajo – digo sonriendo al ver la emoción de su rostro.

–Sí, es estupendo. –Aparta un poco la mirada y me parece que pone cara de preocupación–. Lo que pasa es que es en Barcelona, son solo unos días, pero tendré que estar fuera y no me hace gracia dejarte sola...

–Vamos Mario, soy bastante mayorcita para cuidarme –Río ante su comentario, ¡ni que fuera una niña pequeña!

–Ya sé que eres mayorcita, pero... no sé... esos mareos del otro día...

–No te preocupes por eso, seguramente fue por no haber comido bien – digo restándole importancia para tranquilizarlo—. ¿Cuándo es ese curso?

–Tendré que irme el lunes por la mañana, el curso empieza el martes. –Me mira con algo de pesar.

–Mario, no te preocupes por mí, no me va a pasar nada y además, Raquel vive cerca y si me encuentro sola puedo pasar tiempo con ella. ¿Y cuándo regresas?

–El miércoles de la semana siguiente.

Vaya, nunca he pasado tantos días sin Mario, uno o dos como mucho, pero nunca una semana entera y esta vez van a ser nueve días enteros sin verlo.

–Bueno... sabré arreglármelas. Entre el trabajo y visitas a Raquel la semana se pasará volando, ya lo verás. –Vuelvo a sonreír para tranquilizar a Mario, se le ve nervioso por tener que dejarme tantos días en casa.

–Está bien, estuve a punto de decir que yo no iría, pero es importante para mi trabajo, así que me quedo tranquilo. –Relaja un poco el gesto serio de su cara y sonrío.

Para mi sorpresa, después de la comida Mario me propone salir a tomar el café fuera de casa. Sé que le gusta hacer la siesta, así que me sorprende bastante que se la salte para pasar un rato conmigo. Acepto la propuesta con gusto, pues me encanta el café y conocemos un lugar en el que preparan uno delicioso, además de tener riquísimos pastelitos y deliciosos *cupcakes* de esos que tan de moda están ahora. Me encantan ese tipo de dulces, siempre pienso que podría prepararlos yo misma en casa, pero soy demasiado

perezosa para la cocina y esa idea se queda ahí, siendo simplemente una idea que nunca llevo a cabo.

Tomamos café y elegimos una variedad de pastelitos para acompañar. Charlamos durante un rato y luego salimos a dar un paseo. Llegamos hasta el parque La Granja, una gran zona de ocio a las afueras de la ciudad donde la gente se reúne para dar un paseo, organizar meriendas sobre el césped o hacer deporte. Es un lugar lleno de árboles, césped verde allá por donde mires y un campo de fútbol para los jóvenes. Nos sentamos sobre el césped en una zona que encontramos bastante despejada y Mario saca el móvil del bolsillo.

–Vamos a hacer unas fotografías –Se coloca delante y encara hacia mí su móvil–. Vamos, sonrío un poquito.

–Mario... –Me tapo la cara con las manos–, sabes que no me gusta que me saquen fotos.

–Pero si estás preciosa, venga, quita las manos. –Aparta las manos de mi cara y empieza a hacer fotografías.

–Ni siquiera estás enfocando bien –digo entre risas intentando apartarme de su objetivo– van a salir todas movidas y borrosas.

–Así saldrás más natural. –Ríe como un niño y me contagia con su alegría.

Empiezo a poner poses, caras raras y morritos mientras no puedo dejar de reírme con ganas. Mario se acerca y dispara un par de veces mientras se coloca junto a mí, sonrío o me da un beso en la mejilla. Después se queda quieto cerca de mi cara, pensando que está preparándose para hacer otra fotografía me quedo esperando el sonido del disparo. Al ver que no llega me giro para mirarlo, momento que aprovecha para besarme en los labios y presionar el botón. Separa un poco el rostro y sonrío, yo hago lo mismo y vuelve a disparar.

Deja el teléfono de nuevo en su bolsillo sin apartar la mirada de mis ojos para después llevar sus manos a mis mejillas y besarme de nuevo. Lo hace con suavidad, posa su frente sobre la mía y suspira.

–Te quiero... –dice sin soltar mi rostro–. Siento tanto haber sido tan gilipollas... sé que mereces mucho más por aguantarme.

–Yo también te quiero... –Suelto el aire que había empezado a contener cuando he escuchado las dos primeras palabras, hace tanto tiempo que no me las decía así sin más...

–Lo sé y la verdad es que no sé por qué después de todo lo que te hago – dice separando nuestros rostros y mirándome a los ojos–. Pero estoy agradecido de que así sea, no dejes de hacerlo nunca, por favor...

Me quedo mirándolo embelesada, hacía muchísimo tiempo que Mario no me dedicaba palabras con tanto amor y estoy guardando cada una de ellas en mi memoria. Cierro los ojos con fuerza y me aferro a sus muñecas, de mis ojos comienzan a brotar lágrimas sin control y no sé explicar si son de felicidad por ese momento, o de culpa por haberle sido infiel tan solo veinticuatro horas antes.

–¿Por qué lloras? ¿He dicho algo malo? –Me mira con preocupación.

–No... todo lo que has dicho es muy bonito –digo sorbiendo por la nariz los mocos que empiezan a caerme por la llorera.

–Entonces, es de alegría –dice más como una afirmación. Asiento con la cabeza, aunque yo no estoy muy convencida.

–Sí. –Respondo después de un rato–. Es que hacía mucho que no me decías nada parecido.

–Y lo siento mucho, de verdad, sé lo importante que es para ti y no lo hago nunca –Vuelve a besarme con suavidad–. Te prometo que me voy a esforzar por demostrártelo más a menudo.

Asiento de nuevo y sonrío agradeciéndole su promesa, aunque no estoy segura de si la va a cumplir, pues son muchas las veces que ha cambiado un poco su actitud y me ha tratado con más cariño, pero son también las mismas

que ha terminado por cansarse y volver a la misma pasividad de siempre.

Pasamos un fin de semana increíble, como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos. Cenamos esa misma noche fuera de casa y el sábado después de cenar Mario me propuso salir a tomar una copa. Acepté gustosamente, pues hacía mucho que no salíamos un sábado a despejarnos.

Tomamos un par de copas y bailamos un rato, bueno, mejor dicho, yo bailé un rato, pues él no es que sea muy dado a menear el esqueleto y pasó la mayor parte del tiempo parado junto a la barra. El domingo nos levantamos tarde, comimos algo rápido en casa y volvimos a tomar café en la misma cafetería donde pasamos la tarde del viernes. El resto del día lo pasamos tranquilamente en el sofá de casa, viendo alguna película y charlando hasta la hora de la cena.

Me hubiese encantado que el fin de semana se alargara un poco más, lo he pasado muy bien con Mario y hemos hecho muchas cosas juntos después de pasar años de aburrida y pesada rutina. Vale que los dos trabajamos mucho y el fin de semana son los únicos días que tenemos para descansar, pero también son los únicos que tenemos para poder pasar horas juntos y dedicarlos a nuestro matrimonio y este había sido un fin de semana para nosotros solos.

Sin embargo, si bien lo he pasado estupendamente con Mario, también he pensado mucho en Sergio. No dejaba de pensar que tenía que hablar con él, tengo que terminar con todo esto intentando no hacerle demasiado daño. Sabía que estoy casada cuando todo empezó, sabe que esto es una locura y que si yo decido no acabar con mi matrimonio él se verá afectado con mi elección.

Sé que siento cosas por él, no puedo negarlo cuando con un simple mensaje se ilumina mi mirada y se amplía mi sonrisa. Pero sé que también quiero a Mario y que después de tantos años y de haber superado una crisis tan grande no puedo echar por la borda todo por un sentimiento que acaba de nacer y que no sé a dónde puede llegar.

Capítulo 16

El lunes por la mañana nos despedimos haciendo el amor. Hora y media antes de que sonara el despertador no podíamos dormir ninguno, y tras empezar haciéndome cosquillas hemos terminado teniendo sexo.

Salgo de casa con tiempo de tomar un café antes de llegar a la agencia y mientras espero que me lo sirvan envío un mensaje a Sergio, pues tenemos que hablar. Al contrario de lo que pensaba por los nervios que siento por la conversación que tendré con Sergio, mi mañana de trabajo pasa bastante rápida. Le he pedido que me espere en la cafetería de la otra vez y hacia allí me dirijo cuando salgo del trabajo.

Al llegar lo veo desde la calle sentado en el interior del local, respiro hondo y me coloco el pelo tras las orejas con nerviosismo antes de entrar

–¡Eva! –Se levanta de la mesa y me da un abrazo–. ¿Estás bien? Te veo muy seria –dice al tenerme de frente.

–Necesito que hablemos, pero aquí... no sé si es el mejor sitio...

–Podemos ir donde quieras, solo tienes que decirlo.

–Quisiera que habláramos en algún lugar más privado, me da igual donde sea, pero que estemos solos.

–¿Quieres tomar algo antes de irnos? –pregunta girándose para llamar a la camarera.

–No, preferiría que habláramos lo antes posible. –Niego a su invitación.

–De acuerdo, vamos entonces.

Conduce fuera de la ciudad y el viaje lo hacemos en completo silencio, yo pensando en las palabras con las que expresar lo que tengo que decirle, aunque lo más seguro es que después no me salga ninguna.

Llegamos al hotel, entramos a recepción y el recepcionista le entrega la llave de la *suite*. Empiezo a ponerme nerviosa, quería privacidad, pero ahora mismo no creo que esa habitación sea el mejor lugar para tener una conversación a solas.

Una vez arriba abre la puerta, me cede el paso colocando su mano sobre la zona baja de mi espalda y otra vez ese escalofrío me recorre con la cercanía de su cuerpo. Dejo mi bolso sobre la mesa y me dirijo a la puerta de la terraza, donde me quedo mirando hacia el exterior ese paisaje increíblemente verde que se extiende alrededor del hotel.

–¿Vas a decirme que ocurre? –dice con voz calmada mientras me quita la chaquetilla que llevo puesta, pues estamos ya a veintitrés de octubre y empieza a hacer algo de fresco.

–No podemos continuar con esto... –digo sin apartar la vista de una casita blanca que se puede ver a lo lejos–. Yo quiero a Mario, quiero estar con él y lo que estoy haciendo solo va a complicarme la vida.

–Eva, dame una oportunidad, sé que puedo hacerte mil veces más feliz de lo que él te hace. –Pone su mano sobre mi brazo y hace una ligera presión.

–Y no lo pongo en duda, de verdad. Todo lo que haces cada día me hace feliz... pero...

–Por favor... déjame demostrártelo. –Corta mis palabras haciéndome girar despacio y encararlo.

–Sergio no me lo pongas más difícil... no quiero hacerte daño, pero no puedo continuar así, lo estoy pasando muy mal –Mis ojos comienzan a inundarse de lágrimas.

–No llores... por favor, no llores –Me abraza rodeándome y acariciando mi pelo.

–No puedo seguir así, fingiendo normalidad en mi casa, pasando el día con

mi marido como si no ocurriera nada y luego comportarme contigo como si no existiera él. –Sollozo contra su pecho.

–Joder... no quiero que sufras, no quiero que estés así... –Besa mi pelo y me aprieta más contra él.

Lloro unos minutos hasta que logro recomponerme, Sergio me lleva de la mano hasta el sofá y me hace sentar. Entra en la habitación contigua y descuelga el teléfono de la mesilla, diciendo a su interlocutor algo que no llego a entender desde mi posición. Vuelve al salón de la *suite* y se sienta a mi lado, coge mis manos entre las suyas y acaricia el dorso de las mismas.

–Eva, no quiero que lo pases mal por mi culpa y tampoco quiero que hagas nada que no desees –dice con la vista fija en nuestras manos.

–No he hecho nada que no haya querido hacer.

–Eso me alegra, temía que te hubieses sentido presionada de alguna forma el otro día. –Me mira levantando ligeramente los ojos–. Me daba miedo que después de dejarte en casa ya no quisieras verme.

–Lo que pasó el otro día fue totalmente voluntario, no me presionaste de ninguna forma, no tienes que temer por eso. –Lo miro a los ojos y aprieto sus manos intentando calmar su preocupación.

–Pero... ya no quieres volver a verme... –Sus ojos destilan tristeza y mi corazón se encoge ante su mirada.

–Yo... Sergio... –Resoplo y soltándome de sus manos me tapo la cara–. No sabes lo dura que se me está haciendo esta situación –Muevo mi cabeza de un lado a otro.

–Puedo imaginarlo, pero es que no quiero que me alejes de ti, Eva... yo... –Coge mis manos y las aparta de mi cara para mirarme a los ojos– me... me he enamorado de ti.

Dejo de respirar, mis pulsaciones se aceleran y mis ojos se abren de par

en par. Me había dicho que le gustaba, pero estar enamorado son palabras mayores. No puede ser, yo no pretendía que eso pasara, no creo haber hecho nada especial para que eso ocurra...

Él si se ha comportado de manera que cualquier mujer caería rendida a sus pies, es atento, cariñoso, detallista. Un hombre que consigue tenerte con una sonrisa todo el día con solo unos mensajes, haciéndote sentir inteligente, hermosa, importante...

Empiezo a marearme de nuevo, Sergio toca mi rostro y me mira con preocupación. Me falta el aire, lo tomo de golpe y me llevo las manos a la frente.

–¡Eva! ¿Estás bien? Joder... –Se levanta del sofá y coge su móvil.

–Estoy bien, estoy bien... –Intento volver a respirar con normalidad.

–Voy a llamar a una ambulancia –dice tocando la pantalla de su teléfono con nerviosismo.

–Que exagerado eres... estoy bien, de verdad –Me pongo en pie y le quito el teléfono de las manos–. No hace falta que llames a una ambulancia.

–No me hagas esto otra vez, ¿de verdad estás bien? –coge mi cara entre sus manos y me mira con inquietud.

Asiento con una pequeña sonrisa, miro sus ojos y veo tanta ansiedad en ellos que me conmueve. Está realmente preocupado por mí y eso me hace encoger un poquito más el corazón por estar causándole ese dolor.

Estamos muy cerca el uno del otro, sus manos siguen en mis mejillas y las mías empiezan a desplazarse hacia su torso. Su rostro se acerca al mío y mis ojos se cierran esperando su beso cuando suenan unos golpes en la puerta y los dos damos un respingo. Me suelta con desgana y va a abrir.

–He pedido algo de comida y unas infusiones, no has comido nada después del trabajo –dice cuando la camarera entra con el carro transportando unas

bandejas.

–Gracias.

La camarera coloca las bandejas de comida y la tetera sobre la mesa y sale tan silenciosa como ha entrado. Sergio aparta una de las sillas y me ofrece el asiento caballerosamente. Picoteo un poco de todo, me preparo una tila y la tomo despacio, todo bajo la atenta mirada de Sergio, que ha tomado asiento a mi derecha.

–¿Tú no comes nada? –pregunto.

–Ya he comido antes de recogerte, me gusta comer pronto –responde con una sonrisa–. Y me gusta verte comer –añade.

–¿Y eso por qué? –digo riendo por su comentario.

–Estás preciosa mientras comes. –Apoya el codo sobre la mesa y el mentón sobre la palma de la mano sin dejar de mirarme.

–Eres un pelota... seguro que se lo dices a todas las chicas a las que te traes aquí –digo intentando no mirarlo a la cara y disimular mi sonrojo.

–Por aquí han pasado varias chicas, no voy a negarlo...

Mi sonrisa se esfuma por unos instantes, solo es un segundo, pero él lo nota y yo no sé el porqué de mi repentina punzada de celos. No tengo derecho a ponerme celosa, él no es mío y yo estoy casada, es más, he quedado con él para romper esta relación, si es que se le puede llamar así. Lo miro de soslayo y veo como su sonrisa se amplía aún más.

–¿De qué te ríes tanto? –pregunto.

–¿Te has puesto celosa? –responde entre risas.

–¿Yo? Para nada... –Miento.

–Tu cara no decía lo mismo. –Insiste muerto de risa.

–Eres idiota, ¡yo no estoy celosa! –Me levanto de la silla, más enfadada conmigo misma por haber sentido celos, que con él por haberlo notado.

–Vamos, no te enfades conmigo –Me sigue y coge mi mano, tira de ella y hace que me dé la vuelta–. No me gusta verte enfadada. –Acaricia mi mejilla con los nudillos.

–No estoy enfadada contigo... –Lo miro a los ojos, que sonrían, aunque su boca se cierra en un gesto serio.

–Supongo que tendrás que marcharte, tu... te estará esperando...–dice acortando la distancia que separa nuestros cuerpos.

“Miente”, pienso, “miente y di que tienes que irte, di que tienes que volver y acaba con esto de una vez”.

–No... la verdad es que no... –digo con la mirada perdida en sus ojos–. Mario está de viaje...

“¿Qué? ¿Te has vuelto loca?” me reprendo a mi misma, así no conseguiré que esto termine, se alargará y terminar con él acabará siendo peor todavía.

–Y... ¿puedo saber cuándo vuelve? –Sonríe de nuevo y coloca mi pelo tras la oreja.

“¡Mañana! Dile que vuelve mañana”.

–En una semana... –He perdido la cabeza.

–Así que... durante toda la semana vas a estar sola... –Sus dedos continúan rozando mi mejilla.

–Sí... –Suelto el aire en un suspiro y cierro los ojos al tiempo que busco su mano libre para acariciarla.

Al notar el contacto de mis dedos sobre los suyos los entrelaza y su boca se desliza sobre la mía mientras atrae mi rostro sujetando mi nuca.

Me besa con dulzura, acariciando mis labios con los suyos en una danza lenta que casi me vuelve loca. Se desplaza a mi cintura donde se aferra con fuerza. Intensificando nuestro beso introduce su lengua e inunda mi boca, estas bailan y sus manos me rodean ahora hasta posarse en mi trasero.

Rodeo su cuello, mis manos se enredan en su pelo y mis pies buscan anular por completo los escasos milímetros que nos separan, poniéndome de puntillas y pegándome por completo a su cuerpo.

Me es imposible no desear que recorra mi cuerpo, que su boca me riegue de besos por todas partes y tenerlo tan cerca de mí que parezcamos uno solo. Está mal, sé que está mal, que no debería estar pasado, tendría que haberme marchado antes de que esto acabara de este modo, pero le deseo, deseo sus besos y sus caricias.

–Sergio... –susurro cuando su boca se despega de la mía.

–Eva... no me pidas que me aleje, por favor... –Su boca recorre ahora mi cuello.

–Sergio... yo... –Mi cabeza me pide que pare todo esto, pero mi corazón anula por completo a la razón–, te deseo... –digo mientras unas lágrimas traicioneras escapan de mis ojos.

–Yo también Eva, te deseo como nunca había deseado nada en mi vida – Se separa un poco de mí y seca mis lágrimas–. Deseo hacerte feliz.

Roza mis labios con los suyos tan ligeramente que apenas lo noto, dejándome con ganas de más. Atrapa mi rostro suavemente entre sus manos y las mías se posan en su pecho, su corazón late deprisa, acompañando al ritmo acelerado del mío.

–Eres tan bonita –murmura a pocos centímetros de mi boca haciéndome sonreír–. Me encanta tu sonrisa.

Cuando está a punto de besarme de nuevo mi móvil comienza a sonar en el interior de mi bolso, intento separarme de Sergio y contestar pero no me lo permite.

–Tengo que ver quien es –Insisto en separarme y vuelve a impedírmelo.

–No contestes, deja que suene. –Me pide sin dejar de sonreírme.

–Podría ser mi...

–Shhh... –Me corta antes de que diga esa palabra que tan poco le gusta.

–Si es él se preocupará, tengo que contestar y dejarlo tranquilo –digo volviendo a separarme y esta vez me lo permite.

Alcanzo mi bolso y busco el móvil, en la pantalla aparece el nombre de Mario y contesto antes de que la llamada se corte.

–Hola, ¿has llegado a Barcelona? –pregunto intentando aparentar normalidad.

–Hola cielo, sí, ya hemos llegado. –Me informa–. Acabo de dejar la maleta en la habitación del hotel.

–Que bien, ¿es bonito?

–No está mal, me ha tocado una de las habitaciones individuales así que dormiré solo –dice con voz alegre.

–Mejor, pobre del que le hubiese tocado contigo, con los ronquidos que pegas. –Río mientras miro de reojo a Sergio, que se ha quedado plantado en mitad del salón y me mira con gesto serio.

–No seas mala conmigo. –Ríe con mi broma–. Bueno, solo llamaba para avisarte de que hemos llegado bien, tú cuídate y no te quedes en casa si puedes evitarlo, no quiero que vuelvas a marearte y te pille sola –me pide

preocupado.

–Claro, no te preocupes, no me quedaré sola. –Mis ojos se desvían de la mirada de Sergio, que por un momento me han emitido un destello de esperanza.

–Vale, dile a Raquel que te cuide bien o se las verá conmigo cuando llegue. –Vuelve a reír–. Un beso cielo, te llamo mañana en cuanto pueda, te quiero.

–Y yo a ti, hasta mañana.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a guardarlo en el bolso, me quedo de espaldas a Sergio, apoyada en el borde de la mesa y respiro hondo. Sé lo que tengo que hacer ahora y sé que no le va a gustar lo que voy a pedirle. Me doy la vuelta y empiezo a hablar.

–Serg...

Y mis palabras mueren en sus labios, pues se ha acercado hasta a mí mientras estaba de espaldas, me ha cogido por sorpresa y ahora me besa con fuerza mientras se aferra a mi cintura. Inunda mi boca con su lengua, acaricia la mía y sus manos se cuelan bajo mi camisa acariciando la piel de mi cintura y mi espalda.

Me sujeto a la mesa contra la que me ha acorralado, sé que ha adivinado lo que pasaba por mi cabeza cuando he colgado, sabía perfectamente lo que iba a pedirle y sé que no va a rendirse fácilmente.

Al principio me resisto, pongo mis manos sobre su pecho presionando para intentar apartarlo de mí, pero... ¿sinceramente?, no quiero que su boca se separe de la mía, así que finalmente termino por rendirme, me aferro a su camiseta y tiro de ella acercándolo a mi cuerpo.

Cuando nota mi disposición sus manos dejan de sujetar mi cintura y buscan el cierre de mi pantalón, desabrochándolo rápidamente y haciéndolo bajar junto a mi ropa interior. Levanto su camiseta y alza los brazos haciéndome más

fácil quitársela, la tiro al suelo y su boca busca de nuevo el contacto con la mía.

Abre mi camisa e imita mi gesto, lanzándola al suelo una vez me ha librado de ella. Llevando sus manos a mis nalgas me levanta y posa mi trasero en la mesa, fría en contraste con el calor que emana de mi cuerpo. Me desnuda con agilidad y se libera de la ropa restante en cuestión de segundos, quedando los dos completamente desnudos.

Rodeo su cuello con mis brazos y su cintura con mis piernas, mi boca se une a la suya, buceando nuestras lenguas una en el interior de la otra. Su erección se clava mi vientre, agarra mis nalgas y me coloca suavemente en el borde.

Acaricia mi espalda, recorriendo con la yema de sus dedos la piel que va erizándose tras su roce, hasta llegar de nuevo a mis nalgas, mis muslos y mis rodillas. Pasa las manos por debajo de estas haciendo que mis piernas se abran un poco más, con lo que consigue fácilmente acceder a mi sexo y penetrarme con cuidado.

Puedo sentir todo su miembro en mi interior y el placer es máximo. Me aferro a su cuello y siento sus manos asiéndose con fuerza a mis posaderas, sus embestidas son cada vez más intensas y profundas. Jadeo contra su boca y me aparto un poco intentando coger aire, pero solo consigo que mi garganta emita un sonoro quejido de placer que le enciende aún más.

Aumenta sus embestidas y gruñe contra mi cuello, alternando besos y mordiscos, respirando con dificultad entre uno y otro. Estoy a punto de llegar al orgasmo, mi vientre se contrae con el placer que me está provocando el roce de su cuerpo, sus besos y su aliento cálido en mi cuello. Me tiemblan las piernas, mis manos se tensan y arañan su espalda provocando que gruña más fuerte y apriete aún más mi culo. Mi cuerpo responde y un placentero orgasmo me hace gemir y gritar.

–Ahhh ¡Sergio! –Intento contener el volumen de mi voz, pero me es casi imposible.

–Eva... –Gruñe de nuevo junto a mi cuello poniendo mi piel de gallina mientras palpita dentro de mí.

–Sergio, yo... –“No lo digas... no lo pienses siquiera Eva, no está bien” –, Sergio... –Mis emociones me traicionan y las lágrimas brotan de mis ojos.

–Dímelo, por favor... –Suplica Sergio abrazándome y apretándome contra él.

–No puedo... –Sollozo contra su pecho—. No debo...

–No pienses Eva, solo siente. –Acaricia mi pelo.

Levanto mi rostro, lo miro a los ojos y veo como destilan cariño, calidez, amor. Veo como ese deseo proclamado de hacerme feliz se convierte en promesa en su mirada, mis lágrimas continúan brotando y sus manos se afanan en secarlas.

–Eva, no voy a presionarte, no voy a pedirte que hagas nada que no desees –dice mirándome a los ojos con una sonrisa y la sinceridad plasmada en su mirada—. Quiero que seas sincera en todo momento, necesito que me digas lo que sientes.

Tiene razón, no merece que juegue con sus sentimientos. Respiro hondo antes de hablar.

–Te quiero... –digo soltando el aire de golpe.

–¿Cómo? –pregunta reprimiendo la sonrisa que quiere nacer en sus labios.

–Como se quiere a alguien con quien se desea tener una relación –digo haciendo una pausa y suspiro—. El problema es que yo no puedo tener una relación contigo, porque ya estoy casada y amo a mi... –frena mi discurso posando un dedo en mis labios.

–No pienses en eso ahora, ahora estamos aquí tú y yo, y sólo importa lo que sintamos nosotros. –Ahora sí que deja que esa sonrisa que reprimía

adorne su apetecible boca—. Dímelo otra vez.

Sonrío.

—Te quiero.

—Suena tan bien en tus labios... dílo de nuevo —susurra esto último a escasos centímetros de mi boca.

—Te quiero...

Besa mis labios con infinita ternura.

—Yo también te quiero Eva.

Capítulo 17

Doy vueltas en la cama con Sergio a mi lado. No quería quedarme en el hotel, mañana trabajo y necesitaba despejarme un poco de todo, pero al final ha terminado por convencerme. Ha rebatido todas mis excusas y no me ha quedado más remedio que acceder.

Hemos cenado en la *suite*, me he dado una ducha y me he puesto el pijama que él mismo ha comprado en una tienda del pueblo. La verdad es que estoy bastante cansada, pero mi mente no para de cavilar y no consigo conciliar el sueño.

Me levanto con cuidado de no despertarlo, me pongo el albornoz y salgo a la terraza con el paquete de tabaco y el móvil. Enciendo un cigarro y miro la hora, son todavía las dos de la madrugada, me acomodo en una butaca de mimbre y pierdo mi mirada en el cielo.

No dejo de pensar en Mario. Mientras él está en Barcelona yo estoy revolcándome con otro hombre a solo seis kilómetros de casa. Tengo cabeza hecha un lío. ¿Es posible estar enamorada de dos hombres al mismo tiempo? Juro que amo a Mario con todo mi corazón, pero también siento algo fuerte por Sergio. Me hace sentir especial en todos los sentidos.

Está muy claro que no puedo continuar con esto mucho más tiempo, tengo que tomar una decisión y pensar muy bien en lo que es mejor para mí. Sé que suena egoísta, pues con cualquier decisión que tome heriré a alguien y eso no es algo que quiera hacer, no quiero hacer daño a nadie con mis actos.

Ahora entiendo lo mal que lo debió pasar Mario cuando me engañó, y sé que hablaba de verdad cuando me decía que me amaba aun cuando me estaba siendo infiel, pues yo siento lo mismo, lo amo y no quiero separarme de él.

Pero mis sentimientos por Sergio también son muy intensos y creo que estoy enamorándome de él, pues también me cuesta mucho no desear su presencia en mi vida. Desear que esté a mi lado y como ha dicho hoy, me haga feliz.

–Vas a coger frío aquí afuera –Doy un respingo en la butaca, no lo he oído acercarse–. Siento haberte asustado –se disculpa.

–Estaba pensando, no te he oído llegar –respondo con una ligera sonrisa.

–Es tarde, seguro que estás cansada –Se acerca y se arrodilla frente a mí–. Ven a la cama, anda.

–Sí, la verdad es sí –afirmo mientras froto mis ojos y apago el cigarrillo en el cenicero.

–Vamos –Tiende su mano para ayudarme a levantarme–. No sabía que fumabas. –Señala el cenicero.

–Ah... no es habitual, solo lo hago en ocasiones.

–Pues es muy malo, no deberías... –Me regaña como a una chiquilla.

Descruzo las piernas, las bajo posando mis pies en el suelo y me levanto de la butaca para seguirlo al interior. Enlaza sus dedos con los míos y tira de mí guiándome hasta la cama.

Me quita el albornoz y lo coloca en el galán de noche del rincón mientras yo me cuelo entre las sábanas. Sergio se acerca al salón, saca una botella de agua y después de dar un trago me la ofrece. La rechazo ya adormecida con un movimiento de la cabeza y tras dejarla en la mesilla se mete en la cama y me rodea por la cintura, atrayéndome hacia su cuerpo, fuerte y tibio.

–Buenas noches, preciosa –susurra en mi oído y me da un beso tras la oreja.

–Buenas noches Sergio –respondo a penas en un susurro, el sueño me vence por fin.

–Te amo –Se aprieta un poco más a mi cuerpo.

–Aha... –digo inconscientemente antes de quedarme profundamente dormida.

Me cambio de ropa y me preparo un café antes de salir de casa, me lo tomo sentada en la cocina, pensando en las últimas horas. He decidido no ver a Sergio hoy, así que le he pedido que me deje tiempo para pensar en todo esto y también que no pase a buscarme al salir del trabajo.

Me ha costado muchísimo convencerlo, al final he tenido que enfadarme, no paraba de decirme que le dejara demostrarme esta semana que puedo ser más feliz a su lado que con Mario y que pasara con él toda los días hasta su regreso. He tenido que ponerme seria y al final ha cedido a regañadientes marchándose un poco frustrado, pero necesito ese espacio.

Salgo de casa y envío un mensaje a Mario por el camino, no sé por qué, pero necesito expresarle mis sentimientos, así que le escribo un mensaje corto:

“Buenos días amor, te echo de menos, te quiero.”

Recibo su respuesta justo cuando me siento en mi escritorio:

“También te echo de menos. Te llamaré a la hora del almuerzo. Te quiero.”

Casi estoy a punto de llorar de nuevo, pero contengo mis lágrimas y me pongo a trabajar intentando no dar demasiadas vueltas al tema.

No lo consigo, cometo errores con unos documentos y tengo que repetirlos, cosa que no me pasaba desde que empecé a trabajar con Julia y Pedro y conseguí adaptarme a mis funciones sin cometer ningún fallo.

Menos mal que son casi tan amigos como jefes y no se han enfadado, más que eso parecían preocupados por mi falta de concentración y he tenido que tranquilizarlos excusándome en una jaqueca que no me dejaba centrarme. Al salir para el almuerzo no tardo en recibir la llamada que Mario prometió hacerme.

–Hola cielo, ¿cómo estás? –pregunta nada más descolgar la llamada.

–Bien, ¿y tú? –respondo algo inquieta, no quiero delatar mis nervios e intento mantener un tono neutro.

–Echándote mucho de menos, no pensé que se me hiciera tan duro estar alejado de ti –dice poniéndome la piel de gallina con el escalofrío que recorre mi cuerpo.

–Yo... también te echo de menos –respondo con un sollozo, malditas lágrimas traicioneras que tienen que delatarme.

–Oh, vamos cielo no llores. –Me pide al oírme llorar.

–Lo siento, estoy un poco sensible –digo secando mis lágrimas con el dorso de mi mano.

–Tranquilízate, verás que la semana pasa volando. –Lo noto sonreír al teléfono.

–Sí, seguro que sí. –Suspiro—. En nada estarás de vuelta.

–Por supuesto cielo. Te dejo almorzar, hablaremos esta tarde cuando termine las clases, un beso, te quiero.

–Yo también te quiero, hasta luego.

Cuelgo la llamada y apurando los últimos minutos de descanso termino mi almuerzo con un café bien cargado.

Sobre las ocho me siento a la mesa y me sirvo un plato de ensalada, no he encendido la televisión, no me apetece ni estar escuchándola de fondo como hago otras veces. He vuelto a hablar con Mario a media tarde y he intercambiado algún que otro mensaje con Sergio. Le he dicho que nos veríamos mañana, que esta noche necesitaba pasarla sola y pensar.

Miro mi ensalada y la revuelvo sin parar durante un rato mientras reposo mi cabeza sobre la palma de la mano libre. Aún no he probado bocado y llevo aquí sentada veinte minutos, me siento sola y no dejo de pensar en el día de ayer. En mi mente aparecen imágenes de nosotros sobre la mesa, abrazándonos, besándonos, sus caricias, sus manos y sus labios recorriendo mi cuerpo. Recuerdo el instante en el que me quedé dormida, las últimas palabras que Sergio pronunció antes de rendirme al sueño. “Te amo”, dijo susurrando en mi oído.

Me levanto de la silla y dejo mi cena en la mesa. Me cambio rápidamente de ropa, salgo al pasillo y tras colocarme la chaqueta cojo las llaves de mi coche del cajón de la entrada, mi bolso y salgo de casa. Saco el coche del garaje y comienzo a conducir atravesando la ciudad, tomo rumbo a las afueras. Sigo las señales que me indican el camino hacia San Andrés y me guío por lo que recuerdo de las veces que Sergio me ha traído.

En veinte minutos estoy aparcando el coche, entro en el *hall* y paso de largo recepción, desde donde llaman mi atención al ver que no aminoró el paso.

–Señorita, ¿está registrada en el hotel? –pregunta.

–Perdona –Me acerco al mostrador para hablar con el recepcionista–. Soy Eva, soy... amiga de Sergio.

–Ah sí, ya la recuerdo. El señor Álvarez me pidió que le avisara con cualquier cosa, llamaré para decirle que está usted aquí. –Señala descolgando el teléfono.

–Sabes, no sabe que he venido y me gustaría darle una sorpresa –digo extendiendo el brazo para impedir que haga la llamada.

–Pero... –Me mira algo indeciso.

–Por favor – digo juntando mis manos en señal de súplica–. Te prometo que me echaré todas las culpas, no te preocupes, no te diré nada.

–Está bien, puede pasar –Cede ante mi insistencia.

–Muchas gracias. –Sonrío y voy hacia el ascensor.

Subo a la última planta y me dirijo a la *suite*, me quedo plantada unos segundos delante de la puerta y respiro hondo antes de dar unos golpecitos en la madera. Oigo algunos pasos en el interior pero no responde. Vuelvo a tocar con algo más de fuerza.

–¿Quién es? No he pedido nad... –Se queda callado en cuanto me ve.

–Hola... –Saludo con un poco de timidez.

–Eva... –susurra mirándome dulcemente.

–Perdona que me presente así, yo...

Tira de mi mano y después de hacerme entrar en la habitación cierra la puerta y me acorrala contra ella. Me besa y acaricia mi rostro, mi cuello y a continuación desciende lentamente llevándose mi chaqueta en el recorrido, dejándola caer al suelo mientras entrelaza sus dedos con los míos.

Con sus manos unidas a las mías rodea mi cintura y atrapa mi cuerpo, haciendo que nos fundamos en un abrazo. Abrazo que solo me da él, pues es quien me tiene sujeta, yo simplemente me dejo hacer. Se agacha un poco sin dejar de besarme, me aprieta más contra su cuerpo y con un impulso me levanta en volandas. Camina hasta la cama y se sienta, quedando yo a horcajadas sobre las suyas.

Intento liberar mis manos pero las sujeta con fuerza ajustando su agarre con una sola mano y desplazando la otra hasta mi nuca, tira de mi pelo para levantar mi cabeza y acceder a mi cuello. Muerde mi yugular provocándome escalofríos y un gemido de placer que sale directo de mi garganta.

Sergio gruñe y me atrae más hacia sí, mis pechos se aplastan contra el suyo, que se mueve agitado por su rápida respiración. Suelta mi pelo y con una sola mano comienza a abrir hábilmente uno a uno los botones de mi camisa. La

desliza por mi espalda y ágilmente la anuda manteniendo mis manos sujetas a mi espalda.

Acaricia mis costados con las yemas de los dedos, mi piel se eriza y mis pezones se endurecen. He olvidado ponerme el sujetador antes de salir de casa, con lo cual mis pechos han quedado expuestos con solo liberarme de la camisa. Sergio los lame y da un pequeño mordisco en uno de ellos mientras cubre el otro con su mano derecha.

–Mmm... –murmura besando mis senos–. Eres deliciosa Eva, te haría el amor a todas horas.

Suspiro mientras vuelve a saborear mis pechos a su antojo, sus palabras mojan mi entrepierna al instante y la ropa empieza a estorbarme. Se pone en pie y me deposita en el suelo, se coloca detrás de mí y besa mi cuello mientras acaricia suavemente mi abdomen. Baja lentamente dejando un reguero de besos por mi espalda, busca el cierre de mi pantalón y lo abre bajándolos al tiempo que acaricia mis muslos.

Alzo los pies y me despoja de zapatos, pantalón y ropa interior dejándolo todo a un lado de la cama. Se incorpora y pasea sus manos por mis muslos antes de desnudarse él. Intento darme la vuelta para observarlo, pero ha sido más rápido en desnudarse que yo en tomar la decisión y rápidamente vuelve a pegarse a mí.

Carga contra mi cuello con suaves besos y pellizcos de sus dientes, sus manos acarician mis pechos, mi estómago y mi vientre, baja hasta mi pubis y se abre paso hasta mi sexo. Apoyo mi cabeza en su hombro y mis manos buscan su miembro, lo atrapo y lo acaricio de arriba abajo. Sergio gruñe y jadea en mi oído, muerde el lóbulo de mi oreja e introduce un dedo en mi interior haciéndome jadear.

De pronto se separa unos centímetros y me empuja desde la nuca tumbándome sobre el colchón únicamente medio cuerpo.

Doy una ojeada por encima de mi hombro, su mirada es lasciva, me mira con ojos libidinosos, su lengua humedece sus labios y sus dientes los muerden

mientras sus manos recorren mi cintura y mis glúteos. Jadeo ante la visión y mi sexo se humedece de nuevo instantáneamente, Sergio separa mis nalgas y en un solo movimiento me penetra llenándome por completo.

–Aahh... –Gimo y atrapo mi labio inferior con los dientes–. Sergio... aahh... –Casi no puedo contener mis jadeos del placer que me provocan sus embestidas.

–Eres perfecta Eva, me pones tanto que con solo mirarte ya deseo tenerte desnuda entre mis brazos.

Se inclina y su mano se cuela entre mi cuerpo y el colchón, separa mis piernas y sus dedos acarician mi clítoris sin dejar de penetrarme con rítmicos movimientos. Mi respiración se acelera y mis jadeos se acrecientan, sus embestidas aumentan de velocidad y un intenso orgasmo sacude mi cuerpo, haciendo que mis piernas tiemblen y pierda la fuerza para sostenerme.

Las manos de Sergio me rodean y vuelve a incorporarme, libera mis manos de la camisa que las mantenía sujetas y me da la vuelta, busca mis labios y me besa con deseo. Me empuja con su cuerpo hasta que caemos sobre el colchón y vuelve a penetrarme cuando lo rodeo con mis piernas.

Sus manos recorren mi cuerpo como si quisieran aprendérselo de memoria, acariciando cada rincón, cada curva y cada uno de mis bellos se eriza. Mi vientre se contrae con la llegada de otro placentero e intenso orgasmo. Los músculos de mi sexo abrazan su miembro apretándolo, sus jadeos se vuelven gruñidos de placer y su cuerpo tiembla cuando se derrama en mi interior.

Amanece, me levanto despacio y me meto en el baño para darme una ducha. Salgo con el pelo húmedo, no quiero despertarlo con el secador así que dejaré que lo haga por sí solo. Me visto en silencio y con los zapatos en la mano me dirijo hacia la entrada.

–¿No ibas a despedirte? –pregunta Sergio a mi espalda.

–No quería molestarte –respondo dándome la vuelta, está sentado en la cama observándome.

–No me molestarías ni aunque llevara tres noches sin pegar ojo. –Sonríe y hace un gesto para que me acerque.

Camino hasta la cama y me siento a su lado.

–¿Quieres que te lleve? –Coge mis manos y las acaricia.

–No hace falta... –Miro nuestras manos y veo mi anillo de matrimonio. Las separo y lo acaricio.

Lo observo abstraída mientras recuerdo el día de mi boda con Mario. Sergio dice algo, pero no escucho lo que es, posa su mano en mi barbilla y levanta mi rostro para que lo mire a los ojos.

–Eva, mírame –dice acariciando mi mejilla.

–¿Qué? –Aparto mis pensamientos y lo miro.

–¿Estás bien?

–Sí... sí estoy bien. –Sonríe levemente y me levanto de la cama poniéndome en pie.

–¿Te veo después? –Se coloca de pie a mi lado y escruta mi mirada esperanzado.

–Sí, luego nos vemos –me da un abrazo rápido y coge unos pantalones de chándal del cajón.

Me dirijo de nuevo a la entrada y Sergio me sigue para despedirme. Me da un tierno beso antes de abrirme la puerta y salgo al pasillo en dirección al ascensor, vuelvo a mirar hacia la *suite* mientras espero su llegada y Sergio levanta de nuevo su mano en señal de despedida, respondo con el mismo gesto y entro en el ascensor cuando este abre sus puertas ante mí.

Capítulo 18

Ha sido una semana intensa. He pasado todos los días con Sergio, al terminar el trabajo iba casa unos minutos y luego me marchaba al hotel. El fin de semana ha sido complicado de llevar, pues al igual que, Mario también estaba libre y ha llamado más a menudo.

Le prometí hacer una video llamada, por lo que tuve que pasar por casa obligatoriamente el sábado por la tarde y así poder vernos sin que sospechara. Hablamos durante casi una hora y para ser sincera se me hizo corta. Le echo de menos, parece mentira, pero es verdad. He venido todos los días a recoger el correo y cambiarme antes de ir al hotel y al verla tan vacía he sentido su ausencia en mi vida como nunca antes.

El domingo Sergio me llevó a comer a un restaurante que nunca pensé poder pisar. De esos que con solo pasar por la puerta y mirar adentro ya da miedo que te cobren. Por la mañana al salir de la ducha me esperaban un par de cajas sobre la cama. Lo miré interrogante, él respondió con una simple sonrisa y con un gesto de la mano me indicó que las abriera.

En su interior encontré un precioso vestido color carmesí, la parte del busto tenía el escote en forma de corazón con una fina tela de encaje transparente que cubría el pecho, los hombros y los brazos hasta el antebrazo. La falda con vuelo llegaba a medio muslo y tenía los bordes con el mismo encaje que decoraba la parte superior. Era realmente precioso. La otra caja contenía unos zapatos del mismo tono y los cubría el mismo encaje que el vestido.

Admiré la prenda unos instantes hasta que Sergio se acercó a mí y me tendió otra caja más pequeña. La abrí con el corazón latiendo deprisa, no sabía a qué venía todo aquello.

En esta última había un conjunto de ropa interior exactamente del mismo color y encaje que el vestido y los zapatos. Era como si los hubieran diseñado todos para llevarlos puestos al mismo tiempo. Sergio me pidió que me lo probara. Salió del dormitorio y cerró la puerta aguardando en el salón hasta

que estuve lista.

Me puse la ropa interior, unas medias y el vestido. Entré en el baño y me recogí el pelo lo mejor que supe. Me maquillé y salí calzándome los preciosos zapatos antes de abrir la puerta del dormitorio. Sergio estaba de espaldas a mí, carraspeé para llamar su atención y al darse vuelta sus ojos parecieron salirse de sus cuencas.

–Estás... impresionante –dijo con la boca abierta de par en par y observándome.

–Gracias, es precioso –respondí sonriendo–. ¿Puedo saber por qué tengo que vestir como si fuera de boda?

–Vamos a comer a un restaurante bastante elegante, voy a intentar ponerme a tu altura.

Se marchó a la habitación y un rato después apareció ataviado con un pantalón de traje negro, camisa blanca y corbata del color que mi vestido, zapatos también negros y la chaqueta, que sostenía colgando a la espalda. Estaba increíblemente guapo.

Al finalizar mi jornada de trabajo he venido directamente a casa. Sergio sabe que Mario todavía tardará dos días en volver, pero he insistido en quedarme para poner un poco de orden, hacer un poco de limpieza y lavar algo de ropa.

Llego un poco mareada, así que decido dar un bocado antes de ponerme con las tareas, pero apenas he dado un par de cucharadas y siento como el estómago se me cierra y me provoca náuseas, así que lo dejo a un lado y me levanto para comenzar a limpiar. Pongo una lavadora, quito el polvo y hago los baños, barro el suelo y paso la fregona. Me preparo un café y me siento en la cocina. Suena mi teléfono y miro la pantalla, es Sergio.

–Hola bombón, ¿qué haces? –digo con una sonrisa en los labios.

–Echarte muchísimo de menos.

–Solo hace unas horas que nos hemos visto, eres un exagerado.

–Ya deberías saber que si fuera por mí no pasaría ni un solo segundo sin ti.

–Lo sé... yo también te echo de menos –confieso.

–Entonces ven y pasa el resto del tiempo que te queda conmigo. –Me pide de nuevo.

–Sergio, tengo que hacer muchas cosas en casa, no puedo pasarme los días contigo y dejar mis obligaciones de lado...

–Tienes mucho tiempo cuando llegue tu... –Nunca termina esa frase.

–Sé que tengo tiempo de todo cuando llegue, pero Sergio...

–Eva, ¿qué cojones pasa?

Doy un salto de la silla y me quedo paralizada con el teléfono en la oreja, la voz de Mario a mi espalda casi hace que mi corazón se salga del pecho. Me mira con una expresión que no sé muy bien cómo interpretar, parece muy enfadado, pero sus ojos reflejan tristeza.

–Ma... Mario... –Balbuceo sin saber que voy a hacer ahora.

–¡Eva! Mierda Eva... Que no se le ocurra hacerte nada, ¡Eva!

Puedo oír a Sergio al otro lado de la línea, pero no soy capaz de articular palabra con los ojos de Mario clavados en los míos. Cuelgo la llamada y guardo mi móvil en el pantalón, bajo la mirada al suelo y trago saliva antes de encarar de nuevo a mi marido.

–Mario... lo siento, yo...

–¿Estás viéndote con otro? –pregunta sin cambiar la expresión de su rostro

ni levantar la voz.

–Yo... –Estoy tan nerviosa que no puedo hablar.

–¿Sí o no? Aunque creo que está bastante claro... –Suspira y se sienta con gesto derrotado.

–Sí... pero Mario, yo te quiero...

Las lágrimas comienzan a brotar en mis ojos y en los de mi marido. Oigo mi corazón retumbar en mis oídos, late tan deprisa que creo que mi pecho no va a ser capaz de mantenerlo en su sitio mucho tiempo. Caigo al suelo, me siento sobre mis pantorrillas, tapo mi cara y dejo que las lágrimas bañen mi rostro.

–Lo siento... –digo con la voz ahogada y amortiguada por mis manos.

–Todo esto es por mi culpa... si te hubiese hecho más caso... –Se levanta y tira la silla de una patada-. ¡Joder!

–Mario... –Me levanto del suelo e intento acercarme a él.

–¿Vas a dejarme? –pregunta de pronto con cara de pánico y dando un par de pasos atrás.

–No, yo... no sé... –murmuro confusa-. No sé lo que estoy haciendo... no sé lo que debo hacer...

Mario me observa con ojos tristes y empañados en lágrimas.

–¿Desde cuándo? –formula otra pregunta.

–Unas semanas... –Desvío la mirada de sus ojos con vergüenza.

–Te... –Humedece sus labios secos y traga saliva antes de seguir-. ¿Te has acostado con él?

Mi labio inferior tiembla y mis ojos vuelven a derramar amargas lágrimas, sigo sin poder mirarle a la cara y con eso respondo sin palabras a su pregunta. Veo de reojo como muerde su labio inferior y cierra sus manos en puños, está enfadado y con razón, sé lo que siente y no es precisamente un sentimiento agradable.

Saber que los labios de la persona que amas han besado otra boca, saber que ha entregado su cuerpo a las caricias de otras manos que no son las tuyas. Es una sensación que te provoca un dolor lacerante en mitad del pecho, oyes como tu corazón se parte en dos en el mismo instante en que esa información entra en tus oídos y tu cerebro comienza a procesarla.

–Cogeré algo de ropa e iré a casa de Raquel si quieres que me vaya. –
Propongo.

–¿Y darle a él la oportunidad de tenerte libre? Ni de coña, tú te quedas aquí.

Su respuesta me coge desprevenida, pensaba que me echaría a patadas y no querría ni verme. Mi corazón se llena de esperanza, esperanza de no perderlo como creí que lo haría cuando lo supiera.

Quiere luchar por mí y siento una alegría inmensa al saberlo, porque hasta hace muy poco tenía serias dudas de que mi marido todavía estuviera enamorado de mí.

–Entonces... dormiré en la otra habitación... –digo secando mis lágrimas y buscando su mirada.

–Como quieras... –Suspira y sale de la cocina.

Doy vueltas en la cama, mi mente no para y además, no estoy acostumbrada a este colchón. Estoy incómoda y empieza a dolerme la cabeza. Voy al baño de invitados a por una pastilla. Al pasar por la puerta de nuestro dormitorio oigo la televisión encendida, los canales van cambiando, lo que me indica que Mario también está despierto. Entro a la cocina, me tomo el comprimido y resoplo mientras aprieto mis sienes intentando mitigar el dolor

que las golpea.

–¿Estás bien? –Suena la voz de Mario a mi espalda.

–Me duele la cabeza, eso es todo...

–¿Te has tomado algo?

–Sí, acabo de hacerlo.

Me doy la vuelta y lo encuentro a unos pasos de mí. Se le ve agotado, debe haber madrugado mucho y lo que ha encontrado al llegar no le está ayudando a descansar. Aún no sé por qué ha regresado dos días antes de lo previsto y me da miedo preguntar por si se lo toma como un reproche al haberme pillado *in fraganti*.

–Siento todo esto... siempre me he llenado la boca diciendo que jamás sería infiel a quien amo... –Las lágrimas acuden de nuevo a mis ojos y los empañan– Y mira lo que he hecho... –Rompo a llorar de nuevo.

Me apresuro a secar mis lágrimas, no tengo derecho a llorar, soy la que ha provocado el daño, no la víctima. Mario me observa en silencio, un ligero movimiento de su pierna me indica que duda si acercarse a mí o no.

–Cuando te engañé pensaba lo mismo. –Empieza diciendo–. En mi caso nunca he sabido que me llevó a tener una aventura. Contigo nunca me ha faltado nada.

Sus ojos muestran, como siempre que ha salido el tema de su aventura, arrepentimiento.

–Sé que esto no hubiese pasado de no ser por la falta de atención y los desprecios que he tenido contigo.

–Mario...

–Espera, déjame hablar. –Me pide–. Te conozco Eva, dudo que esto sea

por venganza, ni que haya surgido por pura diversión.

Se acerca hasta mí, toma mi mano y me lleva hasta la mesa pidiéndome que tome asiento. Coloca otra silla frente a mí e imita mi acción, sujeta mis manos entre las suyas y comienza a hablar de nuevo.

–Tengo miedo. Miedo de que hayas dejado de amarme lo suficiente para elegirme a mí, de que te hayas enamorado de él y decidas dejarme.

Deja caer la cabeza y solloza, suelta mis manos y tapa su rostro, amortiguando los gimoteos. Quiero abrazarle, mis manos luchan por acariciar su pelo y consolarlo, pero no sé si debo hacerlo, así que lo observo llorar hasta que se recompone y vuelve a mirarme. Seca sus lágrimas y sorbe por la nariz un par de veces, llena los pulmones de aire y suspira.

–No puedo reprocharte nada, sería un hipócrita si lo hiciera –dice por fin–. Tú me perdonaste, y para ser sincero, aunque pensé que no sería capaz de hacer lo mismo, no puedo imaginar mi vida sin ti. Sabes que ni entonces lo hacía, que todo fue un estúpido error que no supe como parar...

–Mario, yo también te quiero, más de lo que ahora mismo creerás –digo tomando sus manos y mirándolo a los ojos como él ha hecho hasta ahora.

Respiro hondo y me dispongo a sincerarme completamente, no sé si será lo mejor, si eso hará que Mario cambie de opinión respecto a perdonarme, pero tengo que hacerlo.

–Lo conocí por casualidad en un chat, uno de los días en que me hiciste uno de tus desplantes. Entré esperando encontrar una persona con la que desahogarme y lo hice. No tenía intención de volver a hablar con él, pero volvimos a discutir y me conecté para charlar. –Hago una pausa y escudriño en su mirada en busca de alguna señal que me indique que quiere que deje de hablar, pero no la veo, así que continúo–. La segunda noche me dio su teléfono y... no sé por qué, pero otra de las veces que discutimos, en vez de acudir a Raquel lo llamé a él. Necesitaba alguien que fuese neutro y creí que él podría decirme si quizás la que estaba equivocada era yo.

Voy a por un vaso de agua, se me está secando la boca y esto va para largo. Le ofrezco uno y lo rechaza. Vuelvo a sentarme y prosigo.

–Hablamos en un par de ocasiones por teléfono y un día me dijo que andaba por la zona. Me propuso quedar y conocernos en persona. No pensé que fuera nada malo, pues al principio simplemente charlábamos y para mí era un amigo más. –Bajo la mirada un poco avergonzada.

Estar confesándome de esa manera me está poniendo algo nerviosa, pues Mario no ha variado el gesto de su rostro ni un milímetro desde que he empezado a hablar y no tengo ni la menor pista sobre qué es lo que está sintiendo

–Después intenté dejar de hablar con él. Me confesó que le gustaba y no quería que aquello fuera a más. Pero una semana después de no contestar sus mensajes, apareció por mi trabajo. –Hago una pequeña pausa, tomo aire, lo cojo y lo suelto en un suspiro–. No voy a decirte que me resistiera a lo que pasó después. Me trató con tanto cariño durante el tiempo que hablamos... me escribía mensajes tan bonitos y me miraba de un modo que hacía mucho tiempo que no veía en tus ojos... que, sinceramente, desee que me diera ese cariño que necesitaba y que sabía que estaba dispuesto a darme...

Lo miro de reojo y veo como sus ojos brillan por las lágrimas que pugnan por salir y que esta vez se niega a dejar escapar. Cierro los ojos con fuerza intentando que las mías tampoco logren su objetivo.

–No creo que deba explicarte más, supongo que te harás una idea de lo que ha ocurrido. Solo añadiré que aunque tampoco me imagino la vida sin ti, necesito pensar y aclarar mi cabeza. –Al final las lágrimas ganan la batalla y resbalan por mis mejillas sin poder contenerlas–. Si después de esto crees que no puedes perdonarme... lo entenderé y respetaré tu decisión.

–Yo... ppfff... –Resopla y se pasa las manos por el pelo con nerviosismo mientras se levanta y da vueltas por la cocina–. Esto es muy duro pero, no puedo...

Mi corazón late desbocado. ¿Quiere decir que no puede perdonarme? ¿Que

va a dejarme? Si tengo tantas dudas... ¿Por qué me entra el pánico al pensar que vaya a hacerlo? Observo sus movimientos a la espera de que diga algo más. Medito mis emociones mientras Mario revolotea nervioso, estrujando las manos una contra otra. Pienso en Sergio, en si quiero cambiar por él toda mi vida con Mario, mi matrimonio, mi hogar, todos los años que hemos vivido juntos y hemos sido felices.

Todo eso me compensó en la balanza en comparación con lo que había sufrido cuando me engañó. Fue duro, muy duro, pero si no lo perdonaba y lo dejaba pensé que lo pasaría aún peor. ¿Seré más feliz si lo hago ahora e inicio una relación con Sergio? He sido feliz –siempre que no pensaba en lo que estaba haciéndole a Mario– durante la semana que he pasado con Sergio, pero... mis sentimientos por él ¿van más allá de la necesidad que tengo de que me demuestren ese amor que Sergio me ha dado? ¿Realmente quiero que sea él quien esté a mi lado? ¿He sido tan egoísta de utilizar sus sentimientos para recibir lo que necesitaba aun sabiendo que no quiero dejar a mi marido?

Siento como si un cronómetro en cuenta atrás se hubiese puesto en marcha en mi interior y tuviese que tomar una decisión en este mismo momento. Me queda poco tiempo, Mario no va a perdonarme si no reacciono y Sergio no merece que le haga esperar más tiempo, decidiendo si me quedo con uno o con otro, entregándome a él como si no existiera nada más y volviendo a casa como si no pasara nada entre él y yo.

Miro a mi marido, me da la espalda y se tapa la cara mientras su cuerpo tiembla por los sollozos que intenta sofocar. Jamás lo había visto así, lloró cuando me suplicaba que lo perdonara por su infidelidad, pero ahora parece que le estén arrancando algo en su interior y eso me deja completamente K.O.

Me acerco a él derramando lágrimas de total culpabilidad, he jugado con los sentimientos de dos personas, he dejado que mi matrimonio vuelva a tambalearse y además he dado esperanzas a una persona con la que, ahora que me doy cuenta, no pensaba quedarme. Poso mi mano sobre su hombro con suavidad y hablo despacio.

–Mario... ¿vas... vas a dejarme? –pregunto como puedo intentando deshacer el nudo de mi garganta.

Se da la vuelta y me observa como si le extrañara mi pregunta. Da un paso hacia mí y pega su cuerpo al mío anulando toda distancia, coge mi rostro entre sus manos y besa mi boca con urgencia, primero sellando nuestros labios, luego abriéndose paso entre ellos e inundando mi boca con su lengua. Atrae mi cara con sus manos, como si estar pegados piel con piel y nuestras lenguas enredadas, no fuera suficiente. Se separa escasamente de mi boca y comienza a darme ligeros besos en los labios.

–Lo único... que pienso... hacer... –Dice entre beso y beso–, es borrar... todo rastro... de él... hasta que... lo olvides.

Sus manos se desplazan rápidamente a mi trasero, lo estruja abarcando mis nalgas con las manos abiertas y de un solo movimiento me alza y me cuelgo de su cintura. Me lleva hasta nuestro dormitorio y avanzando de rodillas desde los pies de la cama me tumba en ella sin dejar de besarme un solo momento.

Y como si no existiéramos más que él y yo en el mundo, y como si este mismo fuese a terminar mañana, hacemos el amor hasta cuatro veces esta noche. En la cama, en la ducha, en la cocina, cualquier sitio es bueno para Mario, cualquier momento es oportuno para acariciar mi cuerpo y llenarlo de besos. Sus labios me susurran al oído que me ama una y otra vez, entre beso y beso, entre caricia y caricia.

Al día siguiente Mario llama a mi trabajo para decir que estoy enferma y a continuación llama al suyo y hace exactamente lo mismo. No termino de estar muy convencida pero después casi no tengo tiempo de pensar en ello, pues mi marido se encarga de tenerme muy ocupada para eso. Y como la noche anterior, pasamos el día haciendo el amor, no solo con nuestros cuerpos, sino también con nuestros corazones.

Capítulo 19

Hace una semana que no hablo con Sergio, desde el lunes en que Mario llegó y todo se descubrió. He recibido muchos mensajes suyos y solamente he respondido uno de vuelta, el miércoles pasado, en el que solo escribí unas cuantas palabras:

“Tenemos que hablar, pero necesito tiempo.”

El tiempo que necesito es el que tarde en hacer entender a Mario que tengo que verme con Sergio una última vez, para hablar cara a cara con él y terminar con esta historia que nunca debió comenzar.

Él por supuesto no entiende porqué simplemente no puedo olvidarme de él y ya no verlo más. No entiende que los sentimientos de una persona están de por medio, que si como él dice, simplemente ya no lo veo ni lo llamo más, voy a hacer mucho daño a alguien que no tiene más culpa que yo por todo lo que ha pasado. No lo entiende o, simplemente, le da lo mismo. Pero a mí no, no puedo dejar que Sergio se quede sin volver a saber de mí, principalmente para darle una explicación de la decisión que he tomado. Él se merece al menos eso.

Miro la lista de la compra, me hacen falta muchas cosas. Hoy es miércoles, falta un poco para el fin de semana, que es cuando solemos comprar para la semana siguiente, pero ya no la puedo atrasar más, la nevera hace eco cuando la abro. Repaso la lista una vez más para no dejarme nada, la guardo en el bolso y escribo una nota a Mario para avisarle de que he salido al supermercado y la dejo sujeta a la nevera.

Salgo de casa y voy al supermercado mientras escucho música en los auriculares, caminando tranquila y saludando a los vecinos que me voy encontrando. Llego en cuestión de unos minutos, entro y me hago con un carro. Sorteó al resto de clientes por los pasillos mientras miro las estanterías y voy llenado el carro a medida que los recorro. Pan, huevos, leche, unas patatas... necesito de todo, así que está claro que voy a tener que pedir que me lo lleven a casa, no voy a poder con todo sola. Paso de largo el puesto de pescadería,

no me gusta demasiado.

Casi lo tengo todo, he pasado quince minutos en el puesto de carnicería esperando mi turno y solo me queda llenar la despensa para el desayuno, apenas me queda café. Paro en perfumería, lo ojeo y me pongo un poco del perfume de prueba del que uso habitualmente.

Al darme la vuelta y mirar las estanterías que tengo a mi espalda me quedo observando fijamente lo que hay en ellas, tampones y compresas... y entonces noto como los engranajes de mi cabeza comienzan a funcionar a toda velocidad, empiezo a dejar de ver lo que tengo delante, mi vista se ha quedado tan fija que creo que hasta me he puesto bizca.

Mierda... mierda... ¡MIERDA! ¿¡Cuándo coño fue la última vez que me bajó la regla?! No lo recuerdo muy bien, me pongo a pensar rápidamente. Tomo precauciones, hace unos cinco meses que me puse un DIU. No sé cómo no me he dado cuenta de esto al tener sexo con ellos... aunque la verdad es, que en el momento de hacerlo no tenía la cabeza para nada centrada. En el caso de Sergio, él tampoco me ha preguntado si utilizaba algún método anticonceptivo. No... no puede ser que esté embarazada... y de estarlo mis relaciones con Sergio son tan recientes que dudo mucho que pudiera ser suyo de ninguna manera.

Sigo dando vueltas a mi cabeza y es entonces cuando recuerdo que estuve con la regla el fin de semana en el que fuimos de cena con Raquel y un par de amigos, para celebrar su cumpleaños. Recuerdo bien esa noche porque después de unas copas de más ella se empeñó en que me pusiera un conjunto de ropa interior un tanto escaso de tela que sacó de su armario.

Se puso a decirme que esa noche debía estar sexy para hacerle un *streptase* a Mario. Lo que ella no sabía es que con él es imposible que eso ocurra, pues es muy aprensivo con la sangre y cuando estoy con el periodo tener sexo no es una opción. No quise quitarle la ilusión, así que me lo puse y no dije nada. El caso es que acabé con el tanga al que ella llamaba braguitas en el bolso al cabo de una hora. Tenía tan poca tela que no podía usar una compresa y al estar en el día en que más abundantes eran mis derrames, acabé por mancharlo.

Pero... de eso ya hace dos meses y pico. ¡Joder! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? No puede ser... tienen que ser los nervios, estoy segura de que debe ser eso, no puedo estar embarazada... no tengo síntomas de ninguna clase, no tengo náuseas, no vomito ni tengo antojos, un par de mareos aislados pero nada más. ¿Son esas las cosas que pasan cuando te quedas embarazada no? Tengo que hacerme una prueba lo antes posible, no sé qué voy a hacer si resulta positiva, mi vida ahora es un caos, no es el mejor momento para tener un bebé...

Salgo del supermercado después de pasarme media hora mirando fijamente la estantería de las compresas. Al final una dependienta se ha acercado a mí para preguntarme si necesitaba ayuda de algún tipo, no debe haberme visto muy buena cara. Me he marchado directamente a las cajas, he pagado la compra y después de escoger lo que necesitaba para hoy he dado mis datos para que me envíen el resto mañana.

Tomo rumbo a casa de Raquel, tengo que hablar con ella urgentemente y cuando termine... sí, iré a una farmacia a comprar una prueba de embarazo. Si ya estaba nerviosa con el tema de mi aventura con Sergio, ahora lo estoy el doble. No puedo creerme que me haya despistado tanto, pero desde hace casi dos meses que empecé con esta locura de mis dudas con Mario y la aparición de Sergio en mi vida, estoy tan inquieta con todo que es en lo último que se me ha ocurrido pensar.

Hago cálculos rápidamente y, si no me equivoco, tendría que haberme bajado ya una vez a finales del pasado septiembre y otra en la misma fecha en octubre. Dos faltas... he tenido dos faltas y ni me he dado cuenta... no me lo puedo creer...

Llego casa de Raquel y toco al timbre en repetidas ocasiones casi sin darme cuenta, estoy que se me sale el corazón por la boca.

–¡Ey, ey!! ¿¿Puedes ser más suave con el timbre colega?? –Chilla mi amiga por el telefonillo.

–Oh, ¡perdón! Soy Eva –Me disculpo.

–¡Ah! Sube anda.

El ascensor va más lento de lo normal, o eso me parece a mí, que estoy deseando llegar al piso de Raquel y chillar como una loca sin que nadie llame a un psiquiátrico para que me encierren. Entro como un vendaval tirando el bolso y la compra al suelo, me quito la chaqueta con rabia y la lanzo como una chiquilla enrabieta.

–¡¡Aaaaahhhhhh!! –Grito bajo la sorprendida mirada de Raquel, que seguro no da crédito a lo que ve.

–¡Joder! ¿Se puede saber qué coño te pasa? –Suelta mirándome de hito en hito con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Que ¿qué me pasa? –digo casi tirándome de los pelos–. Pregunta mejor qué no me pasa.

No dice nada, solo me mira con estupefacción.

–He vuelto a acostarme con Sergio, ¡sí! otra vez –contesto antes de que pregunte siquiera–, ¡maldita sea! Se suponía que iba a cortar con él, dejarle, dejar esa relación... ¡o lo que sea que eso! –Bufo mientras camino de un lado a otro.

Raquel calla, sabe que necesito desahogarme sin interrupciones y se lo agradezco.

–Solo tenía que decirle que se había acabado, que no voy a dejar a Mario y que no íbamos a vernos más, y ¿qué hago? ¡Follar con él! ¡No!, no solo me acuesto con él, paso la semana entera en su hotel y en su cama –Me siento en el sofá dejándome caer en él de golpe.

–¿Toda la semana?, y Mario ¿Dónde estaba?

–En Barcelona, tenía un curso. Y aparece de pronto pillándome en plena conversación telefónica con él.

–Joder... ¿Mario te ha pillado? –pregunta bajando los brazos pero sin moverse del sitio.

–Sí, me ha pillado...

–Y, ¿qué ha pasado?

–No te lo creerás... hemos hecho el amor casi más veces esa noche que en todo el año. –La miro de reojo sin levantar del todo la cabeza–. Me ha perdonado.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Pues, para empezar, todavía no he hablado con Sergio de la decisión que he tomado y para terminar... el colmo de todos mis males... acabo de darme cuenta de que hace dos meses que no me baja la regla... –Tapo mi cara con las manos, quiero esconderme del mundo.

–¿¡Dos meses!?! –Salta por encima de mi chaqueta y se apresura a sentarse a mi lado en el sofá–. ¿Te has hecho una prueba de embarazo?

–No... vengo directa del supermercado –Muevo la cabeza de un lado a otro–. Ha sido como si una caja de tampones me golpeará en la cara y me dijera “¡Ey! ¡Pringada! ¿Recuerdas que hace dos meses que no nos utilizas? ¡Espabila!”

–Tampoco es tan malo, un bebé es algo muy bonito y vosotros tenéis estabilidad económica para ser padres.

Y se queda tan ancha diciéndome eso, ¿acaso no se ha enterado del resto de la historia?

–Raquel, he engañado a Mario y acaba de enterarse, ¿de verdad crees que es el mejor momento para ser padres? –digo sorprendida con su comentario.

–A ver, no me has entendido. Dices que te ha perdonado y que ya has

tomado una decisión, ¿no?

Asiento con la cabeza.

–Bueno, pues lo que tienes que hacer es hablar con Sergio de una vez, zanjar el tema y después... Mario y tú seréis los felices padres de un bebé – Sonríe como si hubiese descubierto un nuevo continente.

–¿De verdad? Así, sin más... –Creo que ha retrocedido en el tiempo y vuelve a tener quince años, porque no entiendo que se le haya ocurrido esa estupidez tan grande-. ¿Hablas en serio? ¡Qué sencillo! Pensé que era más difícil, pero será que yo soy tonta.

–Eemm... –Me mira frunciendo el ceño

–Raquel, cada vez que veo a Sergio acabo con él entre las piernas, está claro que me cuesta bastante más de lo que pensaba solucionar este tema y la próxima vez que lo vea no puedo volver a caer en lo mismo o nada acabará bien.

–Está claro que eso te pasa porque eliges el lugar equivocado para hablar... –Ahora me mira como si fuera yo la que estuviese diciendo tonterías.

–Tienes razón... hablando en el hotel terminaremos siempre igual... –No sé cómo no lo había visto antes.

–¿Tan bien lo hace? –pregunta entre risas.

–¡Raquel! –le doy un golpe en el brazo por la burrada que acaba de preguntar-. No es solo eso lo que me ha llevado a terminar acostándome con él...

Realmente me siento súper ruin ahora mismo. Hablar de Sergio como si fuese un problema que estuviese molestándome es lo peor que podría hacer. Sergio es maravilloso, siempre me ha tratado de forma increíble, no me ha presionado nunca y sus sentimientos hacia mí son verdaderos, lo veo en su forma de mirarme, de hablarme...

Pero ya he tomado una decisión y además, si estoy embarazada no voy a romper mi matrimonio, eso es algo que ni se me pasa por la cabeza. Sé que sería muy feliz con Sergio, pero el bienestar de mi hijo sería mi prioridad. No voy a ser tan egoísta de separarlo de su padre anteponiendo mis sentimientos, cuando la verdad es que también amo a mi marido.

Tengo que saber cuánto antes si lo estoy y sobre todo tengo hablar con Sergio, en cualquier lugar menos en el hotel, para que podamos hablar y pueda explicarle mi decisión sin acabar metidos en la cama.

–Me voy –digo de pronto poniéndome en pie.

–¿A dónde? –dice extrañada, llevo un rato callada y ahora este arranque, mi amiga debe estar alucinando.

–Voy a la farmacia, necesito saber cuánto antes si estoy embarazada y quiero hacerlo antes de que llegue Mario. –Cojo chaqueta, compra y bolso del suelo.

–Ven a hacértela aquí, por fiiii. –Me suplica con las manos juntas y dando saltitos.

–Vale... –digo pensándolo bien, mejor estar acompañada para que no me dé un síncope.

Salgo a la calle y voy a la farmacia más cercana, me acerco al mostrador y pido un test de embarazo. Me enseñan varias opciones, el típico de toda la vida, ese rosita que te muestra uno o dos palitos dependiendo del resultado y otro más moderno, que indica en una pantallita digital si estás embarazada o no, y en caso de ser positivo incluso te cuenta de cuantas semanas estás.

Decido quedarme con el más moderno, así me hago una idea de cuando me quedé embarazada, si es que lo estoy. Según me ha dicho la farmacéutica no es un resultado exacto al cien por cien, pero puedo orientarme con él. Regreso a casa de Raquel y me abre de inmediato, creo que siente más curiosidad que yo misma, si eso es posible.

–Venga entra, ¡que lenta eres! –dice desde el quicio de la puerta notablemente excitada y con ganas de saber más.

–Ya vooooy –Acelero el paso por el descansillo de la planta en la que vive. El ascensor queda a la otra punta del pasillo, pero tampoco estoy tan lejos–, ¡que prisas!

Entro y esta vez me quito la chaqueta con más calma y la cuelgo junto con el bolso en el perchero. Veo que Raquel ha recogido mi compra del suelo, cojo la bolsa de la farmacia y me dirijo al baño. Ella me sigue y se cuela dentro antes de que pueda cerrar la puerta.

–¿Puedes dejarme algo de intimidad? –Le digo intentando parecer seria, pero me está haciendo tanta gracia ver lo nerviosa que está que no puedo contener la risa, en parte también por mis propios nervios.

–¿Cómo puedes reírte en un momento así? –dice también con una carcajada.

–¡No lo sé! Joder, estoy muy nerviosa... –Voy sentándome en el baño y abriendo el envoltorio del test de embarazo.

Sigo las instrucciones que aparecen en la caja, echo el chorrito y dejo el test en el mueble del lavabo. Hay que esperar tres minutos, pero Raquel y yo no perdemos vista del indicador en el que debe aparecer el resultado. El corazón se me va a salir por la boca, retumba bajo mi pecho a un ritmo frenético y creo que me va a dar un infarto, son los tres minutos más largos de mi vida. Me doy la vuelta y dejo de mirar el dichoso aparatito, me cubro la cara y respiro hondo intentando relajar mi agitada respiración.

–Avísame cuando aparezca el resultado –digo con la voz amortiguada por mis manos.

Deben haber pasado ya como diez minutos y Raquel no ha dicho todavía ni pío, no puede ser que el tiempo pase tan lento. Por fin la oigo sofocar una risita.

–¿Qué? –giro sobre mis talones para mirarla.

–¡Felicidades! ¡Está usted embarazada! –Sonríe mostrándome la pantallita y poniéndolo en mis manos.

“Embarazada” dice el indicador digital. Al momento desaparece y muestra otro mensaje “3+”. Me siento de golpe en el baño mirándolo fijamente y con la cara descompuesta. No quiero parecer dramática, ni que parezca que sería un horror tener un bebe, porque siempre he querido ser madre en algún momento de mi vida, pero no precisamente ahora que esa vida es un caos. Mi matrimonio está en fase de recuperación y al mismo tiempo tengo un amante con el que no sé cómo terminar sin hacerle daño. Para ser sincera, también sin hacerme daño a mí misma, pues los sentimientos que tengo por él son tan reales como el resultado del test que tengo delante y sé que me va a costar pasar página sobre ellos, por mucho que quiera a mi marido.

Puede parecer que he sido una completa egoísta, yo misma me siento así. He dejado que un buen hombre deje crecer sus sentimientos, he dejado que se enamore y he terminado acostándome con él, alimentando con ello su esperanza sobre lo que podría haber entre nosotros. Sabiendo que la idea de dejar a mi marido nunca fue del todo un deseo, debí haber evitado que todo esto pasara.

Miro a mi alrededor después de llevar aquí sentada no sé ni cuánto tiempo. Raquel ha salido del baño y ni me he enterado, puede que incluso me haya avisado y ni la habré escuchado. Salgo del baño y camino hasta la cocina donde la encuentro preparando café, me siento en el lugar que parece que ya lleva mi nombre, pues siempre ocupo el mismo, y la observo en silencio.

–Siento haberme reído antes, no quería burlarme ni nada de eso. –Se disculpa con semblante preocupado.

–Ya lo sé Raquel, no te preocupes, no pasa nada –digo con una pequeña sonrisa forzada.

No estoy enfadada con ella ni mucho menos, sé que nunca se burlaría de mi

cuando sabe que algo me preocupa y que los nervios pueden ser traicioneros.

–No estoy enfadada contigo y lo sabes. –Cojo la taza de café que me acerca.

–Tu cara era un poema, ¿estás bien? ¿Te cambio el café por una infusión? – Señala mi taza y yo niego.

–Probablemente sea la última que tome en condiciones durante un tiempo, creo que la cafeína no es buena para los bebés. –Miro mi taza con pena, me encanta el café...

–Creo que no. –Sonríe con dulzura y acaricia el dorso de mi mano.

–Tengo que saber más... llamaré a mi ginecóloga y le pediré una cita – dejo mi taza de café sin tocar en el mármol de la isla y me dirijo al bolso a coger mi móvil.

Desbloqueo la pantalla y encuentro varios mensajes, uno de ellos es de Mario, hoy no ha podido venir a buscarme como lleva haciendo desde que supo lo de Sergio, no se fía que Sergio aparezca por mi trabajo. Los otros dos mensajes son de Sergio, pidiéndome que lo llame, dice que no puede más con mi silencio. Dejo los mensajes por ahora y busco el número de mi ginecóloga, marco y espero a que alguien responda.

Cuando la recepcionista descuelga le doy mis datos y le pido que me haga un hueco lo antes posible, le indico que me he realizado un test que ha dado positivo y que me gustaría que me viera cuanto antes. Tras hacerme esperar un par de minutos consigo que me cite para mañana por la mañana. Le pediré a Julia que me deje salir antes, sé que no será un problema. Vuelvo a la isla de la cocina y tomo un sorbo del ya frío café, lo saboreo a conciencia e inhalo el aroma tostado del estimulante y negro líquido.

–Necesito comer algo –digo al notar que mi estómago se queja, no entiendo como tengo hambre con todo lo que está pasando, aunque la verdad es que no he comido a penas después del trabajo.

–Claro, siempre tengo algo por la despensa, espera –dice Raquel levantándose de su silla y sacando algunos paquetes del armario.

–Debería cuidarme un poco más –digo pensando en cómo he descuidado mi alimentación.

Entre los días que he olvidado comer y los que he comido rápido y mal, seguro que cualquier nutricionista me echaría una bronca. Raquel saca paquetes de galletas, magdalenas y bollería industrial varia. Vaya forma de cuidarme, no entiendo como comiendo estás cosas puede estar tan delgada y en forma.

Capítulo 20

Tengo un nudo en el estómago por los nervios. Froto mis manos mientras aguardo mi turno en la sala de espera. Da igual que el test de ayer me confirmara el embarazo. Desde el momento en el que vi en la pantalla el anuncio del mismo, mi estómago no ha dejado que dé un solo bocado sin que me den ganas de vomitar.

Lo que hace la mente, cuando no sabía que estaba embarazada no tenía ningún síntoma, ahora que lo sé, tengo angustia continuamente y ganas de vomitar cuando como algo. Si bien recuerdo que el día en que Mario me descubrió no pude dar bocado, tenía angustia y el estómago cerrado.

La cena de anoche no me sentó bien, el desayuno de hoy tampoco... he dejado a Mario preocupado antes de irse a trabajar al verme con la cara demacrada. No he sido capaz de contarle nada todavía. Ayer guardé el test en el bolso para que no lo viera e intenté disimular lo mejor que pude mi preocupación.

Una enfermera sale por fin de la consulta con un portafolio en las manos, lo repasa detenidamente y levantando la vista hacia las personas que esperamos en la sala anuncia el nombre de la siguiente paciente.

–¿Eva Torres? –pregunta repasándonos a todas con la mirada.

–Yo, soy yo. –Me incorporo y me acerco a la mujer.

–Pasa y siéntate. –Me indica mientras vuelve a repasar la lista antes de seguirme al interior de la consulta.

La doctora me recibe desde su escritorio, saluda amablemente y me indica tome asiento. Hace algunas preguntas sobre mi última menstruación, si he tenido molestias de algún tipo o dolores. Respondo a todas sus preguntas y a continuación me pide que me tumbe en la camilla, me suba la camisa y baje un poco mis pantalones para poder hacerme una ecografía abdominal.

Hago lo que me pide, me coloco en la camilla y respiro hondo intentando

tranquilizarme. La enfermera se acerca y después de cubrir mis pantalones con un trozo de papel extiende una buena cantidad de gel conductor por mi abdomen. La doctora se coloca delante del ecógrafo, coge el ultrasonido y comienza a extender el gel para poder ver con claridad.

Comienzo a ponerme un poco más nerviosa, lleva un rato moviendo el aparatito, pero no dice absolutamente nada. Cuando ya creo que no voy a aguantar más e incorporo un poco la cabeza para preguntar, ella comienza a hablar.

–Muy bien Eva, he revisado un poco en general y está todo correcto. No existen alteraciones ni en los ovarios ni en el útero –Hace una pausa y empujando la pantalla del ecógrafo lo coloca de forma que pueda ver lo que hay en ella–. Ahora voy a enseñarte la razón por la que estás aquí. –Me mira y sonrío–. ¿Ves esa mancha que hay en el centro de esta otra más oscura? –pregunta mientras señala con el puntero del ratón sobre la imagen.

–Sí... es... ya es muy grande, ¿no? –pregunto con un nudo en la garganta mientras observo ese pequeño ser acurrucado en mi interior.

–Aquí sí lo parece, pero no mide más que uno coma siete centímetros, no es más grande que una alubia. –Vuelve a sonreírme–. ¿Quieres oír su latido?

Asiento con la cabeza y ella pulsa un botón del ecógrafo desde el que se empieza a escuchar claramente un acelerado latido.

–¿No va muy rápido? ¿Está bien? –pregunto un tanto preocupada al escuchar lo rápido que late su pequeño corazoncito.

–Sí, tranquila. Está todo perfecto, en esta semana el ritmo de sus pulsaciones nos indica que está desarrollándose de manera correcta, si fuese más lento o más rápido nos indicaría que algo no va bien –explica señalando números de la pantalla que no entiendo.

–De... ¿de cuánto estoy? –pregunto por fin.

–Por lo que me has indicado de tu menstruación y su tamaño yo diría que

de poco más de ocho semanas, no llega a las nueve.

–Dos meses... pero, ¿qué pasa con el DIU? –pregunto a la sonriente doctora. Parece que disfruta con mi nerviosismo—. Hace unos cinco meses que me lo puse, se supone que es muy fiable.

–Y lo es, pero como todo anticonceptivo tiene su porcentaje de error. Durante los tres primeros meses desde su colocación es recomendable tomar alguna otra medida de precaución, ya que existe un riesgo de embarazo algo más alto. No es raro que una mujer quede embarazada dentro de ese plazo – explica mientras sigue tocando botones del control del ecógrafo—. Lo retiraremos de inmediato y te indicaré lo que haremos durante el resto de embarazo.

Llego a casa después de dar un par de vueltas a la salida de la clínica. Necesitaba relajarme, respirar un poco y terminar de hacerme a la idea de que dentro de unos siete meses tendré un bebé. He de contárselo a Mario, no sé cómo va a reaccionar, solo espero que no piense que este bebé no es suyo.

Dejo chaqueta y bolso en la entrada, miro hacia el salón, Mario no está aquí. Continúo y entro en la cocina, tampoco está, voy hasta nuestro dormitorio. Oigo caer el agua de la ducha, abro despacio la puerta y veo como Mario se enjabona la cabeza. Se me ocurre una idea al instante. Voy hasta la entrada y saco del bolso el test de embarazo, regreso al dormitorio y me desnudo. Vuelvo a abrir la puerta todo lo despacio que puedo y me cuelo dentro. Corro la puerta de la ducha y me pongo tras él escondiendo el test a mi espalda.

–Cielo, no te había oído –dice dándose la vuelta con cara de sorpresa y dándome un beso.

–Hola –digo con una pequeña sonrisa intentando disimular mis nervios.

–¿Qué hora es? Aún faltaba un rato para que tu turno acabara, ¿te encuentras bien? –Aparta unos mechones de pelo de mi rostro y acaricia mis mejillas.

–Me encuentro bien, pero tengo algo que contarte –digo bajando mi mirada a su pecho, por el que resbala el agua sin cesar–. He estado en el médico esta mañana.

–¿Qué te pasa? –dice haciendo un poco de presión en mi barbilla para que vuelva a mirarlo y abre mucho los ojos con expresión preocupada–, ¿estás enferma?

–No, no estoy enferma. –Le corrijo enseguida para no preocuparlo.

Sonrío un poco más ante su evidente alivio y saco mi mano de su escondite para entregarle el test a Mario. Suelta mi rostro y toma el aparatito en su lugar. Lo inspecciona unos instantes y me mira con el ceño fruncido.

–¿Es... es un test de embarazo? –agranda aún más si cabe su mirada y sus ojos pasan rápidamente del test a mis ojos un par de veces.

Asiento con la cabeza y veo como su rostro cambia de la sorpresa a la alegría en cuestión de segundos e igual de rápido pasa a una de preocupación, la que temía que pusiera cuando supiera la noticia y sé perfectamente que es lo que pasa por su cabeza.

–No –digo sin más ante su expresión.

–¿Estás segura? –responde algo reticente entendiendo enseguida que es lo que quiero decir.

–Estoy embarazada de dos meses, ni siquiera lo conocía. –Aclaro para sacarlo de dudas–. Es tuyo Mario, vas a ser papá.

Me abraza y respira hondo soltando todo el aire de golpe, como si lo que acaba de oír le hubiese quitado un gran peso de encima. Rodeo su cintura con mis brazos y recuesto mi cara sobre su hombro, suspirando también aliviada por su reacción. Está feliz y eso me quita esa preocupación que sentía por cómo se lo tomaría.

Sabía que por su mente pasaría la duda de si el bebé es suyo y la verdad es

que antes de saber de cuánto estaba, me preocupaba si me creería. Si hubiese estado de menos semanas, incluso yo tendría la duda de si el bebé pudiera haber sido de Sergio.

A la hora de la cena nos sentamos como siempre viendo la televisión y charlando, esta vez más sobre el embarazo que de otra cosa. Mario quiere empezar a remodelar la habitación de invitados para prepararla para el bebé. Me parece un poco pronto, aún queda mucho tiempo para que nazca y ni siquiera sabemos si va a ser niño o niña. A Mario eso no parece preocuparle, dice que podemos elegir colores neutros y así, sea del sexo que sea, no importará el color que hayamos elegido.

A mí hay otra cosa que me urge más que la pintura de la pared del cuarto del bebé, y es poder hablar con Sergio y decirle de una vez por todas que lo nuestro no puede continuar.

–Mario... –digo por fin después de pensar un rato cómo abordar de nuevo el tema.

–¿Sí? –responde sin más.

–Necesito hablar con él... ya sé lo que piensas y que no estás de acuerdo, pero de verdad que necesito hablar con él y terminar con todo esto de forma correcta... –Insisto sabiendo su respuesta.

–Eva... si sabes lo que pienso y que no estoy de acuerdo... –Deja la frase sin terminar, resopla con frustración y dejando los cubiertos en el plato me mira a los ojos—. Da igual... haz lo que quieras...

–Es importante para mí hacer esto bien, te prometo que no va a pasar nada... –Tomo su mano y me levanto de la silla para acercarme hasta él.

Le hago un gesto para que me haga hueco y poder sentarme en sobre sus piernas. Se aparta de la mesa unos centímetros y sin soltarme me agarra de la cintura mientras me acomodo en su regazo.

–Te juro por nuestro hijo –digo colocando su mano en mi vientre—, que no

volverá a pasar. Hablaré con él en un lugar público y me marcharé.

–¿De verdad? –pregunta con miedo en la mirada.

–De verdad... solo quiero hacer las cosas bien por una vez...

–Está bien... –dice resignado soltando el aire en un suspiro—. Pero que sea rápido y vuelve directamente a casa, por favor...

–Sí, lo haré lo más breve posible. Tampoco yo quiero alargar mucho esa conversación –digo con sinceridad.

Cuando salgo para el almuerzo decido llamar a Sergio para saber si sigue en León y podemos quedar. No sé si se ha quedado por aquí esperando a que yo me decida a llamarlo o por el contrario vuelto a Astorga cansado de mi indecisión. Nadie podría reprochárselo, pues llevo semana y media sin ni siquiera contestar a sus mensajes.

–Eva... por fin decides llamarme... –dice en tono cansado cuando descuelga el teléfono.

–Sergio, lo siento mucho, de verdad... –Me disculpo.

–Ya... supongo que habrás tenido tus motivos... –dice suspirando pesadamente—. ¿Llamas para decirme que me dejas?

–Me gustaría que hablásemos de esto en persona, no está bien que tengamos esta conversación por teléfono –Propongo, no me parece respetuoso hacerlo así.

–¿Qué más da...? Vas a dejarme, ¿qué importa si la forma está bien o no...? –Resopla.

–Sergio, quiero explicarte esto en persona, quiero... hacer esto bien... –Le pido sabiendo que está muy dolido para entenderlo.

Oigo su respiración, pero no dice nada. Está pensándose si quiere verme y entendería perfectamente si cortara ahora mismo la llamada y no volviera a contestarme. Pasan unos segundos y empiezo a pensar que no va a aceptar quedar conmigo.

–Está bien... ¿Cuándo y dónde? –pregunta al fin.

–¿Te parece bien a las cuatro? En... el parque La Graja. –Es el lugar público que se me ocurre primero.

–Bien... nos vemos allí a las cuatro –dice sin añadir nada más y luego cuelga la llamada.

Me lo tengo merecido, no sé ni cómo a aceptado verme después de lo que he hecho, pero ha accedido y ahora tengo que pensar todo lo que tengo que decirle.

Estoy bastante nerviosa, casi no he podido dar bocado cuando y me tiemblan las manos. Intento tranquilizarme con una infusión y una ducha antes de salir hacia donde he quedado con Sergio. Mario me abraza antes de que me marche, y aun habiendo hablado anoche del tema, intenta persuadirme de nuevo para que no acuda a mi cita.

–¿De verdad es necesario que hables con él?

–Sí, no me sentiré bien si no arreglo esto de forma correcta. No me gustaría que alguien de quien estoy enamorada desapareciera sin más de mi vida sin darme al menos una explicación, así que necesito hacer esto.

Vuelvo a tranquilizarlo todo lo que me permiten mis propios nervios.

–Puedes estar tranquilo, he quedado en un lugar público y te juré que no pasaría nada.

–Está bien, está bien... vuelve pronto por favor. –Me pide de nuevo dándome un beso antes de salir de casa.

Camino a paso ligero repitiendo en mi cabeza las frases que he ensayado las últimas horas. Cuando las he repetido unas cinco veces cada una, me río de mi misma sabiendo que probablemente no vaya a decir ninguna de ellas de la misma forma manera.

Cuando estoy a punto de llegar al parque, mi móvil recibe un mensaje, que leo sin dejar de caminar.

“Estoy en el parque, cerca de la fuente”

Faltan aún quince minutos para las cuatro, pero acelero un poco más el ritmo y cruzando el último paso de peatones antes de llegar a la entrada del parque le respondo con un escueto mensaje:

“Estoy llegando”.

Entro en el parque y sigo el sendero que me lleva al centro del mismo. A unos cien metros de distancia veo por fin a Sergio sentado en un banco cercano a la fuente, tal y como me ha indicado en su mensaje. Tomo aire aminorando un poco el paso y lo suelto de nuevo en un vano intento de relajar mis nervios. A cincuenta metros Sergio parece intuirme y levanta la cabeza de entre las manos, donde hasta ahora reposaba.

La imagen que veo me parte el corazón. Su mirada es triste, no se ha afeitado en días y lleva el pelo alborotado. Parece derrotado y eso me hace sentir peor persona de lo que ya me sentía hasta ahora. Mis ojos se llenan de lágrimas conforme avanzo hacia él, intento contenerlas y secarlas antes de que consigan escapar de ellos, pero son demasiadas para mantenerlas a raya.

Sergio se pone en pie cuando llego a su altura y para mi sorpresa, en vez de evitar mi contacto, se acerca y me abraza apretándome contra él.

–Sshh... no llores... –Me dice mientras acaricia mi pelo con una mano y mi espalda con la otra.

–Soy una egoísta... no tengo derecho a llorar de este modo... te he hecho daño... –Consigo decir entre hipidos.

–Yo también he sido egoísta y te he hecho daño a ti, no llores por favor, esto no es culpa tuya –dice para tranquilizarme–. Si no hubiese insistido cuando intentaste apartarte todo esto no habría ocurrido. Pero... aun así no puedo decir que me arrepienta de todo lo que he pasado contigo.

–Yo... tampoco me arrepiento de todo que he hecho –digo con sinceridad al tiempo que me separo de su abrazo y lo miro a los ojos–. Pero necesito que entiendas que aunque mi vida no es perfecta no puedo obviar lo que también siento por mi mar...

–Lo entiendo –dice sin dejar que termine de decir esa palabra que tan poco le gusta–. De alguna forma siempre supe que no me elegirías a mí... pero no podía quedarme con la duda de qué es lo que hubiera pasado si no lo llevo a intentar. –Me mira con tristeza y suspira–. Sigo pensando que podría hacerte más feliz que él y volvería a insistir en que me dieras la oportunidad...

–Siento que hayas tenido que pasar por todo esto, no me arrepiento de haberte conocido, pero pienso que si no hubiese aparecido en tu vida aquella noche... ninguno de los dos hubiéramos sufrido.

–Jamás desearé que esto no hubiese ocurrido, porque eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo –dice tomando mi mano y llevándome al banco en el que estaba sentado–. ¿Estás segura de que la decisión que has tomado, es la que de verdad deseas tomar?

–Sergio, lo siento... –Agacho la mirada y seco las lágrimas que de nuevo brotan de mis ojos–. Para mi no es fácil hacer esto, hacerte daño es algo que temí desde el momento en que supe lo que sentías.

–Eva, sabes que no perderías si me eligieras. Compraré una casa para los dos aquí si lo deseas, puedo darte lo que necesites –alza mi rostro–. No soy millonario, pero puedo darte una vida más cómoda y quiero hacerte feliz, todos los días, el resto de mi vida.

–Sergio... yo... sabes que todo lo que siento no tiene nada que ver con las cosas materiales que puedas darme. –Suelto el aire de golpe y vuelvo a

apartar mi mirada de sus ojos.

Acabo de quedarme estupefacta. Me deja sin saber que más decir durante unos minutos, en los que nos quedamos en silencio. En mi cabeza las palabras brotan dando explicaciones que mi boca no sabe expresar.

He de decirle lo del embarazo. Debe saber que espero un hijo de Mario y comprenderá que mi decisión no es sólo por los sentimientos hacia mi marido.

–Estoy embarazada Sergio... –Suelto sin más después de unos minutos de silencio volviendo a encararlo.

–¿Qué...? ¿Estás... estás embarazada? –pregunta con los ojos muy abiertos.

–Sí, estoy embarazada de dos meses y...

–¿Dos meses? ¿Ya... ya lo sabías cuando...? –Me corta hablando nervioso y levantándose del banco en el que nos encontramos.

–¡No! ¡No lo sabía! ¿Cómo puedes pensar que haría una cosa así? –Me defiende ante su duda.

–Lo siento... perdóname, no quería decir eso... –Se disculpa sentándose de nuevo y tomando mi mano.

–Me ha pillado tan de sorpresa como a ti. He estado tan nerviosa y distraída con todo esto que ni me había dado cuenta de mis faltas. –Lo miro intentando adivinar en su expresión qué es lo que siente en este momento.

–Me da igual... –dice tras unos segundos de silencio mientras niega lentamente con la cabeza.

–¿Cómo que te da igual? ¿Qué quieres decir? –No entiendo su respuesta y lo miro con gesto extrañado.

–Que me da igual que estés embarazada de él, te quiero y estaría dispuesto

a cuidar de ti y de tu hijo si quisieras quedarte conmigo –responde volviendo a dejarme totalmente sorprendida.

–Sergio... yo no... no puedo... –digo entre sollozos completamente emocionada por sus palabras–. Lo siento... pero no puedo...

Me abraza y me acuna sobre su pecho. Siento mil cosas en mi interior y no sé cómo describirlas. Estoy agradecida por lo que Sergio me ha dado estas semanas. Su amor y comprensión, en todo el tiempo que hemos pasado juntos nunca me ha presionado en nada.

Siento tristeza por el daño que le he provocado y lo que va a pasar una vez nuestros caminos se separen y no volvamos a vernos nunca.

Siento amor por este hombre que en pocas semanas me ha dado mucho y ahora, todo eso que me ha entregado se queda en una corta pero intensa historia, que ha terminado casi nada más empezar.

Cuando relajo mi respiración y mi llanto me separo del su cuerpo y seco las últimas lágrimas de mi rostro. Sergio me observa con una pequeña sonrisa, pero con ojos apenados.

–Tengo que marcharme... –digo con tristeza a un volumen al que casi no puedo oírme ni yo.

–Voy a echarte muchísimo de menos...

–Yo también, no voy a olvidar lo que hemos pasado juntos, aunque será un secreto que guardaré para mí. –Será imposible olvidar lo que me ha hecho sentir.

–Yo tampoco te olvidaré, eres el amor de mi vida Eva, aunque no haya logrado que te quedes a mi lado.

Me levanto de nuevo sin palabras y Sergio imita mi gesto sin soltar mi mano. Nos miramos unos segundos sin decir nada más, creo que ya no quedan palabras que podamos decirnos que vayan a hacer esta despedida menos

dolorosa para ninguno de los dos.

Al fin me decido a dar el paso y marcharme, no sin antes acercarme a él y depositar un beso en sus labios, que me llevo como un recuerdo más de lo vivido.

Camino dejando atrás al hombre más tierno y dulce que he conocido, un hombre que merece mucho más de lo que yo le he dado. Cierro los ojos mientras doy un paso, y otro, y otro, y me alejo de él.

Mi corazón se divide en dos, pues aunque no podré confesarlo jamás en voz alta, me enamoré de él. Me enamoré como lo hice de Mario, al que sigo amando a pesar de que lo ocurrido lleve a pensar que no. Muchos lo harán, yo misma lo habría hecho hace tan solo unos meses atrás, cuando mi cabeza me decía que, cuando uno ama a alguien nunca lo engañaría, nunca se enamoraría de otra persona distinta.

Pero después de todo lo que me ha pasado en estas semanas, me atrevo a decir que se puede amar a dos personas al mismo tiempo, pues yo los amo a los dos.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Mi nombre es Verónica Calvo Herrero, tengo 31 años y nací y vivo en Castellón de la plana. Estoy casada y soy mamá de dos niños de 4 años y 18 meses y actualmente estoy desempleada.

Hasta hace menos de un año no imaginé llegar a escribir una novela, no tengo estudios universitarios, ni siquiera de formación profesional, pero soy una lectora empedernida y en 2017 me decidí por probar con el mundo de la escritura. Así nació mi primera novela, “No quiero hacerte daño”.